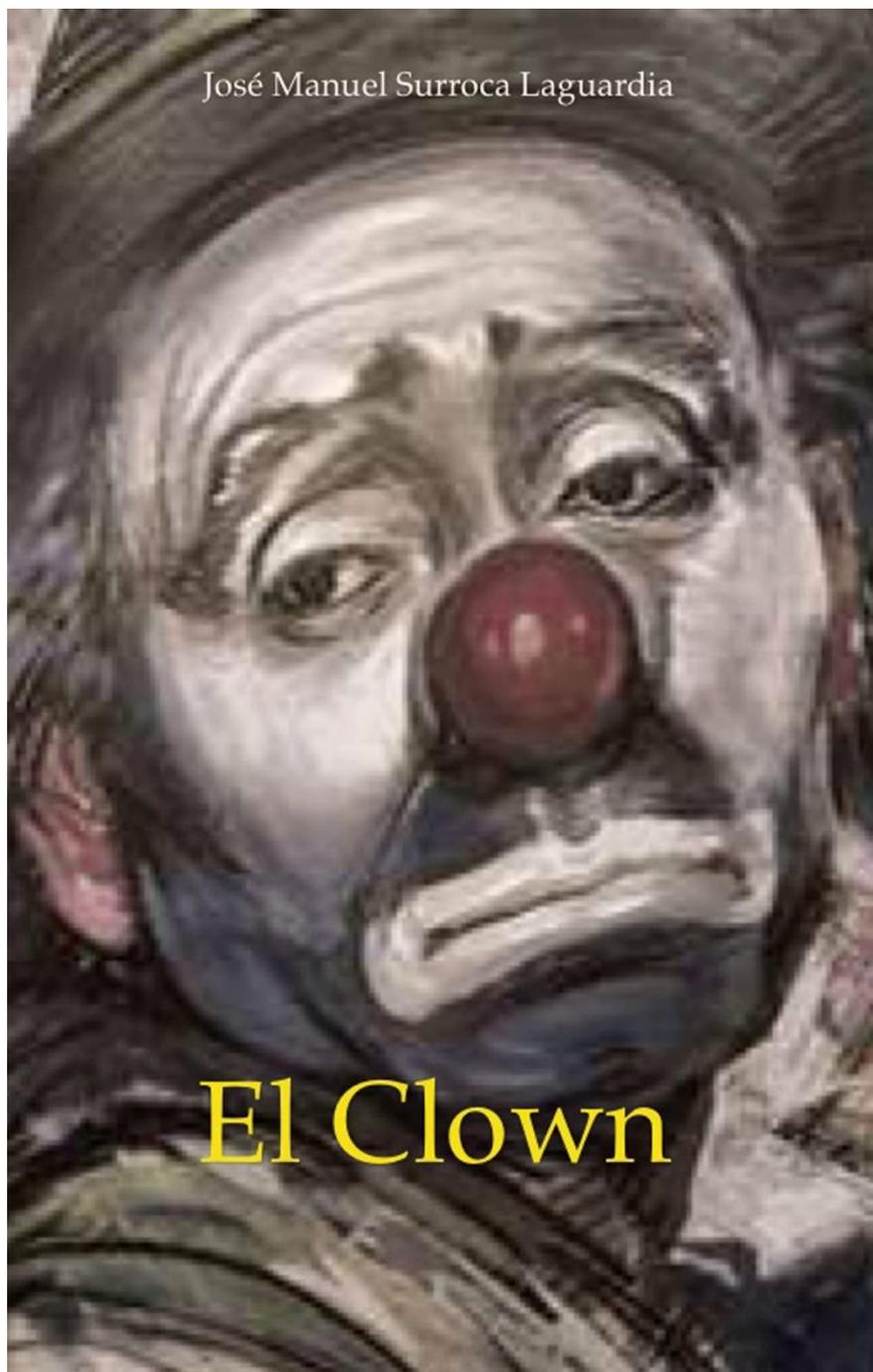


José Manuel Surroca Laguardia



El Clown

El Clown.

José Manuel Surroca Laguardia

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del Editor o Autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase al Autor si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de ésta obra. Puede contactar con el autor a través del correo electrónico surrocajm@telefonica.net

© José Manuel Surroca Laguardia, 2018

Portada: Torre de la Catedral de Barbastro.

José Manuel Surroca Laguardia

Impresión y Encuadernación: Amazon S.A.

Maquetación y diseño de la portada: José Manuel Surroca Laguardia

Dedicatoria

A todos los cubanos, un pueblo admirable,
poseedor de un sentido de superación de las dificultades
inigualable. Ejemplo para todos los pueblos del mundo.
Con mi admiración.

Capítulo I

La Habana, 01 de enero de 1959

Nelly Valcárcel maldecía en su interior al responsable de que estuviera pasando por aquellos momentos tan traumáticos, como eran los de traer un niño a este mundo y que el muy miserable la hubiera abandonado a su suerte, huyendo en dirección contraria a la que traían los centenares de revolucionarios que en aquellos precisos momentos, estaban haciendo su entrada triunfal en La Habana, después de que el anterior dictador, Fulgencio Batista, protagonizara una vergonzosa huida dejando el terreno libre a los nuevos mandatarios del país.

La frente de Nelly, perlada de gotas de sudor, reflejaba claramente el duro y doloroso trance por el que estaba pasando. Desde la calle comenzaban a llegar los estridentes sonidos obtenidos con toda clase de objetos con capacidad para hacer ruido, como pitos, tambores, latas, sartenes y demás, acompañados por el inefable y desagradable sonido de los claxon de los coches, originados todos ellos por un gran tropel de ilusionados y ruidosos ciudadanos, que celebraban el triunfo de la Revolución y la caída del tirano.

Los habaneros y los cubanos presentes en la capital, recibían exultantes y llenos de estridente y ruidosa alegría a la caravana de vehículos, camiones y carros, que transportaban a los primeros revolucionarios encabezados por los comandantes Raúl Castro y Ernesto Guevara que iniciaban su triunfal entrada en La Habana, escenificando y certificando el triunfo de la Revolución, y con ello, el final de la lucha victoriosa del pueblo contra el anterior y odiado gobernante.

Nelly lamentaba no poder estar celebrando lo que tanto anhelaba su corazón: la caída de Batista. De nuevo se acordó de Obdulio, su marido, para internamente reprocharle el hecho de que por su culpa no podía estar celebrando *in situ* y con todos los ciudadanos tan histórico momento. De no haber sido por los intensos dolores y la trascendencia del momento, Nelly hubiera estado a la vanguardia de todo aquel gentío.

A la par de aquel acontecimiento, y por el camino opuesto a la entrada de los *barbudos*, multitud de cubanos abandonaban precipitadamente la ciudad para correr a refugiarse en otros pueblos y ciudades donde amigos afines, les ocultaran durante un tiempo mientras procuraban su definitiva salida de la isla. Se temían las represalias que a buen seguro tendrían lugar, una vez que aquellos, a sus ojos, vociferantes y greñudos energúmenos se hicieran con el poder. Por la carretera circulaban un gran número de camionetas, motos y cualquier cosa con ruedas que pudiera facilitar la marcha, junto con los enseres más imprescindibles y queridos.

Desde siempre, Nelly había sentido aversión a Fulgencio Batista, bien al contrario que su marido, que

por trabajar en una oficina del gobierno encargada del control de Mercancías y Abastos no se podía manifestar igual que su mujer. No podía decirse que fuera un devoto de Batista, pero tenía trabajo fijo y no le iban mal las cosas: a final de mes, y todos los meses, cobraba un exiguo sueldo, que le permitía ir viviendo con cierta solvencia. De naturaleza melosa y tranquila, nunca discutía con su esposa, cuando ésta, por alguna razón comenzaba a hilvanar una retahíla de calificativos dirigidos a Batista, al que calificaba de *corrupto*, *guayabito*, *jeboso*, *chupador del rabo de la jutía* seguida de una interminable lista de epítetos, Obdulio se limitaba a ser testigo mudo hasta que se le pasara el enfado.

-*Mi amor, un día te va dar una apología* -le decía por todo comentario.

-*Apoplejía, no apología, inútil* -le contestaba.

Desde luego, la valentía no era una de sus virtudes. De ahí, que no dudara ni un solo instante en tomar las de Villadiego, cuando los primeros revolucionarios pisaron las primeras calles de La Habana. Le dio un beso a su mujer, diciéndole que le haría llegar su dirección cuando parara de correr. Cogió una bolsa en la que puso tabaco y unos trozos de pan y queso y salió para nunca más volver. No huía por haberse significado en la cuestión política, que ni fu ni fa, sino porque tenía claro que en cuanto aquellos posesos tomaran el poder real, comenzarían las represiones sobre todos los que considerasen enemigos de la revolución, y entre ellos, y especialmente, a los trabajaron para el anterior gobierno.

En estos pensamientos andaba Nelly, cuando un estallido violento, emanado desde la profundidad de los

pulmones del recién nacido se impuso con rotundidad a la tremolina que venía de la calle. El llanto, hizo que Nelly, volviera a la realidad de lo que estaba ocurriendo en aquel paritorio: su hijo había llegado al mundo.

-¡*Tremendo* niño! ¡Y bien *corajudo* que viene! ¿Qué nombre le vas a poner a este *potrillo*?--dijo la comadrona a la vez que depositaba al niño sobre el pecho de su madre.

Nelly se incorporó levemente ayudada por la enfermera que estaba a su lado, para poder contemplar al niño y su sonrosado y mofletudo rostro. En aquel instante, y como por arte de magia, la revolución pasó a segundo plano. Tenía ante sí lo que le parecía el ser más maravilloso del mundo. Al sentir entre sus brazos el estremecimiento de su hijo, no pudo reprimir un sentimiento de agradecimiento hacia su huido marido. En su fuero interno, le deseó que todo le fuera bien, allá donde se encontrase en aquellos momentos, si es que había parado de correr.

-¡Un niño, mi niño! Lo llamaré Fidel Camilo Ernesto. Fidel por el comandante Castro, Camilo por el comandante Cienfuegos y Ernesto, por el comandante Guevara. Los héroes de la revolución.

-Vaya, pues sí que va a ser revolucionario el muchachito, y además, justo a tiempo para servirla. Y encima con tres estrellas de comandante.

Capítulo II

La Habana, 08 de enero de 1959

Las calles de La Habana hervían bajo un estruendoso bullicio, repletas de gentes que celebraban la llegada del “compañero” Fidel a la capital de la República. Desde primeras horas de la mañana, los habaneros habían comenzado a tomar posiciones en las calles por las que iba a transcurrir el desfile de hombres a pie, coches y camionetas repletas de revolucionarios y vehículos blindados que acompañaban a Fidel Castro y a los principales jefes de la revolución. La comitiva había recorrido el país durante siete días hasta completar el viaje hacia La Habana, partiendo el 2 de Enero, de Santiago de Cuba con dirección a la capital.

Por todos los lugares por donde pasaban, eran recibidos con entusiasmo por la población, recibiendo el cariño de todos los cubanos, agradecidos por librarles de la presencia del odiado Fulgencio Batista.

Las puertas de las bodegas, restaurantes, cafés, tiendas, bancos, instituciones económicas, ministerios y otras muchas dependencias amanecieron aquel día cerradas en La Habana. La venta de bebidas alcohólicas quedó prohibida. Las principales calles se engalanaron colocando banderas cubanas y del movimiento “26 de Julio” en todas las dependencias estatales, en comercios

y viviendas. Así se dispuso para que todo el pueblo pudiese dar una calurosa y hermosa bienvenida a Fidel Castro y sus barbudos de Sierra Maestra, al grito de ¡Viva Fidel! ¡Viva Cuba Libre! ¡Viva la Revolución!”.

Nelly se encontraba convaleciendo en su casa, situada en la calle Ánimas, esquina Campanario, muy cerca del barrio de Colón, acompañada por su vecina Milagros, una negrona, como ella misma se autodenominaba, nacida en Camagüey y que llevaba viviendo en La Habana desde hacía 50 años en el mismo edificio que Nelly.

Milagros era el paño de lágrimas de toda la cuadra, y a ella acudían las vecinas en busca de consuelo y una palabra alegre que les ayudase a pasar el mal trago. Fumadora empedernida de puros, y adicta al *buchito* de ron de vez en cuando, “*está que jode, mi amor*”, decía con una sonrisa picarona que arrancaba a sus interlocutores una sonrisa. Junto a ellas dos, también estaba, su amiga entrañable Odalys, de la misma edad que Nelly, que habían ido al mismo colegio, habían crecido juntas, y vivido casi las mismas vivencias porque siempre estaban juntas, dándose mutuo apoyo en los problemas y celebrando por igual las alegrías. Ahora tocaba ayudar a Nelly a sacar adelante a Fidel Camilo Ernesto.

Odalys tenía la misma edad que Nelly y habían ido juntas a la escuela. Trabajaba de peluquera en un pequeño local, cercano a la casa donde vivía, la misma en la que vivían sus dos amigas. Soltera y poco dada a confiarse a los demás, se entregaba con pasión a causas del vecindario consistentes en ayudar a los vecinos que estuvieran pasando por dificultades. Amiga íntima de

Nelly, su relación había crecido hasta el punto de llegar a ser más familiar que de amistad.

Las tres mujeres experimentaban en sus oídos y en el vibrar de las paredes, el tremendo bullicio que se vivía en la calle mientras el niño dormía plácidamente ajeno a tanta celebración. La comitiva, a la que se había bautizado como la Marcha de la Libertad, la Caravana de la Victoria o la Caravana de la Libertad, iba a pasar por el Malecón, muy cerca de la casa donde se encontraban. Ninguna decía nada, pero las tres deseaban estar presentes en la celebración. Nelly lo sabía y se sentía culpable de que por ella, sus amigas no estuvieran en la calle celebrándolo con todo el mundo.

Desde la lejanía comenzaron oírse el trepidar de unos cañones, señal anunciadora de que Fidel había llegado al Palacio presidencial, donde se le esperaba, y desde donde comenzaría el desfile por las calles de La Habana, iniciándose en la Avenida de las Misiones, continuando por el Malecón hasta la Calle 23 y de allí al Cuartel Columbia. Faltaban unos minutos para las cuatro de la tarde.

Nelly se puso en pie con decisión, cogió al pequeño Fidel ante la sorprendida mirada de Milagros y Odalys.

-No sé qué opinaran ustedes, pero este momento no lo vamos a vivir en toda nuestra vida. No podemos perdérselo. Vamos a la calle, a celebrar con todo el mundo. Si nos damos prisa, aún podemos llegar a tiempo porque el Malecón está *a un cantío de gallo* de aquí.

Milagros y Odalys no dijeron nada. Casi a la vez, las dos mujeres se miraron en el espejo que presidía el saloncito y se atusaron el pelo. Dos minutos más tarde,

se confundieron con todo el mundo y se dirigieron hacia el Malecón para ver pasar a los héroes de la Revolución.

Capítulo III

La Habana 1962

En Marzo de 1962, el Gobierno de la Revolución había puesto en marcha la Libreta de Abastecimientos lo que trajo como consecuencia el establecimiento de una nueva burocracia en la que hubo que emplear a muchos cubanos a lo largo y ancho de la República. Nelly, anticipándose a los acontecimientos ya se había ocupado de presentarse por las oficinas del partido revolucionario “*26 de julio*”, ofreciéndose para servir a la recién nacida República, en cualquier puesto para el que fuera necesaria, vio colmada su estrategia cuando le asignaron un puesto de trabajo dentro del nuevo organismo denominado OFICODA.

La tarea de implantar la Libreta de Racionamiento a la totalidad de los cubanos, requería mucho tiempo y muchos funcionarios. Su misión, como la de otros muchos, fue la de cotejar y asignar a cada ciudadano a un determinado establecimiento o *botiga*, establecimiento al que tendrían que acudir para retirar los alimentos que figuraban en la Cesta del Mes.

Así pues, Nelly pudo contar con la seguridad de un sueldo, que aunque exiguo, le permitiría ir viviendo a ella y a su hijo. De Olegario, su marido, no había tenido noticia alguna. Este no se había dignado a enviarle una

carta para decirle donde estaba y si necesitaban algo. Tal vez le había ocurrido alguna desgracia, pero el caso es que no sabía absolutamente nada del destino del padre de su hijo. Esta forzada soledad, acrecentó su relación con Milagros y Odalys, convirtiéndose en entrañable. Las tres se ayudaban mutuamente, tanto en lo afectivo como en lo económico. Pocos pueblos pueden presumir de tener un sentimiento de solidaridad tan arraigado que el cubano.

Fidel Camilo Ernesto, crecía rollizo y sin problema alguno, cuidado y mimado por las tres mujeres. Su madre comenzó a llamarlo *Filo*, inicio y fin respectivamente de Fidel y Camilo.

Con el nuevo régimen, las guarderías habían sido sustituidas por Círculos Infantiles, donde se acogían a los niños en función de su edad. A *Filo* lo llevaron a un Círculo cercano a su casa denominado *Círculo Infantil Licenciado Guevara*, donde dio muestras de adaptarse perfectamente al trato con el resto de niños. Sus responsables, observaron que solía ser el niño que más iniciativa presentaba entre todos ellos. Todo ello fue debidamente redactado en los informes que obligatoriamente debían remitir a la correspondiente oficina gubernamental de Educación.

El carácter dominante de *Filo* se notaba al observar su actividad en el centro. Pronto formó junto con otros cuatro niños y una niña, un grupo que siempre andaban juntos, jugaban a los mismos juegos, reñían por cualquier cosa y se “amigaban” pasados unos instantes. Todo ello, sin apenas interaccionar con el resto de niños. Cuando alguno de éstos, se acercaba al grupo de *Filo*, estos no lo rechazaban, pero tampoco lo introducían en

sus juegos. Al final, el “intruso” se aburría y se marchaba a jugar con otro grupo. Naturalmente, todas estas “*actividades*” se anotaban cuidadosamente en el expediente. Con el tiempo, el grupo, al que los responsables del Círculo Infantil denominaban *el grupo de las jicoteas*, en alusión a la *charada cubana* donde el número seis se denomina *jicotea* (tortuga). Humberto, Yumiel, Paulito y Renier y Yanelis, eran los nombres de los cuatro niños y de la niña. *Las jicoteas*.

Capítulo IV

La Habana, Septiembre, 1967

En 1967, *Filo* cumplió ocho años y comenzaba el tercer grado del primer ciclo de Primaria. El nuevo centro se denominaba *Escuela Primaria Ángela Landa*, situada no muy lejos de su casa, donde con gran celebración de todos sus componentes, se juntaron el grupo de *jicoteas*. Y al igual que en el *Guevara*, los seis formaron un grupo inseparable y cohesionado.

Ya a esa temprana edad, comenzaban a manifestarse el carácter de cada uno de ellos. Humberto parecía el más inteligente y sosegado de los seis. Era el freno del grupo cuando ideaban alguna travesura. Temeroso y reflexivo, siempre trataba de minimizar los riesgos de la “trastada”.

Paulito, era de entre todos ellos, el más fuerte físicamente, poseedor de una anatomía exuberante, pero tal vez el que tenía menos capacidades intelectuales. De carácter confiado y bonachón, se erigió en el “protector” del grupo.

Renier era el rebelde de las *jicoteas*. Su antipatía por toda autoridad reconocida a sus pocos años, es decir, sus maestros, le llevaba siempre a proponer juegos y bromas en contra de ellos y del orden establecido. La

dirección del centro le tenía clasificado como *jiribilla*, inestable y posiblemente futuro conflictivo.

Yumiel era especial. Especial en todo. Sensible, llorón y poco amigo de meterse en líos, adoraba a sus amigos, a los que seguía incondicionalmente. Con la niña del grupo, Yanelis, tenía una relación especial, congeniando perfectamente.

Yanelis, era la única niña del grupo y tenía un carácter fuerte y decidido. De todos los componentes del grupo, admiraba especialmente a *Filo*, pero tal vez por ello, era con el que colisionaba con mayor frecuencia por su carácter tendente a dominar.

Completaba el grupo *Filo*, quien mostraba firmeza y tozudez en sus decisiones. Todos sabían que cuando se le metía una idea en la cabeza, era materialmente imposible hacer que renunciara a ella. Organizaba las mejores bromas y se le ocurrían cosas que a los demás no se les habrían ocurrido jamás. Tenía una gran habilidad para llamar sobre el la atención de los demás. Un día su madre lo llevó al cine a ver la película *Los Tres Mosqueteros y medio*, del director mejicano Gilberto Martínez, que lo dejó impresionado. Al punto de que convenció al grupo a cuando se juntaran lanzaran el grito de guerra: *Jicoteas, todos para uno y uno para todos*. Y así fue a partir de entonces. Aquella famosa frase se hizo para ellos el sello de identificación del grupo.

Ocurrió que a mediados de aquel año, se instaló en La Habana un circo de creación recientemente por el *Consolidado de Centros y Atracciones Turísticas*, de titularidad estatal, donde se ofrecían dos sesiones diarias durante cuatro días. *Filo* le pidió a su madre que le llevase a ver el espectáculo, impresionado por los

cartelones colgados por toda la ciudad, cuya visión, había excitado en grado sumo la fértil imaginación del niño.

Ante aquel inesperado, colorido y desconocido espectáculo *Filo* se quedó completamente extasiado. Con su mirada, trataba de observar a todos y cada uno de los artistas que transitaban por el círculo interior, absorbiendo toda aquella actividad de distintos artistas que manejaban objetos lanzándolos al aire y recogéndolos en forma de rueda continua, otros haciendo contorsiones o equilibristas que eran capaces de andar por un delgado hilo de acero, junto a unos querubines en trapecios saltando de uno a otro, suspendiendo la respiración de los espectadores, todos ellos luciendo sus vistosos trajes...pero todavía no había visto lo que iba a colmar su espíritu e iba a cambiar su vida.

Cuando los tres *clowns* aparecieron lentamente en la pista central, cada uno por su lado, simulando asustarse al encontrarse en el centro, *Filo* rompió a reír con todas sus fuerzas. Delante de él, sin saberlo, tenía la llamada que el destino le tenía reservada. Su madre, Milagros y Odalys, intercambiaron una mirada entre ellas, admiradas del evidente impacto que el niño estaba recibiendo y que reflejaba claramente en la tensión mostrada en su rostro. Nunca hubieran imaginado que aquello podía representar tanto para *Filo*.

Cuando volvían a casa, *Filo*, poseído de gran excitación, les fue narrando las peripecias que había vivido, como si su madre y sus amigas no hubieran estado presentes al igual que él. Pero luego, cuando comenzó a idear nuevas situaciones para los payasos, las terminó de atribular. Nelly comenzó a sentir una

sensación de preocupación ante aquella forma de reaccionar de su hijo.

Al día siguiente, todo volvió a la normalidad. *Filo* no mencionó el circo y todos dieron por hecho que al niño se le había pasado la impresión del día anterior. Al fin y al cabo, era la primera vez que había ido a un espectáculo de aquella naturaleza, motivo suficiente para que un niño tan movido como él, quedase vivamente impresionado. Y tampoco lo hizo en los días posteriores.

Hacia final de curso, en todos los centros escolares de la República, se solía realizar una pequeña representación en la que los niños se disfrazaban y participaban en una función que ellos mismos habían participado en su preparación y diseño, dirigidos por sus maestros. La confección de los disfraces corría a cargo de cada cual, por lo que *Filo*, se dirigió a su madre tan pronto como esta llegó a casa.

-¡Hola *mima*!

-Hola, mi amor. ¿Cómo te fue en el Liceo?

-*Chévere*. Oye mamá, tienes que hacerme un disfraz de *Clown*, para la obra de fin de curso.

-¿Cómo es eso, mi amor? ¿De dónde quieres que saque yo un disfraz de esos?

-¡Pues en unos almacenes!

-Ya, mi amor. Como que venden trajes de payaso a medida.

Filo sacó una fotografía en la que podía verse a un *clown*.

-En realidad, solo necesitamos la nariz y los zapatos. Los colorines pueden ser los que usas tú, y me puedes hacer la ropa de cualquier tela.

Milagros hizo su aparición en aquellos momentos, al sentir que Nelly ya había llegado a su casa. Mientras subía por las escaleras pudo oír lo que decía el niño.

-*Estoy en llamas*, Milagros. El muchachito quiere que le compre o que le haga un traje de *clown*. ¡*Me saqué la rifa del guanajoi*! Y todo por llevarlo un día al circo!

-Bueno mi amor, *no cojas lucha*, y tratemos de sacar el *pastelito* lo mejor posible -dijo Milagros a la vez que le pasaba la mano por la cara. ¡Ya sabía ella, donde le apretaba el zapato a la pobre Nelly! El dinero. Esos trajes debían de ser caros y los apuros muchos.

-Para empezar, yo tengo en casa unos retales de ropa con los que le voy a hacer a *mijito*, unos ropajes de payaso *chéveres*.

-¿Y los zapatos y la nariz?-preguntó *Filo*.

-*Bueeeno*, mi amor. Tu mamá ya visitará los *shoppings* y verá si encuentra algo -Milagros cogió al niño en brazos y le besó en la frente- Y ahora, vaya a hacer sus deberes, *candelita*.

Filo, ya más tranquilo se dirigió hacia la mesa donde desplegó sus cuadernos y lápices y se dispuso a hacer los deberes del colegio. Milagros, cogió del brazo a la preocupada Nelly y la llevo hacia el balcón.

-De las *ropicas* me encargo yo. ¡No veas lo informado que viene el *chamaquito*! ¡Con foto y todo! Y tú, -dirigiéndose a Nelly- vete al *shopping* y habla con el *capitán*, que es amigo mío, porque hubo un tiempo en que se me *arrimaba* y todo, y seguro que él te encuentra esos zapatones de payaso. Verás como todo se arregla y *cógelo suave, fresco y bajito de sal*.

Nelly no pudo por menos que sonreír ante las palabras de Milagros. Ella siempre era la eterna

optimista. Se pasaría por el *shopping* y hablaría con Olegario, que era el *capitán* o encargado del mismo. Seguramente encontraría solución a su problema.

Pasados unos días, Nelly llegó a casa con una gran caja de cartón. *Filo* se dio cuenta enseguida, y dejándolo todo se fue como un rayo al encuentro de su madre. La sonrisa que ésta traía en la cara le llenó el alma de esperanza. Su primera intención fue ir a abrir la caja, pero Nelly le dijo que antes fuera a llamar a Milagros. *Filo* salió como un rayo hacia el apartamento de Milagros, situado dos plantas más abajo. No quería perder tiempo en conocer el contenido de la caja.

-Ya voy, *mijito*, ya voy. *Lo que esta pa' ti nadie te lo quita*. Ya yo no tengo 18 años mi amor. -se oía decir a Milagros ante la insistencia de *Filo* de que se diera prisa, mientras subían por las escaleras.

Milagros llegó de la mano del niño. Este enseguida fue a abrir la caja. Sus ojos se abrieron como platos ante la colorida imagen de unos zapatos de *clown* en el que al parecer no faltaba ninguno de los colores del arco iris.

Las dos mujeres se miraron en silencio con una sonrisa pintada en la cara.

-¡Los zapatos de payaso! ¡Gracias *mima*! ¡Gracias Milagritos! -dijo abrazando a las dos mujeres que correspondieron afectuosamente a la acción de *Filo*.

-¡Me parece a mí *que este huevo quiere sal!* -dijo Milagros.

-¿Y la nariz?

-Ya yo te lo dije, *mija* -volvió a decir Milagros

-Mi amor, de eso el señor Olegario no pudo encontrar, pero es fácil de remediar. Con maquillaje rojo, listo y *apañao* -dijo Nelly

Filo pareció contentarse regresando a su mesa a continuar con sus trabajos escolares.

-Ya le dije que Olegario te resolvería la *quema*. ¿Cómo fue que encontró los zapatones? -preguntó Milagros.

-Me dijo que recordaba que en algún estante del almacén donde almacena las cosas que no tienen salida, había visto unos zapatos de payaso. Todo fue cuestión de rebuscar.

-Y ¿cuantos pesos te ha costado?

-¡Ah, mi amor!, eso es lo mejor de todo. No me ha querido cobrar. Se ve que aun te tiene en sus recuerdos, Milagros. Cuando le dije que me *tirara una salve que estoy fritura*, movió la cabeza, y me pareció oírle decir “como todos”.

-¡Ah Olegario! Es *más bueno que el pan de piquito*. -dijo Milagros

- *¿Caballero*, y ya tú como llevas el vestido? -preguntó Nelly.

-Bien. Aunque te puedes imaginar que estoy *quemando la zapatilla*. En dos o tres días lo habré acabado. Será como *ponerle el parche al hueco*. Antes de coserlo en firme, se lo probaremos para ver cómo le queda. No creo que vaya a haber problemas porque esas ropas se llevan muy amplias.

-Esperemos que salgamos bien de ésta.

Capítulo V

La Habana, Julio 1967

Como sucedía todos los años, el final del curso escolar se producía a finales de julio. Y como todos los años, se celebraba la fiesta de fin de curso en todos los Círculos Infantiles y Centros de Primaria y Secundaria del país.

En el Círculo Infantil de *Filo*, todos los alumnos participarían en una representación en la que cada niño representaría un cuadro por el que habían ensayados durante las dos últimas semanas. *Filo*, por su cuenta, había preparado una representación para *clown*, en la que él mismo había diseñado sus diálogos, ante la sorpresa de los responsables del Colegio.

Filo se levantó a primera hora de la mañana, y lo primero que hizo fue despertar a su madre para que le preparara la ropa. Después de desayunar, aparecieron Milagros y Odalys dispuestas a preparar al niño para la fiesta en la que había depositado una gran ilusión. Milagros traía en una caja el vestido que había confeccionado con tanto esmero y dedicación. Desde que le hicieran unas pruebas con todo hilvanado, *Filo* no había podido verlo a pesar de que en alguna ocasión lo había pedido.

Cuando por fin terminaron de vestirlo, las tres se apartaron un poco para verlo en su conjunto. Ante ellas, *Filo* posaba con orgullo esperando que hicieran algún comentario. La imagen era espectacular.

El traje consistía en una chaqueta con rayas azules, rojas, amarillas y verdes con cuatro enormes botones rojos, dos a cada lado y de arriba a abajo. Curiosamente, no había ojales donde abrocharlos. Las solapas y las vueltas de las mangas eran de tela azul celeste. Los pantalones, confeccionados con una tela de grandes cuadros alternados, de color blanco, azul y gris, separados estos por finas líneas que los remarcaban. Las perneras quedaban cuatro dedos por encima de los tobillos. Los calcetines amarillos encajaban perfectamente con los grandes zapatos, atados con vistosas cintas de colores. Todo ello se completaba con un gorro de lana de color rojo que remataba con un doble.

El maquillaje, que había quedado al cargo de Odalys, era bastante simple y efectivo. Sus labios y la parte superior de las cejas, iban pintados de rojo. El blanco lo había utilizado para rodear los ojos y la boca, remarcados con una gruesa línea negra. El color rojo intenso se había aplicado en la punta de la nariz y en unos pequeños círculos en los pómulos. El conjunto resultaba sorprendente.

Cuando *Filo* hizo su entrada en el colegio, atrajo automáticamente todas las miradas en él. Sus amigos, Paulito, Humberto, Renier, Yumiel y Yanelis, se acercaron con cara de no creérselo. Los cinco estaban asombrados, boquiabiertos.

-Asere eres lo máximo -dijo Paulito.

-¡Asere están duros esos popis! -dijo Renier señalando a los zapatos.

-¡Eres el caballo de atilai -dijo Yumiel.

Odalys observaba, junto a Humberto la espectacular figura de *Filo*.

-¿Y a usted, *candelita*, que le parece? -le preguntó.

-El disfraz está *empingao* -dijo.

Odalys se acercó a *Filo* y le dio un beso en la frente, a la vez que hacía un gesto de admiración.

Rodeados de todos, fueron entrando en el colegio, donde fue felicitado por los maestros y autoridades del centro, por la originalidad y el buen hacer del disfraz. Felicitaciones que le pidieron que transmitiera a su mamá, sin lugar a dudas, la artífice de semejante obra de arte.

Nelly, Milagros y Odalys, asistían emocionadas al desarrollo de la función, esperando ansiosas que llegue el momento de que se anunciara a *Filo* para representar su papel.

Por fin, el profesor que hacía las veces de presentador, indicó por los micrófonos la actuación estrella de la sesión.

-Con todos ustedes, *Tocororo* -a la vez que con el brazo señalaba al otro lado del escenario por donde apareció la figura de *Filo*.

-¿Cómo ha dicho? -pregunto Nelly a Milagros.

-Ya yo no sé *mija*. No lo he entendido. Y tu Odalys ¿has sentido lo que ha dicho el *speaker*?

-No. Una palabra rara.

Alguien desde atrás, toco el hombro de Nelly, quien se volvió hacia el que llamaba su atención.

-*Tocororo*. Ha dicho *Tocororo*.

-¿Y eso que es? -preguntó Nelly

-Un pájaro que lleva en sus plumas los colores de la bandera de Cuba. Es nuestra ave nacional.

-Ah -dijo Nelly volviéndose y transmitiendo a Milagros y Odalys las explicaciones recibidas.

-Vaya, mi amor, pronto se ha puesto de manifiesto que somos unas *come gofio* -dijo Milagros.

Las tres se rieron y se dispusieron a seguir con atención la actuación de *Filo*, recibida con grandes risotadas por los asistentes, y al terminar, premiada con grandes aplausos y exclamaciones de aprobación. Las tres estaban absolutamente impresionadas por la actuación del niño, a la par que el orgullo les salía por los poros. No sabían ni cómo ni de donde había salido, pero tenían la certeza de que un artista había nacido aquella tarde.

Capítulo VI

La Habana, Julio, 1967

Milagros se sobresaltó al sentir unos nerviosos golpes dados en la puerta de su apartamento. Se encontraba un tanto traspuesta en su mecedora, por lo que en un principio pensó que tal vez lo había imaginado. A aquellas horas de la mañana el calor ya apretaba lo suyo. Un nuevo repiqueteo, le confirmó que realmente alguien estaba llamando a la puerta. Se levantó rápidamente y se dirigió hacia la puerta para ver quien reclamaba su atención de aquella manera. Cuando abrió, se encontró a Nelly con cara de circunstancias. Se asustó al pensar en la posibilidad de que algo hubiera ocurrido.

-¿Que pasó compay? -dijo Milagros

-¡Que *Filo*, se volvió *chavetai* -le contestó Nelly pasando al interior.

-¡Se formó el arroz con mangos, *mijitai* ¡No entiendo qué!

-¡No quiere quitarse el traje de *clown* y dice que va a ir al colegio con él!

-*Caballero*, pero eso es imposible. ¡Cómo va a ir vestido de esa guisa!

-Pues ya ves, mi amor, por sus *reales*.

Mientras hablaban, Milagros se había cambiado de camisa y se había puesto unos *shorts*. Trató de calmar a Nelly, sin apenas conseguirlo.

-¿Y dónde está el *chamaco*?

-Arriba, encerrado en el *closer*.

-Vamos a ver a nuestro payasito. Y tú *cógelo suave pa' que se te dé*.

Las dos mujeres subieron al piso de Nelly. *Filo* seguía encerrado en el baño. Milagros se dirigió a él a través de la puerta.

-Vamos a ver *mijito*. ¿Tú no querrás que esto *acabe como la fiesta del guatáo*, verdad?

-No. Pero no me voy a quitar el traje de *clown*, nunca más. Voy a ir siempre con él.

-Mira *Filo*, ya tu *carnaval pasó* y ahora es el momento de volver a la realidad, mi amor. ¿Tú quieres que la gente se ría de ti cuando vayas por la calle?

-No me importa. Tampoco a mí me gusta como visten ellos.

-Vale mi amor. Los colores están para los gustos. Pero hay colores y hay gustos, ¿no te parece?

-No te entiendo.

-Pues que cada cosa tiene su tiempo y que cada tiempo tiene su cosa. Un *clown*, cuando hace *clown* debe llevar el traje ese que llevas, pero cuando no hace de *clown*, se viste como el resto de personas, ¿ok mi amor? Es decir, viste de la forma apropiada para cada ocasión.

-Pues a mí me da igual.

Nelly escuchaba la conversación llegando a la conclusión de que no se llegaría a ninguna conclusión. *Filo* estaba totalmente decidido a salir a la calle con los

zapatones, la nariz roja y el grotesco traje de los colorines. “Muy bien se dijo. De acuerdo”

-Bueno, *mijito*, no se hable más. De acuerdo vas a ir al colegio con ese traje. ¡Faltaría más! *El que nace pa' tamal, del cielo le caen las hojas* -dijo Nelly

Milagros se volvió hacia ésta con cara de sorpresa. Nelly le hizo un gesto para que le siguiera la corriente.

-*De un cobarde nunca se escribió nada*. Tú ganas mi amor -dijo Milagros.

-Ya puedes salir, *candelita*, que vas a llegar tarde al colegio -dijo Nelly.

Al instante oyeron como se abría el cerrojo, dando paso a *Filo*, un tanto receloso, temeroso de que todo fuera una añagaza de su madre y su vecina.

-No temas *Filo*, no te voy a obligar a quitártelo. Ya te puedes ir al colegio. Y date prisa.

El muchacho mostraba todavía cara de desconfianza, pero al ver que no ocurría nada, se acercó a las dos mujeres y les dio el beso de despedida. Un segundo después, bajaba a toda velocidad por las escaleras con el temor de que quisieran hacerle cambiar de opinión. Las dos mujeres pudieron ver desde la ventana como salía del portal corriendo en dirección del colegio. Algunas de las personas que pasaban por allí, lo siguieron con la mirada, sin duda sorprendidos por tan inesperada aparición.

-A ver, mi amor ¿Y eso? -preguntó Milagros a Nelly

-No hay peor ciego que el que no quiere ver. No hubiéramos podido convencerlo ni en mil años. Así es que lo mejor será que se enfrente al mundo de esa guisa. A ver si le gustan las chanzas y las bromas que le van a

hacer. Seguro que esta tarde cuando vuelva, pedirá que nos deshagamos del vestido.

-Puede que tengas razón, *mijita*. Mira, no se me había ocurrido a mí. *Donde se cae el burro, ahí se le dan los palos*. Ya estoy en *ascuas* para que llegue esta tarde.

Nelly y Milagros se separaron. Mientras Nelly se dirigía hacia la *botiga* que regentaba, Milagros se fue a su apartamento a tomarse su *buchito*. Los acontecimientos le habían avivado la necesidad de cumplir con su costumbre mañanera. “*Esta que jode...*” dijo cuando sintió el fuerte fogonazo del ron en su garganta, camino de su estómago.

Nelly subió las persianas de su botiga. Ante ella unas desoladas estanterías casi vacías de productos. Como siempre, esperó a que le llevaran los productos del día para poner a la venta. Y como casi siempre, de diez productos que debían proveerlo, solo llegaron cinco, y no en las cantidades esperados y dos de nueva expedición. Afuera, la gente esperaba pacientemente a que ella diera el permiso para que se fueran acercando a comprar los productos de la Tarjeta de Alimentos. A pesar de las penurias y la escasez, apenas si la gente protestaba y si lo hacía lo hacía de forma educada. Luego, sus pensamientos volvieron a su hijo. Verdaderamente estaba preocupada por lo que le hubiera podido pasar en la escuela. Miro su reloj. Todavía faltaban muchas horas para volver a casa y saber en que acababa todo aquello.

Capítulo VII

La Habana, Julio, 1967

Filo se presentó en casa por la tarde donde ya estaban esperando con la ansiedad y el nerviosismo haciendo presa de su madre y de Milagros. Traía una nota del Director del Colegio, en la que se requería a Nelly para que al día siguiente se presentara ante él, acompañando al niño, vestido con ropas adecuadas para la asistencia a clase.

-¿Se da cuenta muchachito, de lo que ha conseguido? -recreminó al niño que mantenía la cabeza baja - ¿Le ha dicho el Director lo que pone en la nota?

-No.

-Pues dice que mañana nos tenemos que presentar ante él, y tu vestido como una persona.

-¿Es que no voy vestido como una persona?-dijo *Filo*.

-Pues no, muchachito. Vas vestido de *clown*.

-¿Y un *clown* no es una persona?

Milagros asistía al diálogo de madre e hijo y la preocupación comenzó a apoderarse de ella.

-Ahorita mismo, te vas a tu cuarto y te cambias ese traje-dijo con energía Nelly.

-No, porque cuando me lo quite lo esconderás.

Nelly levantó su brazo, que fue sujetado rápidamente por Milagros.

-No mi amor. Así no sacaremos nada.-dijo

-Vamos a ver *mijito*. Las ropas hay que guardarlas para que le duren. Si no se las quita nunca, llegará un momento en que nadie se acercará a usted. ¿Lo entiendes, *candelita*?

-Sí.

-Y los *popis*, con lo caros que le han costado a su mamá, ¿cómo quieres que duren si los vas a destrozar de tanto caminar y correr?

Filo, comenzó a dar muestras de indecisión. Hasta él comenzaba a entender los argumentos que Milagros le estaba dando. Sobre todo porque había comprobado que en el recreo no podía correr con ellos, ni jugar con el resto de compañeros.

-¿Así que me dices, mi amor? ¿Ponemos la *yagua* antes de que caiga la gotera? -apremió Milagros.

-Bueno. Pero con una condición. Que no me escondan el traje ni los zapatos. Quiero que estén en mi armario.

Milagros miró a Nelly quien cerró los ojos en señal de asentimiento.

-Mira. Tu mamá ha dicho que sí. *Nunca es tarde si la dicha es buena*.

Filo se dirigió a su cuarto y al cabo del rato salió de él vestido con la ropa de todos los días. Milagros y Nelly se miraron, y las dos se encaminaron hacia la habitación del niño. Este las siguió con todas las alarmas encendidas. Milagros se dio cuenta del trance en el que se encontraba y trató de calmarlo.

-No te *zumba el merequeten*, mi amor. Ahora tu mamá va a lavar la ropa y lustrar los *popis*, los guardamos en su caja, en el lugar donde los has puesto. Y cuando este lavada la chaqueta y los calcetines, los colgará de una percha, ¿verdad que si Nelly?

-Por supuesto, *candelita* -dijo Nelly a la vez que besaba a su hijo.

Este pareció quedarse más tranquilo.

-Estaré vigilando, *mima*.

-Ya lo sé, mi amor. Venga ahora baje a la calle a jugar con sus amigos que los tiene a todos esperándole en la puerta.

El niño bajo corriendo las escaleras. El curso terminaría al día siguiente y por tanto no tenían deberes que realizar. El resto del grupo de las *jicoteas*, le estaban esperando a que se reuniera con ellos. Una vez todos juntos, pusieron rumbo hacia el cercano malecón. Hacía bastante calor en La Habana a aquellas horas de la tarde.

-A ver qué me dice mañana el director del colegio -dijo Nelly

-Pues ya te lo puedes imaginar.

-Sí. Y menos mal que ha consentido en quitarse el traje. Milagros eres lo *máximo*. Vaya labia la tuya.

-Mi amor, nunca es tarde si la dicha llega. Ahora esperemos que cuando inicie el nuevo curso, se haya olvidado de esta *maula*.

-Ya veremos. Esperemos que sí. Voy a lavar esta ropa

-Y sobre todo no se le ocurra esconderla. Déjesela bien a la vista porque si no volveremos a las andadas. A ver si tenemos suerte y se le olvida el *antojo*.

En el Malecón, el ruido de las olas del mar, junto a una tenue brisa, aliviaba los atormentados sentidos de los habaneros, castigados por el calor. Allí se reunía un gran número de personas que permanecían allí hasta altas horas de la madrugada, tomando sus *chupitos* de ron, bailando, conversando o simplemente sentados sobre los muros de hormigón mirando hacia el mar, recibiendo en sus rostros el frescor y la humedad que provenía del mar.

El grupo de las *jicoteas* se aposentaron en su lugar preferido.

-¿Que te ha dicho el Director cuando te ha llamado? -preguntó Yanelis.

-Que cómo se me había ocurrido acudir a clase así. Que me bajara de la nube, porque la función se había terminado la tarde anterior.

-¿Y qué le dijiste? Porque luego estaba muy enfadado -dijo Humberto

-Pues que a mí me gustaba ir vestido así. Y que además pensaba ir vestido siempre de *clown*. Casi le dio algo. Me dijo que como, excepción de las grandes, y dado que el curso terminaba mañana, me dejaría llevarlo hoy. Pero que mañana, para el cierre, debía ir vestido como todos. O sea, normal. Le he dicho que no lo haría. Así es que ha escrito una nota para mi madre y me la ha entregado para que yo se la entregara a ella.

-¿Y que ponía? -preguntó Yumiel

-Pues que mañana me tiene que acompañar al colegio para hablar con él.

-¿Y el traje? Ya no lo llevas. -preguntó Renier.

-Sí. Pero he pensado que algún día tendría que quitármelo para lavarlo. Además de usarlo siempre se me

va a estropear y entonces ya no podré ponérmelo. Y los *popis*, lo mismo, además de que son un engorro para jugar y correr. Así es que me lo he quitado para que lo lave mi *mima*, y me lo pondré cuando se inicie el curso.

-Ya no lo verás más -dijo Yumiel

-¡Ya lo creo que sí! Me lo han prometido -dijo *Filo*.

-¿Quién te lo ha prometido? -preguntó Humberto.

-Mi *mima* y Milagros, nuestra vecina.

-Desde luego *Filo*, eres *el que más mea*, eres lo *máximo* -dijo Renier con gestos de admiración, a los que asentía Yanelis. Todos miraban a *Filo*, con la admiración pintada en sus rostros. Curiosamente, nadie se había burlado de él durante las clases ni en el tiempo de asueto. Humberto, que con diferencia era el más tranquilo y sensato de todos se dirigió a su amigo.

-Lo tengo decidido. Yo voy a ser *clown*. El mejor de todos. -dijo con decisión *Filo*.

Todos se quedaron en silencio y se dispusieron a jugar con sus *papalotes*, aprovechando la brisa marina, por lo que todos corrieron hasta la arena de la playa, junto al malecón.

Capítulo VIII

La Habana, Julio, 1967

A las nueve de la mañana Nelly y *Filo* se encontraban en las dependencias del colegio, ante la puerta de la oficina del Director, esperando que éste hiciera su aparición. Pasados tres minutos de las nueve, apareció, pidiendo toda clase de excusas por el retraso, rogando a Nelly que esperase unos segundos, mientras disponía una serie de cosas a sus subordinados. Al poco rato, la puerta del despacho se abrió y el Director les pidió que entraran dentro.

Una vez en el interior, les hizo una seña para que ocuparan las sillas ubicadas delante de su mesa.

-*Caballero*, esto es otra cosa. Me alegra mucho ver a Fidel -él no lo llamaba *Filo*- vestido adecuadamente para asistir al Colegio. Lo de ayer, fue de lo más extraordinario, y si tu mamá me lo permite, yo diría que *chabacano*.

-Y no le falta a usted razón. Ya le costó una regañina antes de salir de casa, pero ante su insistencia, me pareció conveniente que afrontara él mismo, las consecuencias de su tozudez al vestir de *clown*. -dijo Nelly.

-Desde luego. Permitimos que continuase entre nosotros porque el curso se ha terminado y era un día, al

igual que el de hoy, de convivencia y recuerdo de que durante las vacaciones deberán seguir estudiando y repasando. Eso, y porque valoramos en mucho su actuación el día anterior. Por mi parte, aquí se acaba el incidente, en la confianza de que no se volverá a repetir.

-Eso se lo aseguro -dijo Nelly, sintiendo como *Filo* se volvía hacia su madre fijando la mirada en ella.

El Director se dio cuenta del gesto de *Filo*.

-Bueno...eso espero -su voz sonó con desconfianza, levantándose a continuación dando por terminada la reunión.

Una vez fuera de la oficina, Nelly se dio cuenta de que su hijo estaba muy serio. Le dio un beso, y *Filo* se lo devolvió por compromiso. Sin decir nada más se dirigió directamente a su clase. Nelly, se dispuso a ir a abrir la *botiga*.

-No lo entiendo -decía Nelly dirigiéndose a Milagros y a Odalys, mientras se tomaban un café en casa de ésta. -No entiendo porque este *muchachito*, se ha cogido esa perra con el traje de *clown*. Ya yo puedo entender que le guste y que en el futuro lo quiera ser, pero ¿ir de un lado para otro con el traje? No lo entiendo.

-Creo que a *Filo*, le da lo mismo *ser el herido que el chofer de la ambulancia*. Y el *pobrecico* se imagina que es un *clown* y quiere vestir como ellos. En cuanto a las normas, ¡ay *mi'jo!*, está en un país que para todo las hay, y además que son obligatorias. Es muy pronto y es muy joven para entenderlo. ¡Es un niño!

-¡Pero los demás no hacen estas cosas! -dijo Nelly

-Ni esas ni otras ningunas. ¿Porque crees que sus amigos sienten veneración por él y que lo siguen como si fuera el "*che*"?. Pues por lo mismo. Porque es de

naturaleza rebelde y piensa con naturalidad, no como nosotras que, antes de opinar, miramos a izquierda y derecha, pa' no ofender. -dijo Odalys

-Lo que tengo claro es que llevándole la contraria no vas a sacar nada. Más vale que durante el periodo de vacaciones, lo vayas preparando para que al menos al colegio vaya con ropa normal. Y luego tendrás que ceder en dejarle que se lo ponga para ir a jugar, a pasear o a donde Dios quiera que vaya. -dijo Milagros, a la vez que daba un tiento a su *buchito* de ron.

-¡Qué *murumba*! No sé qué voy a hacer. ¡En buena hora se me ocurrió llevarlo al circo! -dijo Nelly verdaderamente preocupada, recordando la mirada que le había dirigido *Filo* en el despacho del Director y que no lograba quitársela de la cabeza.

Exactamente lo mismo le ocurría al Director del Colegio. Rescató la ficha de inscripción del niño, y un cierto sobrecogimiento le recorrió el cuerpo al leerla. Para empezar la fecha de nacimiento: el 1 de Enero de 1959, el año del triunfo de la Revolución. Luego el nombre: Fidel Camilo Ernesto, con seguridad en homenaje a Fidel Castro, Camilo Cienfuegos y Ernesto Guevara, tres héroes de la Revolución. Comandante por triple vía. No se podía pedir más afinidad con el régimen. Solo se aportaban datos de la madre y ninguno del padre. Se imaginó que en aquella familia se reproduciría la historia repetida en miles de familias cubanas, en las que se producía la dolorosa dualidad de que algún o algunos de los miembros simpatizaran por separado con cada uno de los bandos. Unos a favor de la Revolución triunfante y los otros del dictador depuesto.

Aquella mirada la tenía clavada en su memoria. Expresaba algo que para ponerlo por escrito harían falta varios folios y un buen rato para rellenarlos. Vio a una madre completamente atribulada y no le costó absolutamente nada entender el porqué de la tribulación. Aquel niño tenía una personalidad arrolladora, y mucho se equivocaba, o aquel niño aparecería el 4 de Septiembre vestido de *clown*. En consecuencia, tendría que pensar en cuál iba a ser su decisión, y para ello sería interesante oír las opiniones de sus superiores. Aquel increíble suceso, estaba convencido, daría la vuelta por toda la nación y quién sabe si por el mundo. Convenía estar bien *artillado* para los acontecimientos futuros.

Capítulo IX

La Habana, Septiembre, 1967

El 4 de Septiembre, lunes, era el día que en Cuba, todos los estudiantes comenzaban el curso. Los días previos fueron de nervios por parte de alumnos y padres, y también de los profesores, que debían recibir a los futuros ingenieros, médicos, arquitectos, albañiles, mecánicos, carpinteros, y en definitiva, a las futuras generaciones de cubanos que deberían dar continuidad a los actuales a su debido momento. Tarea ingente y delicada, pero imprescindible.

En casa de Nelly, la tensión había comenzado algunos días antes. Tanto Milagros como su madre, le habían planteado al niño, la obligatoriedad de vestir las ropas adecuadas para asistir a clase. Las dos mujeres, insistieron hasta la saciedad en que las consecuencias de su negativa a vestir tal y como las normas exigían, podían ser terribles. El domingo, víspera de la inauguración del curso, fue la ofensiva final. Tras repetir los mismos argumentos, y a la desesperada, le dejaron caer de forma velada, que dado que Nelly trabajaba en un puesto que le había otorgado el Gobierno, podría ocurrir que como consecuencia de aquello, pudiera perder el empleo, y con ello su forma de ganarse la vida. *Filo* escuchaba los alegatos sin pestañear. Al principio su expresión era dura

y absolutamente decidida. Luego, al escuchar la retahíla se consecuencias negativas que podría traer su actitud, en especial, las que podrían recaer sobre su madre, comenzaron a minar su pétrea seguridad. Algo cambió en su rostro, que animó a Nelly y a Milagros a pensar que, tal vez, lograrían que el niño desistiera de su empeño de ir vestido de *payaso*.

Filo se desconectó de los comentarios, y comenzó a darle vueltas a la cabeza. Por un lado, su madre no había escondido las ropas de *clown*, las cuales se encontraban donde él las había puesto. Por otro lado, de la perorata él entendía que no le iban a prohibir que se lo pusiera, pues tan solo trataban de explicarle las consecuencias terribles que podrían recaer, en él, cosa que le daba igual, y en su madre, cosa que ya no estaba dispuesto a que ocurriera. Mientras en sus oídos resonaba el murmullo sin fin de su madre y Milagros, llegó a la conclusión de que tal vez sería lo más conveniente acceder a sus peticiones y vestir el traje de *clown*, fuera del colegio.

-Vale. Está bien. Solo porque no quiero que pierdas tu trabajo -dijo de repente.

Nelly y Milagros se quedaron mudas del asombro. Se intercambiaron una mirada, y a la vez, comenzaron a reír y unas lágrimas comenzaron a asomar en sus ojos, liberadas de la enorme presión que llevaban en su interior. Aquella inesperada reacción dejó a *Filo* completamente perplejo, y no pudo evitar echarse a llorar. Los tres se fundieron en un abrazo. Cuando pasados unos momentos, recobraron la serenidad, *Filo* fue el primero en romper el momento de silencio que se había provocado.

-¿Porque llorabais?

-Mi amor, porque no sabes el peso que me has quitado de encima. ¡Meses llevo esa opresión en el pecho! -dijo Nelly.

-Bueno, pues ya tú sabes, *mijito*, las mujeres lloramos por todo. Ya ves Nelly, *no hay que llorar, que la vida es un carnaval* -dijo Milagros.

-¿Y qué les parece si aprovechando que es domingo, nos vamos a tomar unos *buchitos* al *Floridita*, para celebrarlo? Y para ti una crema de plátano con crema ¿te parece bien?

-Si *mima* -dijo *Filo* que sin saber por qué se sentía contento. Tal vez fuera que sin saberlo había comprendido que su madre era feliz en aquellos momentos.

Milagros le hizo un gesto con la mano a Nelly.

-*El que nace pa' un real, no llega a real y medio.* Un día es un día y ahora me siento liberada.

-Di que sí, *mijita*. Vamos de picos pardos que pa' luego es tarde.

Y los tres salieron hacia la calle Obispo, camino del *Floridita*.

El Director del Centro, esperaba ansioso la llegada de Fidel Camilo Ernesto. Le sudaban las manos. Sus superiores le habían ordenado que no transigiera con la extravagancia de un niño de 8 años. Debería acudir a clase vestido correctamente, como se espera que acuda un estudiante a su centro de trabajo. Caso de reincidir y de hacer caso omiso a las advertencias que deberían dársele, debería procederse a su expulsión y posterior comunicación a la Dirección Nacional de Enseñanza, donde se tomarían las oportunas decisiones.

Primero vio a Nelly que traía de la mano a su hijo. Respiró en profundidad iva con normalidad! Liberado de la tensión, salió a recibirlos. La madre le dedicó una sonrisa de alivio y satisfacción. Por el contrario, *Filo* le dirigió una mirada glacial, rabiosa, preñada de odio, que le afectó. Pensó que el niño le culpaba de la imposibilidad de vestir de *clown* para asistir a clase. Tal vez su madre había cargado en él toda la responsabilidad. Le pareció hasta cierto punto normal. El caso es que no había *caso*. Respiró aliviado. Sin embargo, las razones por las que la mirada de *Filo* le resultó tan dura que le había conmovido interiormente, eran bien diferentes a las que él se imaginaba. *Filo* veía ahora en él a un dictador capaz de cualquier cosa para lograr sus deseos.

Capítulo X

La Habana, Enero, 1969

Hacia diez años que la Revolución había triunfado en Cuba. El Gobierno, con tal motivo había preparado una serie de actos para conmemorar el X aniversario de su advenimiento, presididos de una gran austeridad.

Entre otros, se pensó en un primer momento que Fidel Castro recibiera en el Palacio Presidencial de La Habana, a todos los niños y niñas cuya fecha de nacimiento coincidiera con la fecha del triunfo revolucionario, es decir el 1 de enero de 1959. Tras realizar una serie de comprobaciones, la cifra resultante fue de cerca de cuatrocientos niños, lo que pareció excesivo para las mermadas posibilidades económicas de la república. Trasladar y albergar durante uno dos o dos días a tantos niños, se consideró un gasto económico que no se podían permitir. Finalmente se decidió que solo los nacidos en La Habana, la capital, representaran al resto de niños y niñas, a los que se les enviaría un pequeño obsequio y un diploma. La cifra quedaba reducida a treinta y siete niños, entre los que se encontraba *Filo*.

Cuando el Director del Círculo Infantil comunicó a Nelly y a su hijo la noticia, les hizo hincapié sobre el altísimo honor que suponía para la institución que un alumno del mismo, asistiera a una recepción en la que el

mismísimo Jefe del Gobierno, comandante Fidel Castro los recibiría personalmente. Si bien parecía lógico que el Director ponderara a *Filo* y a su madre acerca de la seriedad y trascendencia del caso, a Nelly no se le escapaba que allí había una recomendación muy seria para que no fuera a pasar lo que ya era *vox populi* y fama en toda La Habana, acerca del niño que paseaba por la calle vestido de *clown*. Y es que *Filo*, en cuanto que la ocasión lo propiciaba, como era ir a algún cumpleaños o fiesta de niños, o simplemente los domingos a pasear con su madre, Milagros u Odalys, se vestía de *clown*, siendo la admiración de todos los habaneros cuando se lo cruzaban. Y sin embargo, jamás nadie le dirigió burla o comentario jocoso. Antes bien, se admiraban y sonreían a su madre dedicándole palabras amables. Nelly no sabía si era por compasión o por sincera manifestación de admiración. El cubano, y en especial los habaneros, tienen un extraordinario respeto por las opciones que cada cual pueda tomar en la vida, en cualquier tipo de manifestación, y en especial sobre la vestimenta que cada cual quiera llevar, tal vez, porque pudiera ser que no tuviera otra. Así es que cuando veían a un niño vestido de *clown*, a sus mentes llegaban recuerdos entrañables de su niñez, y no se les ocurría manifestar comentario alguno que pudiera ser considerado como ofensivo.

En consecuencia, el traje de payaso, fue entrando con normalidad en las vidas de Nelly, Milagros y Odalys, y que decir de *Filo*, el niño más feliz del mundo cuando se ponía la chaqueta a cuadros y rayas, sus calcetines amarillos y sus zapatones. Las tres mujeres de su vida se quedaban embobadas cuando lo veían maquillarse ante el espejo. Aquello era digno de ver. Nelly, contemplando

el cuadro, en ocasiones no podía reprimir unas lágrimas, siendo rápidamente animada por Milagros o Odalys cuando estaban presentes.

Cuando se encontraban ya en la calle, *Filo* hizo la pregunta que estaba temiendo Nelly.

-¡Me pondré el traje de *clown* para saludar al Comandante Fidel! -dijo exultante. A Nelly le temblaron las piernas.

-Pero mi amor, ¿No has oído al Director? Ese acto es el más importante al que seguramente asistirás en tu vida y mucho más serio que ir al colegio. Debes de ir correctamente vestido.

A *Filo* se le cayó el alma a los pies. ¿Cómo que no podía ir de *clown* en el acto más importante de su vida?

-¡Pero *mima!* ¡Por eso mismo quiero ir vestido con mi traje de *clown!*

Nelly estaba a punto del desmayo. Se detuvo en seco e inclinándose hacia el, enfrentando su cara con la del niño le espetó con rabia.

-¡Se acabó *Filo!* ¡No se hable más! ¡Iras como yo te diga, y si sigues con esta persistencia, quemaré el traje y los zapatos! ¡Basta ya!

Filo se quedó mudo. Nunca había visto a su madre tan enfadada y tan determinante y no esperaba semejante reacción. Por toda respuesta, se echó a llorar, a la vez que salió corriendo como alma que lleva el diablo. Nelly, reaccionó un segundo después y fue tras el niño hasta que un paseante, al darse cuenta de la situación, atrapó a *Filo* y lo retuvo hasta que llegó su madre.

-Gracias *compay* -dijo cogiendo de la mano a su hijo.

El resto del camino a casa *Filo* fue llorando. Cuando llegaron se encerró en su cuarto. Milagros que los había visto llegar desde el balcón, subió corriendo.

Nelly la puso en conocimiento de lo ocurrido.

-*Esto está de madre queridos amiguitos* - dijo por todo comentario.

Luego se dirigió al cuarto del niño empujando la puerta que se abrió sonando los goznes.

-¡Pero mi amor, como fue que el mismísimo comandante Fidel va a recibir a mi *candelita*!

Filo no dijo nada, mientras seguía llorando con hipo, lleno de coraje.

Cuando llegó el día, Nelly, acompañada por Milagros y Odalys, acompañaron a *Filo*, que seguía malhumorado y llorando, hasta el Palacio Presidencial, donde tendría la recepción de los niños, acto que tendría lugar sobre las 11 de la mañana. En las explicaciones previas, impartidas por el Director del Colegio, le informaron de que el niño tenía que estar en la entrada del palacio sobre las nueve de la mañana. Nelly llevaba consigo una carta en la que se explicaba el motivo de su presencia en el Palacio, con el fin de que no tuviera problemas de acceso. Lógicamente, el acceso se hacía extensivo, además del niño, a seis personas más, que normalmente deberían ser los padres y los abuelos del niño homenajeado.

Nelly llevaba a su hijo de la mano y lo hacía tirando de él, dada su negativa a asistir al acto, por no llevar el traje de *clown*. Cuando llegaron al patio delantero del Palacio, dos militares se dirigieron al grupo y le solicitaron la carta de acceso. Una vez comprobada, les facilitaron el acceso, y les indicaron el camino que

deberían de seguir para entrar en el Palacio, donde una persona se haría cargo del niño y a los acompañantes les indicarían el lugar donde deberían situarse para asistir a la ceremonia.

A la entrada, una señorita se hizo cargo de *Filo*, que seguía llorando, y luego encaminó a su madre y sus amigas hacia el Salón de los Espejos, donde tendría lugar la recepción. Mientras ellas subían por las escaleras de mármol de Carrara hacia la primera planta donde se hallaba ubicado el Salón, la voluntaria que se había hecho cargo de *Filo*, lo llevó a una habitación donde ya había una docena de niños y niñas esperando. Poco a poco fueron llegando el resto, hasta que todos los citados estuvieron presentes. Sobre las diez de la mañana, apareció el Comandante Fidel que venía a ver a los niños, pues él siempre había sentido una gran cercanía hacia los niños y niñas, futuros héroes de la Revolución como él solía decir. No tardó en reparar en un niño que estaba llorando, dirigiéndose en el acto hacia él.

-¡Pero como, un revolucionario llorando!. A ver, muchachito, ¿cuál es su nombre?

-Fidel Camilo Ernesto -dijo con voz llorosa *Filo*.

-Caballero, ¡Hay es nada! ¡Tres comandantes en uno! -dijo sonriente mirando a sus acompañantes que también sonrieron. -¿Bueno y porque lloras?

Filo se acercó a Fidel con clara intención de hablarle al oído, acción que hizo que el comandante se pusiera de rodillas para facilitar la confesión al niño. Este le habló en voz baja ante el estupor generalizado. Fidel Castro cambio varias veces de expresión, lo que a su vez produjo intercambio de miradas entre sus acompañantes y resto de niños que no imaginaban las razones que el

muchacho le estaba dando al Jefe del Gobierno. Pasados unos interminables segundos, Fidel se incorporó.

-Vaya, vaya. Esto sí que es extraordinario. Así que este chico es al que le gusta ir vestido de *clown*, ¿Qué les parece? -dijo dirigiéndose a sus acompañantes. -El muchachito está enfadado porque su mamá no le ha dejado venir vestido con el traje de *clown*.

Ante el desconocimiento de todos ellos, sobre el gusto del niño, Fidel les aclaró que había llegado a su conocimiento de que un niño habanero, se paseaba vestido de *clown* que utilizaba como traje de calle.

-Y miren por dónde lo tenemos delante. Vamos a ver -se dirigió a *Filo*.

-Como se llama su mamá.

-Nelly. Nelly Valcárcel -dijo

-¿Y ha venido aquí contigo?

-Sí, está con los otros papás.

-Bien -Fidel se dirigió a uno de los asistentes y le pidió que fuera a buscar a la madre del niño.

Filo se asustó de sobremanera, pues tuvo por cierto que aquello le acarrearía un castigo de los grandes. Al poco rato, el asistente apareció en la estancia, acompañado de Nelly que traía el susto pintado en la cara. Al verse ante Fidel, balbuceó un “*saludos comandante*” y extendió su temblorosa mano hacia el comandante quién se la estrechó y comprobó el estado de nervios que traía.

-No pasa nada, Nelly. Ocurre que he visto que Fidelito Camilo Ernesto, por cierto, gracias por el homenaje en nombre de la Revolución, estaba llorando y cuando le he preguntado la razón me ha dicho que es

porque su mamá no le ha dejado venir con el traje de *clown*.

Nelly lanzó una mirada furiosa hacia su hijo. Fidel se dio cuenta de lo que significaba aquella mirada.

-No pasa nada. Vamos a ver si lo que vamos a hacer te parece bien. *Ahorita* un *carro* oficial te llevará a tu casa, coges el traje y en el mismo *carro* volverás aquí para que *Fidelito* se lo pueda poner.

Nelly se quedó en blanco, sin saber que decir. A un gesto de Fidel, uno de los acompañantes le pidió que lo siguiera, cosa que hizo de inmediato. Fidel se volvió hacia *Filo*.

-¿Contento?

-¡Mucho comandante! -dijo radiante.

-¿Pero cómo creen ustedes -dijo Fidel a todos los presentes -que en un día como el de hoy, vamos a impedir que no sean todos ustedes felices? Pues en cuanto se regrese la mamá de *Fidelito* con el traje, comenzaremos la recepción. Mientras tanto, -se dirigió a sus asistentes- ¿les han ofrecido bollos y zumos a estos muchachitos?

Tras saludar a todos los niños y cucar un ojo a *Filo*, abandonó la estancia.

Milagros y Odalys que permanecían en su sitio en el Salón de los Espejos y que desconocían el motivo de la llamada de Nelly, eran un manojo de nervios. Cuando por fin el *speaker* hizo su aparición y anunció el comienzo de la recepción, Nelly todavía no se había incorporado a su lado. El nerviosismo se apoderó de ellas, comenzando a mirar a izquierda y derecha en busca de Nelly.

En aquel momento, los niños comenzaron a entrar en el Salón procedentes de la habitación anexa en la que habían permanecido. Un murmullo creciente, hizo que Milagros y Odalys dejaran de buscar a Nelly entre el público asistente, para concentrarse en lo que estaba ocurriendo en la parte delantera del Salón, donde los niños estaban entrando. Y entonces lo vieron y se les paró el corazón y la sangre les dejó de circular. Entre los niños, desfilaba ufano y feliz vestido de *clown* quien buscaba con su mirada a alguien entre el público.

Una vez situados, apareció la uniformada figura y barbuda de Fidel Castro, quien fue recibido con grandes aplausos y gritos de ¡Venceremos! a los que correspondió con el puño en alto. Milagros no pudo por menos que santiguarse.

-¡Demonio de *Filo!* -dijo en voz baja, y sin saber por qué se llenó completamente de orgullo y a sus ojos acudieron unas furtivas lágrimas que discurrieron por su cara hasta caer en el brillante suelo del Salón de los Espejos.

La recepción transcurrió con normalidad, y Fidel hizo una brevísima alusión al niño vestido con ropas de *payaso* que arranco grandes aplausos. Más tarde la prensa comentaría lo extraordinario del caso. Uno de los diarios, tituló la noticia en primera página como “***Ha nacido un clown***”. Y en un primer plano aparecía *Filo* con su traje radiante y feliz como hasta entonces no lo había sido nunca.

Capítulo XI

La Habana, Enero, 1977

Filo contaba con dieciocho años y en este año iba a acabar sus estudios de Química en el Instituto Politécnico de Química “*Mártires de Girón*”, que en los tiempos de Batista había sido la Universidad Católica Santo Tomás de Villanueva. Sus estudios, realizados con normalidad académica, le iban a proporcionar un Título Medio. Cuando terminó la Secundaria, decidió seguir por la ruta de los Estudios en Politécnicos, de carácter eminentemente más práctico y de contacto real con las materias estudiadas, cuya misión era la de formar trabajadores cualificados para las materias que se enseñaban. Desechó el camino de la Universidad, un camino más largo y que proporcionaba títulos del máximo nivel. No era la intención de *Filo*, la de continuar estudiando, porque él ya había decidido cuál sería su profesión: *clown*.

La decisión causó un cierto desencanto en Nelly, que esperaba que su hijo fuera a la Universidad. En el fondo de su ser, era lo que más anhelaba. No dijo nada por no herir la sensibilidad de su hijo. Cuando se decidió cursar químicas, Nelly se recuperó un tanto de su decepción. Aquello se le antojaba difícil y que no estaba al alcance de todos. Sin embargo, lo que más le

preocupaba era su inalterada costumbre de ir vestido de *clown*. Desde que le comprara el primero, Milagros ya le había confeccionado un par más, pues *Filo* crecía alto y fuerte.

Las *jicoteas* en pleno, estaban reunidas en casa de *Filo*. Lo iban a celebrar con un pastel que, como no, había hecho Milagros. Eso y unas botellas de zumo y de ron, para confeccionar unos *buchitos* y unas *mezclas*. Junto al grupo de muchachos, asistían también Nelly y Odalys. La conversación entre ellos versaba sobre la marcha de sus estudios y sus diferentes elecciones. Humberto se había decidido por la Universidad e iba a estudiar medicina, carrera en la que tendría que emplear largos años hasta culminar sus estudios.

Paulito, no quería seguir estudiando, Terminada la Secundaria, su única salida fue la que le proporcionó su padre, tras solicitarlo en la empresa en la que trabajaba, aceptaron su incorporación a la misma. La empresa se dedicada a la fabricación de estructuras metálicas. Entró de aprendiz de soldador y se sentía feliz con su vida y con reunirse de vez en cuando con sus amigos.

Renier, tampoco había querido seguir estudiando. Rebelde por naturaleza, frecuentaba los círculos anti gubernamentales, y su ficha comenzaba a circular entre las mesas de la policía política. No tenía trabajo ni parecía tener interés alguno en tenerlo. El gobierno tampoco parece que tuviera ninguno que ofrecerle, dado su historial. Su vida se deslizaba por unos senderos muy estrechos que amenazaban con atraer hacia él multitud de problemas. No trabajaba y se dedicaba a deambular junto con otros jóvenes por las calles de la ciudad.

“Inventando” decía el, cuando se le preguntaba por su modo de subsistencia.

Yanelis, la única chica del grupo, seguía adorando a *Filo*. Ella estaba estudiando en el mismo Politécnico que *Filo*, pero en la especialidad de Informática, recién creada. Al igual que éste, terminaría aquel año. Sus estudios los estaba cursando con gran brillantez, lo que con seguridad le proporcionaría un buen puesto de trabajo ofrecido por el Gobierno al término de los mismos.

Yumiel seguía siendo el extrovertido del grupo. Su indefinición sexual era evidente y él ni lo negaba ni lo confirmaba. Sus gestos y sus formas de hablar, lo hacían sospechoso. Tampoco tenía un trabajo estable, realizando labores de todo tipo que le proporcionaban unos exiguos ingresos que apenas podían cubrir sus necesidades.

Filo hizo su entrada en la habitación vestido con su traje de *clown*, arrancando los aplausos de todos. Desde los sucesos que tuvieron lugar hacía ocho años en la conmemoración del X aniversario de la Revolución, hechos que fueron ampliamente recogidos por la prensa, *Filo* había iniciado una incipiente carrera como *clown*, actuando esporádicamente en fiestas y celebraciones a los que era llamado, en parte por la fama que le precedía y cada vez más, por la calidad de sus actuaciones. Se sentó con todos prometiéndoles una actuación.

Renier, mostró un papel a todos.

-Me han llamado para incorporarme al Servicio Militar Obligatorio en Septiembre. Supongo que ustedes recibieron la misma citación.

-Si -dijo Yumiel -Yo también la he recibido y me incorporo en Septiembre.

-Por lo que veo, todos hemos sido llamados a filas, aunque yo voy a pedir una suspensión por estudios -dijo Humberto.

-¡Dos años perdidos! -dijo *Filo* - Dos años metidos en cuarteles.

-*Caballero*, ¡La patria nos llama! -dijo Renier. Luego se dirigió a Yanelis.

-Tienes suerte de no ser hombre. Ustedes *las flacas* no tienen que hacer el servicio militar.

-Pero puedo presentarme voluntaria.

-¡Ni se te ocurra, *mijita*! -dijo Milagros - Eso déjeselo a los *muchachos*, que bastante desgracia ya tienen.

-*Caballero*, ¿qué les parece a ustedes si hacemos los honores al *pastelico* y dejamos a la milicia hasta septiembre? -dijo Nelly.

Todos los presentes se aplicaron a la labor de hacer desaparecer las viandas que había en la mesa. Paulito, más que comer devoraba, y a una velocidad considerable.

-¡*Ñoo asere usted estaba canino, porque acabó con la quinta y con los mangos!* -dijo Milagros, poniendo una mano en el hombro de Paulito provocando las hilaridad de todos. Este se quedó un tanto mohíno, pero enseguida superó el trance, dedicándose a los otros platos. Estaba claro que el muchacho tenía hambre atrasada y no estaba para desaprovechar oportunidades.

Llegó septiembre y *Filo*, Paulito, Renier y Yumiel se juntaron en el Ministerio del Ejército para iniciar su Servicio Militar Obligatorio, el denominado SMO. Les acompañaban Yanelis y Humberto, que también fueron a

despedirlos. A Humberto le habían concedido la exención del SMO y a cambio, durante catorce meses, realizaría servicios que le serían anunciados en su momento oportuno. Por delante, los demás tenían veinticuatro meses de servicio.

Nelly, Milagros y Odalys también acudieron a la despedida como muchos otros padres. Las mujeres lloraban y los padres daban consejos a sus hijos sobre como sobrellevar la disciplina y el rigor militar.

Pero no a todos les fue del mismo modo. Yumiel y Renier fueron destinados al grupo especial de zafra para cortar caña de azúcar, donde la disciplina y las condiciones de vida eran especialmente difíciles, trabajando prácticamente de sol a sol. Las razones fueron simples: “desviación” y “apatía” respectivamente, que eran los eufemismos con los que se designaba a los homosexuales y a lo no afectos a la Revolución. A ellos dos les esperaban dos años de auténtico calvario.

Filo, dada la fama que le precedía, fue destinado a un grupo denominado *Elevación de la moral del combatiente*, y en virtud de tal consideración, le tocó viajar con las tropas cubanas por Angola y Etiopía. Lejos de temer los peligros del destino, la sola posibilidad de ejercer lo que más quería en este mundo le hacía completamente feliz, aunque su madre y amigas, sufrían en la distante y lejana Cuba.

Capítulo XII

Angola, 1978

Filo se disponía a maquillarse en un barracón de la tropa, en un espacio separado y preparado para tal efecto, para una función que tendría lugar a las siete de la tarde. Se encontraba en el campamento Base de las Fuerzas Cubanas en *Xangongo*, Angola, formando parte de los veintiocho mil cubanos destinados en todo el territorio angoleño. La labor que tenía encomendada era la de entretener y elevar el espíritu de los combatientes, y por mor del cumplimiento de esta loable misión, se veía obligado a viajar por todo el territorio angoleño, allá donde hubiese establecida una base cubana. A cambio, estaba exento de participar en las acciones militares.

Su labor, muy apreciada por sus compañeros y superiores, contribuía a ayudar a los soldados a paliar su añoranza de las cálidas y entrañables tierras caribeñas y a alegrarles el tiempo que duraba la sesión. *Filo* arrancaba de aquellos jóvenes, grandes carcajadas, animándoles a participar en el *show*, además de contestar a sus provocaciones. Y él se dedicaba a ello con auténtica pasión, en el convencimiento de que aquello suponía un paso más en su carrera como *clown*. En su mente, imaginaba noches de triunfo y reconocimiento como *clown*, aspirando a ser el mejor de Cuba.

Estaba dando los últimos retoques a su maquillaje, cuando alguien golpeo en la puerta.

-Adelante -dijo

La puerta se abrió y *Filo* se giró hacia ella para ver al visitante. Su sorpresa fue mayúscula.

-¡Renier! ¿Eres tú? ¡*Caballero, esto es lo más grande!*

-¡*Qué pasó compay! ¡Asere que bola!*

-Pasa y siéntate. Y cuénteme, *compay*, ¿pero que tú haces aquí? le hacía en Cuba.

-La historia es larga y va pa' rato. Mejor nos vemos después del *show* y hablamos largo y tendido. Solo vine para saludarlo y darme la satisfacción de verlo en persona, *asere*-dijo Renier.

Se fundieron en un abrazo y quedaron en verse en la cantina para después del espectáculo. Renier salió dejando solo a *Filo*.

-¡Hasta luego *compay!* -dijo al salir.

Tras la representación, ambos se juntaron en la cantina de la base cubana. Tras volver a abrazarse, los dos amigos tomaron asiento en un lugar apartado del local.

-*Filo, mi hermano, estuviste genial, sin duda eres hacha y machete. Tremendo artista. Hacía ya mucho tiempo que no me reía tanto.*

-Al parecer a la gente le gusta lo que hago. Ya tú ves, hacen falta *clowns* hasta en la guerra. A lo importante. ¿Que tú haces aquí? Te hacía en Cienfuegos, o al menos eso creía.

-Y creías bien, *compay*. Lo que no sabes es que a mí me destinaron al grupo de la zafra en Manzanillo.

-¿Zafra? ¿Por qué? -dijo asombrado *Filo*.

-Por mis ideas políticas. Ya tu sabes *mi amigo*, que no comulgo con este Gobierno -dijo Renier en voz baja. -En mi familia no abundan los partidarios de los *barbudos*.

-Pero eso, ¿qué tiene que ver? -dijo *Filo*.

-*Usted siga durmiendo de ese lado, Filo*. Es la realidad de nuestra Cuba. Si no estás a favor, es que estás en contra. Pero muy en contra. Yo no soy del partido ni de ningún círculo ni organización patriótica. Yo soy una linterna en medio de la oscuridad. Es decir me ven a mil millas. Yo soy un *bofe* para este gobierno.

-Pero eso es terrible Renier. Apenas puedo creerlo -dijo sinceramente *Filo*.

-*Ubícate en tiempo y espacio y deja el mareo*. El caso es que yo figuraba en una lista negra, y en consecuencia me destinaron como ya te digo a una unidad de castigo, la 1005 con sede en Holguín y que entre otras muchas cosas, a cada cual peor, le tocaba hacer faenas de zafra con la caña. Allí se trabaja de sol a sol, apenas se come, te vigilan constantemente, y como te equivoques o ellos crean o simplemente digan que te has equivocado, te acarician las costillas con palos o con las culatas de los fusiles. Por cierto: en el tren camino de Manzanillo me encontré con Yumiel. También él fue destinado a esa Unidad siniestra.

-¡Yumiel! ¿Y por qué?

-*Asere, estas detrás del palo y pidiendo el último*. -dijo Renier -¡Por ser homosexual! Porque ¿ya tu sabías que era *yegua*, no? -*Filo* puso cara de circunstancias.

-*Joder, Filo, ¡estás en babia!* -dijo Renier con cierto énfasis. -El caso es que *el cuarto de Tula cogió candela* y la situación se me hizo insostenible y cuando

leí en un tablón de anuncios que se pedían voluntarios para ir a Angola a ayudar a los angoleños contra un dictador, *agárrate asere*, ¡contra un dictador!, me apunté sin pensármelo dos veces. Al principio les extrañó, pero luego no me pusieron impedimento alguno. Me enrolaron en un grupo que partía para Angola a los dos días. Cuando llegamos aquí, estuvieron quince días machacándonos a mí y a otros como yo, en el manejo de las armas y demás utensilios. A estas alturas *Filo, me da lo mismo mantecado que cereza*. Por lo menos, aquí como decentemente y espero que si la suerte me acompaña y no le *canto al manisero*, me redima un poco ante nuestro gobierno para cuando vuelva a Cuba. Si no es así, mal me veo. *Un come mierda más*.

-Y a Yumiel, ¿cómo le fue? -preguntó *Filo* -Me has dejado frío.

-¡Imagínate *asere!* Ya tú sabes que él es muy *blandito* para todo. Y que todo se le amontonaba. Pues ya se puede imaginar. Creo que lo único que le mantenía en pie, era mi compañía, y si le soy sincero yo también agradecía su presencia. ¡Cuántas veces no le habremos mencionado! Y nos preguntábamos donde estarían todos ustedes, que estarían haciendo. Sin embargo, un día desapareció. Así, de repente, sin despedirse ni decir nada. *Voló como Matías Pérez*. A la semana de no tener noticias tuyas, yo ya di por sentado que lo habían hecho desaparecer.

-¡Qué dices! Eso es una barbaridad. -dijo *Filo* asustado.

-Mira *Filo*, cuanto antes te bajes de la nube, mejor para ti. -bajó la voz, forzando a *Filo* a acercar su cabeza a

la de él -En este país, en nuestro país, quien no está dentro del modelo que el gobierno ha establecido, está a un paso de la cárcel u otras cosas peores. Ciertamente, hay que estar al otro lado de la línea, como estamos Yumiel y yo, para poder saber y entender lo que te estoy diciendo. No estamos en un país libre, *Filo. Mantén tus ojos en las estrellas y tus pies en la tierra.*

-¿Y has llegado a saber algo de Yumiel?

-Nada. Absolutamente nada. Pero me temo lo peor. Y además, no sería el primero...ni será el último.

Filo escuchaba a su amigo y lo que oía le producía de dolía en el alma. No tenía razón alguna para no creer lo que decía su amigo. Y en el fondo intuía que esa era una triste realidad. Pero no podía aceptar que en su país se realizasen esos actos tan injustos y crueles. Realmente, no sabía que pensar.

Se despidieron y quedaron en verse todos los días en el mismo lugar si los servicios y las acciones militares lo permitían. Se volvieron a abrazar y a celebrar el reencuentro. Luego se dirigió cada uno a su respectiva unidad de destino.

Capítulo XIII

Manzanillo, 1978

Yumiel fue destinado a la guarnición de Manzanillo. Él y otros reclutas que también habían sido destinados a Manzanillo, fueron introducidos en el tren que recorría la isla de punta a punta, con el fin de ir recogiendo a los reclutas concentrados en las capitales de las provincias y trasladarlos a su destino en Manzanillo. Cienfuegos, Sancti Spiritus, Ciego de Ávila, Camagüey, Las Tunas y Bayamo, vieron pasar el convoy ferroviario y lo llenaron de reclutas. En el tren, se encontró con Renier lo que le produjo una gran alegría y un gran alivio de tener a su lado a alguien conocido.

Cuando fueron trasladados al Cuartel *Camilo Cienfuegos*, pronto se dieron cuenta de que su vida en el ejército no iba a ser precisamente como la de los demás. Ambos fueron destinados a la Unidad 1005 que tenía su base en Holguín, a unos 100 kilómetros de Manzanillo, hacia el interior, unidad de castigo en la que una de las labores más destacadas era la de trabajar en la zafra, es decir cortar caña de azúcar. A esta Unidad se destinaba a los homosexuales, delincuentes, sacerdotes y a los que se consideraban poco afines con la Revolución o se les etiquetaba con un surtido conjunto de sambenitos, como vagos, maleantes, prolapsos, etc. En definitiva, una

unidad de castigo y los que eran destinados a ella, trabajaban de sol a sol durante los dos años que tenían por delante, sufriendo tratos vejatorios, similares a los de las antiguas UMAP.

Yumiel sufría enormemente los rigores de sus compañeros, quienes frecuentemente se referían a él como *bajito de sal*, lo que le atormentaba enormemente. Sus vigilantes, se reían de él constantemente y cuando pasaban por su lado le decían *bujarrón, estoy pa' pasarte por la plancha*, lo que generaba bromas y risas de todos los que estaban alrededor. Sin embargo. Había un teniente que lo trataba con cierta deferencia cuando no había nadie cerca, pero cuando no era así, lo trataba brutalmente ante los demás, exigiéndole constantemente y destinándolo a las tareas más duras y pesadas.

Este constante martilleo sobre su condición sexual, añadido a sus escasas condiciones físicas para realizar una tarea tan exigente y dura como cortar caña, le había producido una mella en su ánimo y sentía desfallecer por momentos. Tenía las manos destrozadas, llenas de ampollas y heridas que le producían un dolor agudo a la hora de coger el machete y golpear con fuerza para cortar los tallos de la caña. Estaba a punto de desistir y su desesperación amenazaba su cordura y su estabilidad emocional.

El teniente parecía que estaba esperando que se produjera esta circunstancia y cuando vio a Yumiel al borde de la ruptura mental, lo llamo a su despacho.

-¿Ya tu bebes Yumiel?

-No, mi teniente. Solo zumos.

-¿Quieres que te pida uno?

-No, mi teniente.

-Como quieras. Yo me tomaré un *buchito* de este *levanta muertos*. Vengo observando que cada día tienes peor aspecto y aprecio en ti un cierto desánimo vital. ¿Me equivoco?

-No, mi teniente. No se equivoca.

-Bien, está claro que la naturaleza no data a todos por igual, y tal vez esto de la caña sea demasiado para ti, ¿no crees?

-Sí, mi teniente -Yumiel estaba desconcertado ante la comprensión del teniente y su aparente amabilidad.

-¿Que te parecería un destino más cómodo y más acorde con tus *condiciones*, ya tu sabes? -Yumiel no entendió que quería decir el teniente con aquello de sus *condiciones*.

-¡Claro! Quiero decir, Si, mi teniente.

-Bueno que te parece. Mira yo tengo una casita en las inmediaciones de Las Auras. ¿Qué te parecería si te permito que vivas en ella y a cambio me la limpias y haces la comida? -dijo mirando fijamente a los ojos a Yumiel. Este se asustó y no acababa de decidirse. Aquello no le gustaba nada.

-Claro que si no quieres, tengo un destino ideal para ti. Hay que hacer cinco kilómetros de zanjas para instalar unas tuberías de riego.

Aquello ayudó a que Yumiel tomara una decisión. Con la seguridad de que la proposición del teniente no podía ser peor que la que ya estaba viviendo y lo que era peor, la que le quedaba por vivir, decidió aceptar.

-De acuerdo, mi teniente.

-¡Buen chico! *Recoge el papalote que se te acabó la pita*. La verdad es que yo te aprecio. Durante estos

meses he visto que eres de fiar y eso es importante. Esta noche, una vez que se toque silencio, acude aquí.

-Pero teniente, ¿qué pasará cuando mañana no esté aquí?

-No te preocupes, eso queda de mi cuenta.

Aquella noche, Yumiel abandonó la Unidad 1005 en el *jeep* del teniente camino de Las Auras. No pudo despedirse de su amigo Renier.

En aquellos momentos, desconocía que iba a experimentar en sus propias carnes, uno de los aspectos más terribles de la existencia humana: la ruindad y la miseria corruptora de algunos seres humanos que la permisiva naturaleza había permitido desarrollarse entre las personas, disfrazados precisamente de personas.

Capítulo XIV

La Habana, 1978

La familia de Yanelis, era oriunda de Camagüey. Cinco años antes de que triunfara la Revolución, se había trasladado a La Habana, en un intento de mejorar sus condiciones de vida. En la capital, abrieron una tienda de telas y tejidos con los que se ganaba suficientemente bien la vida. Su segunda hija, hija Yanelis, nació en Noviembre del 58, un par de meses antes del triunfo de la Revolución. Su padre, Teodoro era un buen hombre con grandes dotes para la venta. Vendía tejidos, retales y pequeñas prendas, pero se veía capaz de vender cualquier cosa susceptible de ser vendida. No tenía ideas políticas, porque en definitiva sabía que mandara quien mandase, le tocaría trabajar, así es que no se preocupó mucho cuando se inició el movimiento revolucionario encabezado por un joven abogado llamado Fidel Castro. En cualquier caso, decía, “no somos terratenientes ni millonarios, así es que la Revolución, si triunfa, no nos molestará”.

Pronto se daría cuenta de su error. A los pocos meses de hacerse con el poder, los nuevos gobernantes declararon ilegal la propiedad privada, comenzando una serie de expropiaciones de grandes y pequeñas empresas,

entre las que se encontraba el pequeño negocio de la familia de Yanelis.

Este terrible suceso, tuvo el efecto de enervar a Teodoro, quien comenzó a protestar y dejar oír su voz en todo lugar en el que estuviera presente. Profiriendo comentarios contrarios a los nuevos gobernantes, no tardaron en llegar a conocimiento de la policía política, quien una noche, se presentó en su casa y se lo llevaron a punta de pistola. Días más tarde, se enteraron de que estaba ingresado en la Prisión Combinado del Este, en La Habana.

Al principio no les permitieron visitarlo, pero pasados unos meses, recibieron la comunicación oficial de su detención y posterior ingreso en prisión. De ello, hacía ya dieciocho años que llevaba preso en el Combinado del Este. Le faltaban todavía dos, para salir de ella.

Yanelis creció por tanto en un ambiente anti revolucionario y desarrolló un odio cerval a todo lo que fuera Revolución. Sin embargo, Silvia, su madre, aún a pesar de todo lo que le había ocurrido, o tal vez precisamente por eso, tenía claro que debía adaptarse a la situación para seguir adelante y sacar a su familia del atolladero. Eran momentos de adaptarse por obligación. Por tanto, inculcó en sus hijas, Lidia y Yanelis la conveniencia de adoptar una actitud de supervivencia. Sabía que ya estaban en la lista negra del gobierno, y que deberían andarse con sumo cuidado para no dar excusa para que tomaran contra ellos algún tipo de represalia. Yanelis pareció entender cuanto le decía su madre, y su actitud agresiva cambió, tornándola en una sumisión

aparente. Llegarían tiempos en los que podría tomarse la revancha.

Un día, la oficina de Empleo del Gobierno Cubano, le envió una carta donde se le invitaba a incorporarse como informática a una empresa que fabricaba fertilizantes, llamada Empresa de Fertilizantes de Cienfuegos donde se procesaba la miel de la caña de azúcar para obtener proteínas y con ellas, alimento para pollos. Hacía casi un año que Yanelis había acabado el curso con notas brillantes, sin que hubiese recibido ninguna oferta de trabajo por parte del gobierno. Daban por hecho que dados los “antecedentes” no lo harían nunca, lo que equivaldría a que Yanelis tendría que buscarse la vida, es decir, buscar trabajo en *botigas*, casas particulares o dando clases a algún niño, con el que conseguir unos cuantos pesos. La noticia llenó de alegría a su madre, a pesar de que el trabajo lo tenía a casi 250 kilómetros de La Habana. La llamada significaba que tal vez el gobierno iba abriendo la mano que los agobiaba. Yanelis iba a tener trabajo, un buen trabajo.

También aquel día recibió carta de *Filo* desde Angola. Notaba que sentía algo especial por aquel muchacho al que conocía desde muy temprana edad. Siempre habían mostrado el uno con el otro una gran afinidad, tanto en el aspecto afectivo como en el de compartir ciertos gustos y sensaciones. La abrió con nerviosa expectación. En ella, *Filo* le contaba su inesperado encuentro con Renier, que también estaba allí, último lugar del mundo en el que hubiera esperado encontrarlo. Le explicaba también las peripecias que le había contado Renier, de él y de Yumiel, desde su incorporación al SMO, ninguna buena por considerarlos

el gobierno, poco *afectos* a la Revolución, tras su envío a la Unidad 1005 en Holguín. También le expresaba su pesar por Yumiel, que también había padecido mal trato debido a ciertos problemas, que no explicaba y que Yanelis comprendió al momento, y su posterior misteriosa desaparición en Holguín. Terminaba la carta con unas frases dedicada a ella, en la que decía que echaba en falta los momentos en los que se reunían y sus paseos por las calles de La Habana. Finalmente se interesaba por su salud y situación actual y enviaba recuerdos para su madre y para las demás *jicoteas*, si los veía.

Con la carta entre sus manos, y alguna lágrima a punto de aflorar, y sin más dilación, contestó a la carta. Una larga carta de tres páginas.

Dos días después tomaba el tren hacia Cienfuegos, a incorporarse a un trabajo proporcionado por el Gobierno al que tanto odiaba.

Humberto, estudiaba segundo de medicina en la Universidad de Ciencias Médicas de La Habana, donde desarrollaba sus estudios con gran éxito. Tenía pensado dedicarse a la especialidad de Cardiología. En sus ratos libres ejercía labores de cooperación social, ayudando a los Equipos Médicos Volantes en sus visitas a los lugares más remotos de la isla, cuando se llevaban a cabo campañas de vacunación y estudios sobre el estado de salud de la población, lo que le permitía redimir meses de cumplimiento del SMO. Cuando terminara la carrera, también habría cumplido con su obligación militar con la Revolución.

Por su parte, Paulito, hacía el SMO en un cuartel en La Habana. Andaba sopesando la idea de apuntarse

voluntario, aprovechando un programa de las Fuerzas Armadas en las que a cambio de su alistamiento voluntario, podía acceder a estudios sobre una gran variedad de materias, como carpintería, electricidad, soldador, albañilería, etc., que se ajustaban mejor a sus condiciones intelectuales. Sin embargo, le atraía la idea de enrolarse en la Policía Nacional Revolucionaria, para la que pedían también voluntarios. De un tiempo a esta parte, le preocupaba el futuro, y veía ante sí, una gran oportunidad de resolver de una vez por todas, el importante factor de ganarse el pan de cada día. Jamás se había sentido atraído ni por la política ni por el ejercicio de las armas. Pero sí que le preocupaba lo que iba a comer al día siguiente. Y allí, en la milicia, quien lo iba a decir, tenía la solución a sus preocupaciones.

Capítulo XV

La Habana, 1979

La recepción que Nelly, Milagros y Odalys, dispensaron a *Filo*, cuando este, de forma inopinada se presentó en casa, fue apoteósica. Lo recibieron con gritos de alegría, lloros, y abrazos, a la vez que toda la cuadra se dio por enterada del regreso de *Filo*, el de “*las angolás*”, con lo que poco a poco el piso de Nelly se llenó de vecinos deseosos de felicitar y de oír de primera mano cosas sobre la guerra en la que Cuba, *a la chita callando*, estaba participando con un contingente de tropas cercano a los treinta mil hombres. Y como en toda guerra, había bajas. Y todos los que tenían hijos o hijas en esa “*inexistente*” guerra, tenían el alma en vilo, hasta que no los tenían delante de ellos, de pie y entre sus brazos.

Por la tarde, Humberto, se presentó a saludarlo. El muchacho, futuro médico, estaba ansioso de poder hablar con alguno del grupo de las *jicoteas*, para saber de sus vidas. Desde que se separaron por motivo del SMO, no sabía nada del grupo, aunque si conocía que Yanelis trabajaba en Cienfuegos de informática en una empresa de fertilizantes. Pero del resto, apenas tenía alguna noticia.

Tras el grito “*Jicoteas: todos para uno y uno para todos*”, *Filo* lo puso al día con respecto a Renier y Yumiel y su triste destino. Los dos quedaron para ir a sus casas al día siguiente para interesarse por su destino, en especial de Yumiel, desaparecido en Holguín, lo que les llenaba de angustia y zozobra. De Paulito, Humberto le dijo que lo último que sabía de él es que había ingresado en el Cuerpo Nacional de Policía.

-¿Cuánto te falta para acabar medicina? -preguntó *Filo*.

-¡Una eternidad! Tres años para acabar la carrera y uno de internado. Y luego tres más para la especialidad de Cardiología. Así es que aún me queda camino que recorrer. Y tú, ¿qué vas a hacer, ahora que ya estás licenciado del SMO?

-Primero descansar unas semanas. Y luego buscar trabajo. -*Filo* vio el interrogante en la cara de Humberto.

-De *clown*, naturalmente -dijo.

Nelly que escuchaba atentamente sin intervenir, cerró los ojos, en expresión resignada.

-¿Y ya hay trabajo para eso? -dijo Humberto, poniendo a Nelly en posición de atención esperando la respuesta de su hijo.

-¿Que si hay? ¡Ni te lo imaginas! ¿Sabías tú que “los de arriba”, cuando celebran las fiestas de cumpleaños de sus hijos, lo hacen con un espectáculo en su casa?

-¡No me digas!

-¡Ya lo creo! ¡Anda que no he estado yo en casas de coroneles, capitanes y demás en las celebraciones particulares!

-No podía ni siquiera imaginármelo, *Filo*. -dijo con cierto aire de desagradable sorpresa.

-Pues así está la cosa. Ya tiene razón Renier cuando dice que *estamos detrás del palo y pedimos el último*.

-Ya veo.

Al día siguiente, *Filo* y Humberto fueron a casa de Renier, que vivía en la calle San Miguel, muy cerca de la Universidad. Los recibió su padre quien se alegró de verlos. Renier le había escrito recientemente una carta en la que le decía que aún tardaría un par de semanas en regresar. Se extrañaron de que *Filo*, ya estuviera licenciado, siendo que los todos iniciaron juntos el SMO, pero era conocido que en Cuba se solían dar estas circunstancias, debido a una peculiar costumbre aplicada por los mandos militares. Le preguntaron si sabía algo de Yumiel, para escribir a su hijo, quien les preguntaba constantemente si sabían algo de él. Todos eran conocedores de las peculiaridades del muchacho y lo que eso significaba para los uniformados verde oliva.

En casa de Yumiel, junto al Malecón, les recibió su padre, quien no les conocía. Hacía ya varios años que había enviudado, por lo que en la casa tan solo vivían los dos, padre e hijo. Una vez que se presentaron, el hombre se echó a llorar. *Filo* y Humberto, permanecieron en silencio, notando como un nudo en la garganta les iba atenazando el espíritu y les iba encogiendo el alma. Al final el padre de Yumiel se fue serenando.

-Estuvimos en el Ministerio del Ejército, preguntando por él, porque habían pasado diez meses sin tener noticias suyas. Pasados unos días, nos explicaron que había sido destinado a una unidad con

base en Holguín, y que en aquellos momentos se encontraba bien, y que se le había comunicado que su familia deseaba tener noticias suyas. En definitiva, que era él, el que no quería ponerse en contacto con su familia. -dijo entre sollozos.

-¿Y les dijeron que clase de unidad era esa? -preguntó Humberto.

-No. Ni siquiera sabemos el nombre de la unidad. Pero conociendo a Yumiel, me parece que lo debe de estar pasando mal.

Filo y Humberto estaban sumidos en una gran tristeza al contemplar a aquel pobre hombre roto. Al parecer ellos tenían más información que su propia familia. Sin hablar entre ellos, los dos entendieron la no conveniencia de ampliarle lo que ellos sabían, por no ahondar más su pena y dolor.

-De todas formas ya no se puede alargar mucho. El tiempo de servicio ya lo ha superado. Tal vez, el retraso se debe a necesidades del servicio, pero vamos, tampoco se alargaré mucho -dijo *Filo*, a la vez que posaba su mano en el hombro del padre de Yumiel.

Cuando salieron a la calle, se había desencadenado un vendaval de viento procedente del mar que lanzaba enormes olas contra el malecón. El tiempo andaba tan revuelto como su estado en zozobra permanente. Sin intercambiar palabra alguna, lentamente iniciaron el camino de regreso a casa.

Capítulo XVI

La Habana, 1979

Pasado un mes desde el regreso de *Filo*, se produjo el de Renier y Yumiel. Renier venía contento, pues venía con trabajo que el Gobierno le había asignado como premio a sus *méritos y espíritu revolucionario* demostrados en la batalla. Se trataba de un puesto de trabajo en la misma empresa en la que trabajaba Yanelis, en este caso su labor estaría centrado en las labores de tratamiento y almacenaje de la miel de caña que procedía de otras factorías del país. Al igual que a Yanelis, le daba igual que el trabajo estuviera un poco alejado de La Habana, en Cienfuegos. El caso es que al parecer, el gobierno *había olvidado* sus antecedentes y al menos podría contar con un salario que le permitiera más mal que bien, ir tirando hasta la llegada de tiempos mejores, de los que no dudaba llegarían a la isla más pronto que tarde. Ignoraba que a veces, el destino olvida su trabajo y se volvía lento y perezoso.

Lo de Yumiel, era ya otra cosa. Regresó completamente cambiado. Su proverbial y constante alegría se había tornado en una profunda desconfianza y su carácter extrovertido se había mudado a introvertido. Cuando Filo, Humberto, Yanelis, de permiso, Paulito y Renier, fueron a su casa a visitarlo para ir a celebrarlo

todos juntos, se quedaron de piedra y profundamente impresionados ante el Yumiel que tenían delante. No lo reconocían. Y es que Yumiel era otro. *Filo* y Renier intercambiaron una mirada, pues eran los únicos que tenían eran conocedores, y solo de algunas, de las causas que habían operado aquel monstruoso cambio.

Uno a uno fueron abrazándolo en un sepulcral silencio y bajo la triste y apenada mirada de su padre, presente. Nadie se atrevía a preguntar nada porque evidentemente, el pesimismo se había adueñado de aquellos momentos. Fue Yanelis la que rompió el silencio.

-Cuéntanos Yumiel, ¿porque te estás tan *desfondaito*? -a la vez que posaba su mano sobre su hombro.

Yumiel los miraba de uno en uno, evidenciando una lucha interior para decidir qué hacer: callar y disimular o contarle todo. Su padre, se acercó a él y le tocó el hombro con su mano, a la vez que con la mirada y entornado brevemente los ojos le animó a que hablara a sus amigos. Antes, les invitó a que se sentaran alrededor de la mesa.

-Antes de nada, déjenme que les diga que estoy muy feliz al verlos a todos, juntos, como cuando éramos *chamaquitos de guardería*. Su presencia es la segunda alegría que recibo desde hace muchos meses. La primera fue ver a mi papá. -su padre le cogió la mano, estrechándosela, yendo luego a la alacena a coger unos vasos para servir unos zumos que aquella mañana había comprado aprovechando el paso de la cisterna de los zumos.

-No sé si os ha contado Renier que tanto él como yo fuimos destinados a la Unidad 1005 en Holguín, por la misma causa, aunque por diferentes razones. Él lo fue por ser *no afecto* a la revolución y yo por homosexual. - Yumiel hizo un silencio mirando fugazmente a sus amigos para ver que reacciones asomaban a sus rostros. Ninguna reacción. Al parecer, pensó, lo suyo no era ninguna novedad para sus amigos.

-Esa Unidad es una unidad de castigo que utiliza el Gobierno para someter y vejar a los que no cumplen con sus máximas ya sean del tipo que sean y que han establecido como modelos que todo cubano debe de seguir a rajatabla. Su no cumplimiento, te clasifica automáticamente no a un lado, arriba o abajo, sino directamente en contra. Eres un anti-revolucionario y en consecuencia mereces ser castigado. Renier tuvo el valor, que evidentemente yo no tengo, de apuntarse voluntario para ir a luchar a Angola. A los pocos días de marcharse, estuve tentado de hacer lo mismo y estuve a punto de entrar en el *buró* de alistamiento, pero no reuní el coraje suficiente para traspasar aquella puerta. Así es que seguí en aquella unidad en la que me sentía profundamente desgraciado. Sin conocer a nadie, sin ningún compañero al que descargar mis miedos y mis debilidades, me fui hundiendo cada vez más en el abismo de la irracionalidad y me fui concentrando cada vez más en mí mismo. No saben ustedes cómo añoraba que llegara el momento de ir a dormir, para poder ausentarme, aunque fuera por unas pocas horas, de aquel mundo infernal.

Resultó que había un teniente, el *uniformado Bujarrón*, como le llamaban los demás que estaban destinados en aquella unidad de castigo. El caso es que se

encaprichó de mí y comenzó a hostigarme para que me fuera a vivir a su casa en Las Auras, cerca de Manzanillo. Yo me negaba a todas y cada una de sus peticiones y él reaccionaba asignándome a los trabajos más duros y obligándome a seguir en el trabajo mientras los demás regresaban a los barracones a descansar. Un día me amenazó con destinarme a una unidad que estaba haciendo zanjas para colocar unas tuberías de conducción de agua. Aquella unidad, era peor que la que se dedicaba a la zafra. En ella morían diariamente dos o tres *trabajadores* (así los denominaban ellos), y según se comentaba, no todas eran debidas a accidentes por caídas al abismo (se trabajaba en sitios situados al borde de profundos cortes de roca y montaña), movimiento de tierras u otras causas más o menos naturales. También se decía que en ocasiones se ajustaban cuentas entre los propios confinados o de los carceleros, que aprovechaban el momento para despacharte de un machetazo, culatazo o una *plomada*. Simplemente te dejaban dentro de la zanja que luego cubrían con tierra una vez colocados las tuberías. En esa unidad había implícita una ley del silencio en la que cuando alguien moría, nadie sabía nada: ni unos ni otros. Hoy por ti, mañana por mí. Romper aquella regla significaba para el que la rompía, ser el próximo *vigilante de tuberías*, como se denominaban a los que se quedaban allí enterrados.

Todos asistían impresionados al relato de Yumiel. Su padre ya hacía rato que les había colocado unos vasos que había llenado con zumo de Piña y que ninguno había tocado aún, impresionados como estaban de lo que estaban siendo informados y que todos desconocían absolutamente.

-Así es que finalmente cedí a sus pretensiones. Quise engañarme a mí mismo, pensando en que fuera lo que fuere que se avecinaba, no llegaría a ser peor que lo que ya había pasado. Y claro, fue peor. Bastante peor. No ya en lo del agotamiento físico, que era lo que yo, ahora lo veo, por desconocimiento temía, sino en la propia estima, que a partir de aquel momento, desapareció para siempre. Su brutalidad, sus amenazas me trastornaron el alma. Me sentí violado en mi alma y la hiel empezó a apoderarse de mí. Y poco a poco todo fue cambiando dentro de mí. Mi sensibilidad se fue endureciendo hasta llegar a una insensibilidad total ante todas las manifestaciones de cualquier tipo. Mi alegría innata se trocó por una inacabable infelicidad. En mi interior se fue creando un sentimiento que jamás habría llegado a pensar que tendría: el odio y la sed de venganza. Pero a la vez, el cinismo y el sentido más brutal de la supervivencia se apoderaron de mi mente y de mis pensamientos. Deseaba vengarme de aquel miserable, pero no de cualquier manera. Tenía que ser de una forma horrible, inhumana, acorde con mis nuevos sentimientos. No estaba dispuesto a pagar más de lo que ya había pagado por vengarme. No deseaba ser castigado por esa justicia humana que aparece ahora sí, ahora no. Así pues, iba a ser necesario mostrar ante el mundo, una comfortable sumisión y actuar con sibilina y fría crueldad.

Los vasos seguían llenos, tal cual los había dejado el padre de Yumiel. Este se encontraba sentado detrás de ellos y lloraba en silencio. Yanelis también lloraba y los demás estaban a punto de hacerlo, sintiendo como el dolor estrujaba sus gargantas, atenzadas por la terrible emoción que los embargaba. Yumiel había hecho un

silencio en su relato y todos siguieron mudos, expectantes, esperando a que reanudara con su desgarrador testimonio.

-Así transcurrieron siete horribles meses, hasta que un día, se presentó en la unidad la Policía Nacional, arrestaron al teniente y se lo llevaron esposado. A mi me devolvieron de nuevo a la unidad de zafra, hasta que hace unos días me licenciaron y pude regresar a casa. Y esa ha sido mi triste historia que me ha *jodido* la vida para siempre.-dijo Yumiel con ojos llorosos.

Se produjo un prolongado silencio, pasado el cual, el final del relato, liberó un poco la tensión del ambiente.

-¿Y ya tu sabes que fue de ese *come mierda* del canalla *uniformado bujarrón*? -dijo Renier, quien se arrepintió al instante de la palabra empleada.

-Según he podido saber está preso en el Combinado del Este. Al parecer, cuando mi papá se presentó en el Ministerio de la Guerra, preguntando por mí, iniciaron una investigación porque ellos eran concedores de casos similares y supusieron lo que estaba ocurriendo. Así es que al teniente lo condenaron a cinco años de cárcel.

-¿Y tú que piensas hacer? -pregunto Filo.

-Lo único que puedo hacer, olvidar y rehacer mi vida, ¿no os parece? -dijo

-Ya sé que te será difícil, Yumiel, *pero cógelo suave pa'que se te dé*. -dijo Renier.

-Así es. Pero el Yumiel que ustedes conocieron ya no existe, al menos en estos momentos.

-Es natural -dijo Yanelis- Pero nos tienes a todos nosotros para ayudarte a salir de ese pozo. No puedes rendirte ahora Yumiel. Necesitamos tener al Yumiel de

antes y todos vamos a colaborar en que lo logres, ¿verdad muchachos? -Yanelis se abrazó a Yumiel y lo mismo hicieron todos los demás. El padre de Yumiel se levantó.

-Bueno muchachos, ¿y qué les parece si *ahorita* se toman los zumitos de piña y *alueguito* se van a comer unas *torticas cubanas* y unos *mojitos*? Yumiel les invitadijo

Todos aceptaron con alivio la propuesta, que vieron en ella un intento del padre de Yumiel para aliviar la tensión y la espesa atmósfera del momento y tornarla a otra más amable y sobre todo, animar a su hijo, si ello era posible.

Momentos después todos salían dispuestos a recobrar el ánimo perdido sumergiéndose en el bullicio que ocupaba la calle. El padre de Yumiel, al quedarse solo, pudo dar rienda suelta al dolor que contenía, comenzando a sollozar desconsoladamente.

Capítulo XVII

La Habana, 1980

El éxito de *Filo* era innegable. Su figura vestida de *clown* paseando por las calles y avenidas de La Habana, se había hecho familiar entre los habaneros, y su fama había traspasado ya las fronteras de la capital, para extenderse a lo largo y ancho de la isla. La prensa también había colaborado lo suyo en esta fama, publicando unas antiguas fotos en las que se le podía ver vestido de *clown* en una recepción con el Comandante Fidel Castro durante la celebración de los actos por el décimo aniversario de la llegada de la Revolución. Debido a ello, todo el mundo era conocedor de la fecha de nacimiento y de su nombre completo, el de los tres comandantes, así como su nombre artístico.

Sus actuaciones como *clown* en Angola, destinadas a entretener a las tropas allí destinadas, eran puestas como ejemplo ante los cubanos por el Gobierno, destacando el hecho de que desde cualquier profesión y actividad, se podían ensalzar las virtudes de la patria y de la Revolución. En referencia a *Filo*, se destacaban que hasta en su nombre artístico, Tocatoro, un ave en cuyo plumaje estaban representados los colores de la bandera nacional, había elegido un símbolo de la República Cubana.

Desde hacía unos meses, actuaba todas las noches en el Teatro Mella, y por ello se había mudado a otro piso, para evitar a su madre la incomodidad de sus horarios, pues Nelly, en los últimos tiempos andaba un poco delicada de salud. La visitaba con frecuencia y la ayudaba en lo que necesitara.

Además de en el Teatro Mella, también solía llevar a cabo actuaciones en los domicilios particulares de algunas personas que ocupaban puestos importantes dentro de la administración o del partido de la Revolución, o por cuenta del Gobierno, en fechas importantes en los que hubiera presencia de niños y jóvenes. Todo ello le proporcionaba un medio de vida que sin ser alto, podía considerarse completamente satisfecho.

Aquella tarde, recibió la visita de Renier y Yanelis que habían venido desde Cienfuegos de visita a sus respectivas familias aprovechando que se celebraba el Día de la Victoria de la Bahía de Cochinos y era fiesta en toda la isla.

Yanelis estaba feliz porque su padre había sido excarcelado y ya se encontraba en casa, recuperándose de las angustias y necesidades pasadas en la cárcel. Renier, como siempre mantenía su espíritu revolucionario, aunque había aprendido a manifestarse en los sitios en los que se sabía seguro.

Era la primera vez que *Filo* recibía a ambos en su nueva casa. Cuando llegaron sus amigos, llevaba unos pantalones de andar por casa y una vieja camiseta de tirantes juntos a unas zapatillas de felpa. Tras los consabidos abrazos y palmadas tomaron asiento en unos sillones de mimbre que rodeaban a una mesa nueva de

madera. Lo primero que le preguntaron fue por su traje de *clown*.

-O sea que en casa no lo llevas, ¿no? -preguntó Renier con sorna.

-No. En casa no. Solo en la calle.

-Te has hecho muy famoso. En Cienfuegos presumimos los dos de ser tu amigo -dijo Yanelis.

Filo les sacó una cesta con frutas y unos zumos.

-¿Qué tal os va en Cienfuegos? -pregunto.

-Bien. -contestaron a dúo

-¿Que sabes de Yumiel? -preguntó Yanelis.

-Yo lo veo bien. Aunque me da la impresión de que anda con gente no recomendable, ya sabéis, no afectos, ya me entendéis. -dijo *Filo*.

-¿Pero se va animando?

-No. Me parece que Yumiel ya no será nunca más como el que conocimos de niños. Eso si, lo veo mucho más centrado y más normal. Viene de vez en cuando a casa y me acompaña al teatro cuando actúo.

-Me parece que es una pose -dijo Renier.

-¿Una pose? -replicó Yanelis.

-Sí. No me lo imagino tan serio y formal. -dijo Renier y mirando a Yanelis -¿Te acuerdas cuando te dije que me lo había encontrado en Cienfuegos? -Yanelis asintió con la cabeza -Pues ese día lo vi misterioso, divagante. Cuando le pregunté qué hacía allí, me dijo que había venido a visitar a un compañero de cuando estuvo en la Unidad 1005. No sé, me sonó como raro. Le invite a que me acompañara para ir a verte y no quiso, porque tenía mucha prisa.

-Desde luego lo que debió de pasar solo lo sabrá él. Ojalá alguien le esconda entre las tripas dos palmos de

acero y lo mande a *cantar al manisero*. -dijo Renier con rabia.

-Y tú que haces, también lo pasaste mal -preguntó Filo a su amigo.

-Sí. Pues ya ves, manejando caña, como en los viejos tiempos. Solo que en esta ocasión manejo barriles con la miel de caña. La que está bien considerada es nuestra *asere* Yanelis. Es la jefa del *chiringuito*. Y es que hoy día, el que maneja la computadora es *la que más mea*. -Yanelis sonreía al escuchar a su amigo.

-Así que habéis aprovechado el día de fiesta y habéis venido a pasear por La Habana. ¿La echáis de menos, eh? -dijo *Filo*.

-Yo suelo venir dos o tres veces al año -dijo Yanelis -y este -señalando a Renier, apenas si viene. Debe de tener a sus padres contentos.

-Tal vez tengas razón, pero que quieres, ¿qué voy a hacer en La Habana una vez visitados mis viejos? He hecho nuevos amigos en Cienfuegos y nos vamos a bañar y a tomar unos *buchitos* de ron de caña.

-Por cierto, ¿os habéis enterado del lío ante la Embajada de Perú? -dijo *Filo*.

-¿Qué lío, *caballero*? -preguntó Yanelis.

-Según algunos, cinco o seis disidentes estrellaron un ómnibus en la entrada de la embajada, solicitando asilo político. Al negarse a entregarlos el Comandante Fidel ordenó que se retirara la protección de la embajada e invitaba a que todo el que quisiera abandonar Cuba que se presentara en la Embajada de Perú. El caso es que cinco o seis mil personas, según dijo la prensa, se arremolinan ante la Embajada del Perú, solicitando visados para abandonar Cuba.

-¿Solo cinco o seis mil? -pregunto con sorna Renier -ya serian veinte mil.

-¿Y de esa forma van a lograr salir de Cuba? El gobierno no les permitirá salir y lo que es peor, tomara debida nota y no solo no saldrán sino que entrarán en la cárcel y los pondrán entre rejas.

Los tres guardaron silencio.

-¿A qué hora empiezas a trabajar? -preguntó Renier a Filo.

-Mi sesión comienza más o menos a las once. ¿Quieren ustedes venir? Les conseguiré entradas

-Por mí de acuerdo -dijo Renier.

-Y por mí también -dijo Yanelis.

Renier se levantó y les dijo que todavía tenía que hacer unas cosas y que se juntaría con ellos a las diez en la cafetería que había al lado del teatro. Quedaron los dos solos.

-¿Y tu padre que tal? -le preguntó mirándola a los ojos.

-Ahora bien. No te imaginas como estaba el día que lo trajimos a casa en el *carro* de un vecino. Apenas se podía tener en pie. Humberto nos ayudó a obtener unas medicinas que necesitaba. Poco a poco va recuperando las fuerzas. Y a ti, ya veo que te va bien.

-No me puedo quejar. Tengo trabajo todos los días y estoy preparando nuevos diálogos y situaciones. Tal vez me inscriba en la Escuela Nacional del Circo. Allí aprendería nuevas técnicas y ampliaría mi repertorio con otro tipo de cosas. No solo basta con contar chascarrillos y cosas graciosas. Hay que hacer muchas más cosas.

-Y de lo demás, ¿qué tal te va, *asere*? -dijo Yanelis, asustándose de lo que acababa de decir.

-¿De lo demás? ¿A qué te refieres?

-Bueno, no se -dijo Yanelis completamente colorada.

-Pues como siempre...- Filo dejó en suspenso la frase mirándola a los ojos.

Yanelis se revolvió nerviosa.

-¿Te parece que salgamos a dar una vuelta? -dijo

-De acuerdo. Espera que me cambie.

Al rato *Filo* apareció vestido con una camisa y un pantalón.

-¿No te pones el traje de *clown*? -dijo Yanelis.

-No. No quiero que te sientas violentada al verme así vestido acompañándote.

-No me importa *Filo*. Si ya tú quieres ir vestido así, yo estaría igualmente de encantada yendo a tu lado.

-Gracias por decirlo. Significa mucho para mí. La próxima vez que salgamos juntos me lo pondré.

Y salieron a la calle dispuestos a pasar unas horas uno al lado del otro. Se les veía felices y risueños.

Capítulo XVIII

La Habana, 1980

A primeros de abril, tras los sucesos de la embajada del Perú, Fidel Castro había ordenado la retirada de la Policía Nacional Revolucionaria que prestaba servicio de protección ante la embajada de Perú, en represalia a la negativa de las autoridades peruanas de entregar a los seis cubanos que habían pedido asilo político, acción en la que había muerto uno de los policías de protección, a la vez que invitaba a todos los cubanos que desearan abandonar Cuba que se personaran en la embajada sudamericana. Además, anunciaba la apertura del puerto de Mariel, a cuarenta kilómetros de Cuba para todo aquel que quisiera emigrar.

La respuesta por parte de los cubanos fue de tal contundencia, que en pocos días se agolparon dentro del recinto de la embajada peruana unas diez mil personas. Sorprendido por el enorme movimiento humano, que no esperaba y que según sus informes, podría alcanzar una cifra cercana al millón y medio de personas, exigió como requisito indispensable para obtener el salvo conducto de salida, que cada cubano emigrante debería presentarse en sus respectivos Centros de Trabajo o Centro de Estudios para darse de baja y solicitar la expedición del

salvo conducto. Los que no tuvieran trabajo, deberían solicitar el salvo conducto ante los Comités de Defensa de la Revolución.

El procedimiento estaba concebido para poner en evidencia al solicitante ante sus compañeros o vecinos y sufrir increpaciones e insultos por parte de estos, tras la cumplimentación del requisito exigido. La televisión y la prensa alentaban a la realización de estos denominados *actos de repudio*, por lo que en muchas ocasiones, y ante la pasividad de los agentes policiales, recibían palizas y demás vejaciones. Con estos actos de repulsa, se pretendía también, frenar el éxodo masivo, que avergonzaban al Régimen ante la opinión pública mundial.

Paralelamente, el Estado aprovechó la ocasión para vaciar las cárceles de peligrosos delincuentes comunes que habían cometido delitos de sangre o contra la propiedad, o simplemente porque deseaba liberarse de ellos, enviándolos a la embajada para crear el caos y la confrontación entre los acogidos.

A finales de mes, Renier se presentó en casa de *Filo*. Traía unos marcados y ostensibles moretones en su rostro que junto con la expresión de la cara, sobresaltó a *Filo*.

-¡Qué te ha ocurrido, *compay*! ¡Vaya cara que traes!

-Pues sí y no, *Filo*-dijo tranquilamente

-¿Y eso?

-Me voy. Me *voy tumbando* a Miami, *mi amigo*.

-¿Tu eres uno de los que se quiere marchar?

-Sí. Y espero que tu no pienses de mí eso que dicen de nosotros de que somos gusanos y escoria, ¿verdad? -dijo mirando a *Filo*.

-¡Naturalmente que no! ¿Y tú trabajo?

-Lo he dejado *Filo*. Prefiero la libertad. Esta oportunidad que se ha presentado hay que aprovecharla, cueste lo que cueste antes de que Fidel se arrepienta, que se arrepentirá. -dijo Renier a la vez que señalaba su cara.

-Los morados son por eso, ¿no? -dijo *Filo* con gran dolor.

Las noticias sobre los acogidos en la embajada peruana le producían una sensación de incomodidad interna. Aquello demostraba que no todo estaba en Cuba como desde el Gobierno, la prensa y la televisión se decía. Prefería de una forma consciente, ignorar las cosas que estaban ocurriendo en su Cuba del alma y creer que en todos los sitios hay gente que lo pasa mal y en consecuencia protesta. Pero aunque pretendía pasar de puntillas por encima de ello, sin pensar ni profundizar, no lo lograba del todo. Era cómodo pensar en que los que se iban eran por razones poco honorables, como insistía el gobierno. Pero la realidad es obstinada y ahora, delante de él tenía a Renier, su amigo, encarnando aquello que no quería, no deseaba ver, y por tanto, su posicionamiento ante el problema empezaba a ser diferente. Por primera vez pensó que tal vez, la inmensa mayoría de aquellos que se querían ir, eran tan honrados y honestos como su amigo Renier. Y sentía que aquello era una injusticia ante la que había que reaccionar.

-¿Y cómo te vas? -preguntó.

-En barco.

-¿En barco? ¿Acaso el gobierno ha puesto barcos para trasladaros?

-*Filo, Filo, ya ponte a la viva.* Por supuesto que no. Vienen desde los EEUU a buscarnos. Embarcaciones de todo tipo. Algunas simples balsas o barcas que dan miedo.

-Pero, ¿y el visado? ¿Y tu padre?

-Ya lo tengo solicitado. Ahora estoy esperando a que la policía me comunique el momento de partir. Mi padre se queda. Dice que nació aquí, y aquí lo enterrarán y que si algún día la democracia visita Cuba, aquí estará para recibirla. Le harán la vida imposible, pero le da igual. A partir de ahora, no saldré de casa esperando a que lleguen los de la policía con el visado y me metan en una *guagua* con destino a Mariel y si todo va bien, dentro de quince o veinte días estaré libre en Miami, o habré muerto en el empeño. Por eso he venido a despedirme, *mi amigo*, porque a partir de ahora no se si podré hacerlo.

La gravedad y serenidad con las que Renier pronunciaba aquellas palabras, agobiaban a Filo. Las preguntas se le agolpaban en la boca.

-¿Pero qué harás en los EEUU? ¡Tú no tienes familia allí!

-No, pero tengo dos manos y una cabeza *pa'* trabajar. Necesito sentirme libre, donde mis derechos no dependan del capricho de cualquier *come gofio* con uniforme.

-Será difícil y por lo que dices tu padre pagará las consecuencias.

-Eso debería hacerte ver las razones por las que me voy tumba Antonio -dijo Renier con los ojos brillantes por la tensión.

Los dos amigos se abrazaron entrañablemente durante unos segundos.

-¡Escríbeme cuando llegues!

-Descuida *asere*. Así lo haré. Aunque no sé si te llegarán. A mi padre le han exigido que rompa todo contacto conmigo.

Se volvieron a abrazar y Renier abandono la casa, dejando a Filo, completamente abatido y sintiendo que algo comenzaba a moverse en su interior. Aquella noche tenía sesión en el Teatro.

Capítulo XIX

La Habana, 1980

Desde que recibiera la visita de Renier, *Filo*, andaba muy bajo de ánimo. A sus veintiún años la vida no le había tratado mal. Comenzaba a gozar de un cierto reconocimiento popular y un cierto prestigio en los ámbitos teatrales de Cuba, donde desarrollaba una actividad artística que llenaba por completo su vida. En su interior, notaba un desasosiego que no le permitía concentrarse en las cosas cotidianas y mucho menos en su trabajo. Era consciente de que se encontraba en un momento clave de su vida, en la que algunos puntales se estaban viniendo abajo, golpeados por la dura y cercana realidad que estaba viviendo en las vidas de sus amigos. Sabía que hasta ahora no había empleado ni un solo segundo en indagar y meditar sobre los atropellos e injusticias que en ocasiones podía escuchar y en los que se ponía de manifiesto que el ideal revolucionario pregonado por activa y por pasiva por el Gobierno, no se ajustaba a la realidad, y eso le hacía estar a disgusto consigo mismo.

Decidió ir a visitar a su amigo Renier. Necesitaba estar cerca de él para brindarle su apoyo y que él lo supiera. No sabía si ya habría partido o estaría pendiente todavía de la comunicación para partir. Por un momento,

pensó en vestir ropas de calle, pero luego, en un momento de rebeldía y de enfado consigo mismo por haberlo pensado, se puso sus habituales ropajes de *clown*.

Cuando llegó a la calle en la que vivía su amigo, vio un grupo de gente vociferando situada a la altura de la casa donde vivía Renier. Conforme se fue acercando, la gente empezó a notar su presencia, y poco a poco comenzó a callar.

Cuando llegó a su altura, todos habían callado y lo saludaron con su nombre de guerra.

-¡Es *Tocororo*! Mirad, ¡es *Tocororo*! -decían

-¡*Que bolá Tocororo, asere!*

Levantó su mano y forzó una sonrisa. De sobras sabía a qué venía aquella *guantanamera*. Sin mirar directamente a nadie subió hasta la segunda planta que era donde vivía su amigo. Detrás de él oía como los concentrados comentaban que iba a casa del *gusano*. En aquellos momentos se hubiera vuelto y les hubiera increpado su conducta, pero prefirió no dar ocasión a mayor violencia. A los pocos segundos de llamar a la puerta, esta se abrió dejando ver a Renier, quien se le alegró la cara al ver a su amigo.

Pasó rápidamente al interior, donde su amigo le dio un abrazo de bienvenida que conmovió a *Filo*.

-Pasa. Estoy solo. Mi padre ha salido a comprar algo para comer. ¡*Caballero*! Viene con el traje de calle – dijo destilando orgullo por sus ojos por tener un amigo como *Filo*.

-¿Y esa gente? -preguntó.

-Cada poco tiempo, montan el *bateo*. Pero la mayoría de ellos lo hacen porque el presidente de los

cederos de la *cuadra* viene y les ordena que comiencen los insultos. Ellos preferirían estar en sus casas o en la calle. Pero ya sabes, *mi hermano*, manda quien manda y las órdenes vienen de arriba. Y si no sigues las consignas, te llevan preso, ya tú sabes.

Filo escuchaba las palabras de su amigo con la algarada de fondo procedente de la calle.

-¿Y cuándo partirás?

-Eso depende de cuando venga la policía con el visado. Y eso puede durar días o semanas.

-Y luego, ¿qué? -pregunto *Filo*.

-Luego, me llevarán a Mariel, o me meterán en una *guagua* junto con otros, hasta un Centro de Recepción, donde estaremos varios días esperando a que se nos cite para embarcar en cualquiera de las embarcaciones que han venido desde los EEUU a recogernos.

-¿Pero y a ti quien viene a recogerte?

-Nadie en concreto, pero *la comunidad*, es decir, los cubanos que ya se fueron en el 64 han organizado y contratado barcos y cualquier cosa que flote para venir a recoger a sus familiares y a cambio, el gobierno les obliga a recoger a los que quieren salir y no tienen quien les reclame. Me han contado que a veces van doscientas personas donde solo deberían ir veinte. Así que es peligroso si el mar se pica o hay tormenta. Creo que el gobierno lo hace a propósito, para ver si con la sobrecarga el barco se hunde y unos cuantos gusanos menos. Pero prefiero eso a seguir en esta cárcel, en la que además hay que dar las gracias todos los días a tus carceleros.

-Se me acaba de ocurrir que necesitarás dinero. Yo no tengo mucho, pero puedes contar con él.

-Te lo agradezco, *compay*. ¡No sabes tú cómo te agradezco su visita y su apoyo en estos momentos, *asere!* ¡No se lo puede imaginar! Pero si te voy a pedir un favor, encarecidamente, y es que visites a mi padre de vez en cuando y le ayudes a pasar el trago que le queda.

-Cuenta con ello. No dudes ni por un segundo que lo haré. Pobre hombre. Me da pena. Lo va a pasar crudo.

Luego, Renier le fue contando algunas de las cosas que se había enterado y se rumoreaba sobre el hecho de que el Gobierno iba a aprovechar el movimiento para sacar de las cárceles a los más indeseables y enfermos mentales para mezclarlos con los emigrantes. Todo para tratar de denigrar a los que se iban, los que según ellos somos indeseables, vagos y maleantes e insolidarios. Luego, sacándolo de un sobre, le mostró el salvoconducto que tenía. Filo desdobló el documento escrito en un papel de color azul.

República de Cuba. Ministerio del Interior

SALVOCONDUCTO DEFINITIVO

EL PRESENTE SALVOCONDUCTO LE DARÁ A **Don Renier Bustamente Izquierdo** LOS SIGUIENTES DERECHOS.

- 1.- Salir al exterior a través de la Embajada de Perú si ese país acepta recibirlo.
- 2.- Salir al exterior a través de la Embajada de Perú a cualquier otro país que le conceda la VISA correspondiente.
- 3.- Salir al exterior directamente de modo legal si cualquier país le ofrece VISA.

El receptor de este Salvoconducto deberá residir en su domicilio habitual y no regresar a la Embajada peruana hasta que la situación actual dada sea resuelta,

La Habana, 19 de Abril de 1980

Filo le devolvió el documento. Abajo, el griterío pareció aumentar.

-Debe ser mi padre que ya se regresa. -dijo Renier.

Al momento, unos quedos golpes sonaron en la puerta. Era, en efecto, su padre que traía media libra de arroz y media libra de frijoles colorados -Hoy haré un *congrí*- dijo, la ración que había podido comprar con su cartilla de racionamiento.

El padre de Renier, trataba por todos los medios dar sensación de normalidad, lo que apenó todavía más a *Filo*. Tenía ante sí un terrible drama: ver cómo su hijo salía de Cuba entre insultos y golpes y con la terrible duda de saber si volvería a verlo antes de *cantarle al manisero*. Un drama que se repetía en muchos hogares cubanos.

Cuando, finalmente se despidió de ellos y llegó a la calle, miró duramente a los que vociferaban. Todos bajaron la mirada, sin decir nada. Cuando ya se había alejado un poco, comenzaron de nuevo los gritos y los insultos. Aquellas manifestaciones *espontáneas* se denominaban *actos de repudio*. Y el dedicado a Renier y a su padre, comenzaba de nuevo.

Capítulo XX

La Habana, Abril 1980

Hacia cinco días que Renier había salido de su casa acompañado por la policía, entre los abucheos e insultos de sus vecinos, quienes desviaban la mirada cuando Renier posaba la suya sobre ellos, hasta un lugar denominado Círculo Social Obrero Abreu Fontán en la playa de Marianao, habilitado para concentrar allí a los que denominaban *gusanos*, y realizar las últimas acciones administrativas, como retirar todas las documentaciones que portaran los que emigraban y se realizaban las últimas investigaciones por si procedía negar el permiso de salida. Todas estas gestiones podían durar varios días, incluso semanas. Luego, si todo estaba en orden, o simplemente no había contraorden, se les llevaba a un lugar denominado el *Mosquito*, en Mariel, a la espera de ser asignados a una embarcación con destino a Miami. Eso también podía durar días y hasta semanas. Esta incertidumbre producía estragos en el ánimo de todos los que estaban esperando el permiso de salida.

El denominado popularmente como *Mosquito* era un lugar de la costa utilizada como base militar y era el lugar de concentración previo a su embarque en una de las cerca de mil seiscientas embarcaciones que *la comunidad* había movilizado para sacar de Cuba a

familiares, amigos o simplemente cubanos que querían abandonar la isla. Las autoridades habían establecido cuatro grupos de clasificación, en función de las razones por las que se había concedido el salvoconducto, ampliamente separados unos de otros, formando auténticos *ghetos*.

Por un lado estaban los denominados *Diplomáticos*, procedentes en su mayoría por los que se habían refugiado en la Embajada del Perú. Otro grupo, el más numeroso, recibía el nombre de *Escoria y homosexuales*, y fue al que destinaron a Renier. Un tercer grupo se denominaba *Familiares reclamados*, y que como su nombre indicaba, eran a los que realmente habían venido a buscar las embarcaciones que se agolpaban en el puerto de Mariel. Eran utilizados como rehenes, pues de esta forma, las autoridades obligaban a llenar el barco de forma exagerada, antes de entregar a los reclamados por el dueño de aquella embarcación. La totalidad de los barcos que venían a sacar de la isla a los refugiados, partían con un pasaje en ocasiones diez veces mayor para el que estaban diseñadas. Los patrones de los mismos, o bien cedían a la sobrecarga, o no partían. Y por último, estaba el grupo que se denominaba de *Criminales y Dementes*, constituido por los presos más indeseables y con peores delitos, junto con los locos y enfermos mentales que el régimen deseaba deshacerse de ellos, en un intento de mostrar al mundo la clase de gente que realmente quería abandonar la isla. Dada su naturaleza, este grupo permanecía vigilado constantemente por policías y soldados acompañados de perros. Con seguridad la inmensa mayoría de ellos

abandonaban la isla forzados, de ahí la extrema vigilancia. A los demás no era necesario vigilarles.

Como quiera que Renier viajaba solo, ya que su padre se quedaba en La Habana, no tuvo que pasar por el terrible momento en el que el presidente del CDR de la *cuadra*, se personara en la vivienda para realizar el inventario de los enseres y demás objetos contenidos en la misma, que desde ese momento, pasaban a ser propiedad del Estado, como si allí se estuviera realizando un acto legítimo. Estaba prohibido salir de la isla con alguna propiedad, por lo que muchos trataron de esconder o vender los objetos más queridos, y que no fuera evidente su ausencia, escondiéndolos en casas de familiares o amigos.

Renier mantenía a duras penas la calma. Empezaba a pensar que tal vez, todo aquello era un paripé del Gobierno y en cualquier momento lo devolverían a La Habana. Sin embargo, aquel día, 30 de abril, escuchó su nombre por los altavoces, reclamándolo para embarcar. Con rapidez, se dirigió al oficial que leía la lista, porque si se tardaba un tiempo que les parecía largo, pasaban al siguiente. Le presentó el salvoconducto y tras revisarlo a conciencia, lo dirigieron hacia una embarcación en la que ya había más de cien personas. Con prontitud y sin hacer caso a los insultos de los que andaban por allí vigilando subió a bordo. Todos tenían la firme intención de no hacer frente a los insultos, por graves que fueran, pues de hacerlo, les darían la excusa perfecta para detenerlos por alborotadores y enviarlos directamente a la cárcel.

Se colocó junto a una escalera por la que se accedía al puente de mando y se sentó sin decir palabra,

abrazando sus piernas con los dos brazos y apoyando la cabeza sobre las rodillas. Miró a los que estaban a su lado y se saludaron con los ojos. En todos ellos se veía la ansiedad, el miedo y el temor, no a lo que tenían por delante, noventa millas de proceloso mar, porque eso constituía un riesgo asumido, sino porque en cualquier momento, las autoridades del puerto al cargo de aquella movida humana, los hicieran desembarcar y vuelta a empezar. No sería la primera vez, ni sería la última. Así es que todos los que se encontraban allí ocupando el mínimo espacio posible, no hablaban ni se dirigían a nadie, limitándose a contener en su interior la esperanza y a ocultar el temor a desandar todo lo andado hasta aquellos momentos. Sin poderse reprimir, estalló en sollozos, ante la apenada mirada de cuantos le rodeaban.

Así pasaron dos días, sin comer ni apenas beber. Sin embargo, lo más terrible de todo era el desconocimiento de la hora de la partida. En una situación como aquella fue inevitable que corrieran rumores de todo tipo. Que si la mar estaba picada y había riesgo cierto de que zozobra, o por el contrario, “estos cabrones están esperando a que la mar esté picada para dar la salida y esperar que nos vayamos todos a pique.”.

Al tercer día, a eso de las once de la mañana, unas bocinas, que a ellos les parecieron las trompetas de Jericó tocadas por serafines celestiales, dieron con sus estridentes sonos la orden de zarpar a las cerca de cien embarcaciones que estaban a rebosar de personas. Se recogieron anclas y por las chimeneas comenzó a salir un negro humo, que a todos les pareció blanquísimo. Todos contuvieron la respiración: el camino hacia la libertad había comenzado, bien arribando a tierra o hundiéndose

en las azules aguas del mar. Las dos cosas significaban lo mismo para ellos: libertad. La suerte estaba echada.

El barco en el que iba Renier junto a ciento ochenta personas, comenzó a abrir surcos en aquella masa líquida azulada y por ende, comenzó a poner distancia entre ellos y su querida tierra cubana. Cuando sobrepasaron la bocana del puerto, vieron como cientos de embarcaciones estaban esperando para entrar en el puerto y recoger a más compatriotas.

Fue entonces, cuando al comprender que iniciaban el camino de salida, la emoción por dejar a su tierra querida y a sus familiares y amigos, atenazó las gargantas de todos ellos a la vez que los llantos y los gritos de alegría, entremezclados, comenzaron a salir de los oprimidos pechos que viajaban en aquella flota de libertad que se dirigía a tierras americanas.

El patrón del *Old Sea*, que así se llamaba aquel cascarón, era un hombre experto. Lejos de azuzar los motores para extraer de ellos lo máximo, decidió hacer una navegación tranquila pero segura: bastantes años llevaba aquella gente esperando aquel momento, como para quedarse tirados en el mar por forzar las máquinas para ganar alguna hora.

Llevaban varias horas navegando sin incidentes, cuando vieron a lo lejos un barco que se acercaba por babor y que cambiaba el rumbo para ponerlo en dirección a ellos. Se trataba de un buque mercante de la compañía Mambisa de Navegación, de nombre “Las Milagros” y cuando pasaron a escasos cincuenta metros, produciendo olas que hicieron bambolearse al *Old Sea*, la tripulación asomada por la borda les empezó a insultar denominándolos *gusanos*, *escorias* y mil lindezas más.

Una hora más tarde, un helicóptero de la marina norteamericana los sobrevoló lo que a todos les pareció que aquello representaba el principio del fin de la odisea y que su destino estaba cerca.

Aquella odisea estaba llegando a su fin. Comenzaba otra en la que estaban seguros, les iría mejor que en la que dejaban atrás.

Capítulo XXI

La Habana, Mayo, 1980

Filo decidió hacer una visita a Yumiel. Al igual que en la visita que hizo a Renier, se vistió con su traje de *clown*. Durante el trayecto hasta la casa de Yumiel, fue abordado y saludado con efusión por un gran número de personas. Realmente se estaba haciendo un clásico en las calles habaneras y la gente le saludaba con cariño. Cuando llegó a la altura de la calle donde vivía Yumiel, vio que todo estaba tranquilo, aunque con el natural bullicio de todas las calles de La Habana, donde la gente todo lo que hace, lo hace haciendo ruido. Esa normalidad le tranquilizó. Subió las escaleras hasta el cuarto piso, no sin antes sortear a varios niños que jugaban en la escalera, y admirar como un vecino se estaba jugando la vida, metiendo mano en una maraña de cables que colgaban y que partiendo del cuadro de contadores se proyectaban en infinidad de cables eléctricos, es de suponer que para dar sustento a algún ventilador, televisor, aparato de radio o mil artilugios más.

La puerta estaba abierta y tras golpear con los nudillos sobre ella avisando de su presencia, pasó a su interior. Al fondo, un ventilador ronroneaba lanzando su chorro de aire sobre un sofá situado frente a él. *Filo* supuso que el padre de Yumiel, o él mismo, estaría

echando una *adormilada*, ante la falta de respuesta a su llamada. Se acercó con cautela hacia el sofá, y comprobó que era el padre de Yumiel quien dormitaba plácidamente en el viejo sofá. Dudó si despertarlo o volver otro día. Cuando se disponía abandonar la casa, Fulgencio se despertó con sobresalto al notar una presencia delante de él. Cuando vio a *Filo*, se tranquilizó y esbozo una sonrisa.

-¡Ah *mijo*, Eres tú! Me he sobresaltado al verte.

-Ya veo. Venía a ver a Yumiel.

-Pues hace dos días que no le veo. No sé dónde se mete este muchacho.

-¿Dos días?

-Sí.

-¿Y él como se encuentra? Me refiero de ánimo. Desde que regresó del SMO estaba un poco bajo de estima.

-Sí. Ha cambiado mucho. El otro día, ya tu sabes que mi hijo no es un *jiribilla*, aunque lo pueda parecer a quien no lo conozca, le oí decir unas palabras que jamás le había yo escuchado. Le pregunte por ello, pero *na más* me dijo. Se disgustó de verás. Yo ya no sé qué le pasó.

-Vaya, lo lamento. ¿Y usted como se encuentra?

-*Al que Dios se lo dio, San Pedro se lo bendiga*. Ya yo no me quejo *mijo*. Siempre se puede estar *pior*. -dijo el padre de Yumiel con cara de resignación. -Ya tú sabes lo que dice el refrán: *pa'abajo todos los santos ayudan* -dijo Fulgencio, haciendo sonreír a *Filo*, quien le tendió la mano a modo de despedida. -Vendré otro día.

-Cuando tú quieras *mijo*, ya sabes que todos ustedes son bienvenidos a este *gao*.

Filo bajó lentamente las escaleras hacia a la calle. Bajaba deprimido por el silencio y la resignación que había en aquella casa, cuando siempre había sido todo lo contrario. La ausencia de Yumiel se le antojaba que debía de tener como origen algún problema, pero desconocía que podía ser. Su condición de homosexual le podía ocasionar problemas con las autoridades. Dejaría pasar un par de días y volvería a hacerle una visita.

Capítulo XXII

La Habana, Mayo, 1980

Los recientes sucesos estaban afectando profundamente a *Filo*. Necesitaba hablar con alguien de todos los acontecimientos que estaban ocurriendo en aquellos momentos, y que estaban golpeando directamente en las vidas de sus amigos, por lo que decidió ir a ver a su amigo Humberto. La desaparición de *Yumiel* le había sumergido en un mar de sombrías sospechas.

De todo el grupo de las *jicoteas*, *Humberto* era el que más sintonizaba con la Revolución. Al menos aparentemente. Su padre ejercía de responsable en una entidad bancaria y su madre pertenecía a varios Círculos de actuación social contando por ello de la aquiescencia de las autoridades. *Humberto* se afilió al Partido Comunista como paso previo para poder asistir e ingresar en la Universidad. Según los axiomas del Gobierno, manifestados en grandes carteles, la Universidad era para los comunistas. Ello no quería decir que fuera un entusiasta del sistema, pero era necesario aparentarlo para poder cursar sus estudios de medicina. Y él al fin y al cabo, era consciente donde vivía y todo era cuestión de adaptarse.

Quedaron en verse en la *Bodeguita del Medio*, en la calle *Empedrado*, donde comerían alguno de los platos típicos del local. *Filo* pidió arroz blanco y pernil de puerco asado en su jugo. *Humberto*, unas habichuelas pintas y chicharrones de cerdo. Llevaban algún tiempo sin reunirse y cuando por fin lo hicieron se fundieron en un abrazo. Buscaron una mesa un poco apartada de la entrada y se sentaron. Hablaban en voz baja porque nunca se sabía quién podía estar escuchando.

-¿Sabes que *Renier* se marcha a *Miami* desde *Mariel*? -dijo *Filo*.

-¿Qué? -respondió *Humberto* -¡No me digas que *Renier* está metido en esta movida!

-Pues sí *compay*.

-Bueno, *Renier* siempre ha sido un poco contrario a la Revolución.

-¿Y cómo lo ves? ¿Qué opinión te merece? -dijo *Filo*, con preocupación. Deseaba que su amigo, no se alineara con la inmensa mayoría de los cubanos en el trato a los *marielitos*, como se comenzaba a llamar a los que estaban esperando el momento para salir de Cuba. *Humberto* miró a izquierda y derecha.

-Pues no sé qué decirte. La verdad es que si te significas, este tipo de regímenes son peligrosos, y en el caso de *Renier*, estaba claro que figuraba en una lista negra del gobierno. ¿Y se va él o lo echan?

-¿Por qué lo dices?

-Tengo entendido que a algunos, es el propio gobierno quien los ha puesto en *Mariel* para que se vayan.

-No. Se va él porque lo ha solicitado.

-Entiendo. Pues lo van a pasar mal. El gobierno debería abrir la mano y dejar que cada cual decidiera su destino. Si me preguntas *Filo*, que si me parece bien o mal o si estoy de acuerdo con todo lo que está sucediendo, te diré que no, que no estoy de acuerdo. Mira, ya tu sabes que estoy afiliado al PCC, pero a ti te puedo decir que lo soy porque quiero estudiar medicina. De no ser por eso, me mantendría al margen de la significación política. Tampoco estoy radicalmente en contra de lo que ha traído la Revolución, porque ¿qué hay en la vida que sea perfecto? Nada.

-Está claro, pero hay límites que se deberían respetar, como la libertad de expresión y el derecho a la vida. -dijo *Filo*.

-Exacto. Pero fíjate que en eso del derecho a la vida, la Revolución se ha cargado sobre sus espaldas a todos los cubanos, proporcionando trabajo, enseñanza, sanidad y otras cosas totalmente gratis, es decir que ese argumento no les vale. Precisamente para garantizar su derecho a la vida. En qué grado lo consiga, eso es otra cuestión. En lo de la libertad de expresión, eso ya es otra cosa. Ahí no hay nada que hacer.

-Pero siguen existiendo clases *Humberto*. Los hay que viven muy bien, y otros que no llegan.

-No sabía que fueras tan estricto y crítico con la Revolución. -dijo *Humberto* con una sonrisa.

-Ni yo tampoco, pero lo sucedido con *Renier* y *Yumiel*, la verdad, me ha quitado la venda de los ojos.

-¿*Yumiel*? ¿Qué le ha pasado a *Yumiel*?

-Hace varios días que no aparece por su casa.

-¿Piensas que su condición *especial* tiene algo que ver en ello?

-*Caballero*, pues mucho me temo que sí, pero la verdad es que es suponer por suponer. Su padre está nervioso y no sabe qué hacer. Tiene miedo a que si está entre los de *Mariel* y va a preguntar a la Policía, no le vaya a perjudicar.

-Lógico.

Mientras comían no se dieron cuenta de que había entrado en el local un Policía Nacional, quien recorrió con la mirada todo el local. Cuando sus ojos pasaron por la mesa que ocupaban *Filo* y *Humberto*, sus ojos brillaron. Acto seguido se dirigió hacia ellos.

-*¡Jicoteas: Todos para uno y uno para todos!* -dijo provocando un sobresalto en los dos amigos, quienes se volvieron hacia el policía.

-*¡Paulito!* -dijeron a la vez.

Los dos se levantaron y saludaron al recién llegado. Tras los saludos, los tres tomaron asiento. *Filo* y *Humberto* miraban asombrados a su amigo vestido con su uniforme reglamentario, gorra, hombreras y pantalón azul oscuro y camisa gris.

-*¡Así que finalmente te has hecho de la Policía Nacional Revolucionaria!* -dijo *Humberto*.

-Es un trabajo fijo y hasta cierto punto tranquilo. Todo el día paseando y vigilando. Y a vosotros os veo muy bien. A ti *Filo*, te veo *máximo* con tu traje de *clown*. Un día te tengo que ir a ver al *Teatro Mella*. Hablan maravillas de tu actuación.

-Cuando quieras, pásate. Me alegrará verte. -dijo *Filo*.

-Y tu -dijo *Paulito* dirigiéndose a *Humberto*-Ya serás doctor en medicina.

-No, todavía faltan algunos años. Pero espero que todo llegue.

-Bueno ya veis la que tenemos montada en Mariel ¿no? -dijo Paulito

-Sí. De eso precisamente estábamos hablando. ¿Sabes que Renier está en Mariel? -dijo *Filo*.

-Sí. Me enteré hace unos días.

-Y Yumiel anda desaparecido, sin presentarse en casa.

-Yumiel. ¡Y tanto! Como que está en el Combinado del Este -dijo

-¿En el Combinado del Este? ¿Y por qué motivo?

Paulito hizo un mohín con la mano dando a entender la razón.

-No lo entiendo -dijo Humberto- hay muchos en la calle y no están en el Combinado.

-Sí. Pero Yumiel provocó su encierro -dijo Paulito

-¿Qué? ¿Que Yumiel provocó su detención?

-Yo estaba de servicio de vigilancia en el Combinado cuando lo vi en el patio. Me quede *boniato* al verlo por allí paseando por el patio. Cuando terminé mi servicio, me fui en su busca y le pregunté qué hacía allí, y no me quiso decir nada. Me saludó un tanto distante y creo que estaba como ausente. Tuve la sensación de que quería seguir solo, pues no paraba de ir de un lado para otro. Así que al final me informé, y me dijeron que había provocado a un guardia con posturitas y palabras poco recomendables.

Filo miro a *Humberto* y ambos coincidieron en lo mismo. Allí pasaba algo.

-Es muy extraño -dijo *Filo*, que en ese momento le vino una idea a la cabeza- Un momento. ¿No estaba en el

Combinado el teniente aquel que abusó de él, aquel que llamaban el *bujarrón*?

-Sí -confirmo *Paulito*- pero hacía una semana que lo habían sacado de allí y llevado a *Mariel* para su salida a los EEUU.

-¿No lo estaría buscando para vengarse de él? -pregunto Humberto.

-¡Pues claro! -dijo *Paulito*- porque al día siguiente, solicitó su salida voluntaria del país. ¡Iba detrás del *bujarrón*! ¡Ahora está todo claro!

-¿Quieres decir que quiere vengarse del teniente? -dijo Humberto.

-Tan claro como el agua -dijo *Filo*.

-¿Y qué podemos hacer? -pregunto *Humberto* - Tú eres autoridad y podrías hacer algo al respecto.

-Sí, pero también os diré una cosa, y esto que quede entre nosotros. Seguramente el gobierno quiere desprenderse de los dos y los envía para los USA, y estoy convencido que no le importaría nada que se mataran entre ellos. Un hecho de esa naturaleza sería la mejor de las propagandas para lo que pretenden. Hasta es fácil que los metieran en el mismo barco y juntos, para asegurarse de que eso ocurriera -respondió *Paulito*, mientras *Filo* y *Humberto* movían la cabeza ante el razonamiento de su amigo.

-Es muy probable que eso sea así. Pero también puede ocurrir que no le concedan el permiso para salir. -dijo *Filo*.

-Eso también. De todas formas, si se lo concedieran podría ocurrir que no se encontraran, porque entre el *Mosquito* y *Mariel*, hay cerca de

cincuenta mil personas conviviendo a la vez o que el *bujarrón* ya hubiera embarcado. -dijo Paulito.

-¿Cincuenta mil personas? -*Humberto* se pasó la mano por la frente.

-Según tengo entendido han solicitado hasta el momento más de ciento veinticinco mil cubanos permiso para exiliarse, y según los datos que maneja el *Ministerio del Interior*, la cifra podría llegar a un millón trescientas mil personas.

Humberto y *Filo* escuchaban las cifras y un escalofrío recorrió sus cuerpos. Un diez por ciento de la población cubana quería marcharse de la isla.

-Por tanto es difícil que se encuentren. Y luego tendrían que coincidir en la misma embarcación. Vamos que las posibilidades de que se encuentren en *Maríel* son menores que en el Combinado del Este, donde el lugar es más reducido y hay menos gente. -terminó *Paulito*.

-Esto va a terminar mal -dijo *Filo*.

-Oye *Paulito*, ¿nos tendrás informados si te enteras de algo? -pidió *Humberto*.

-Descuidad. Además ahora estaré al tanto tratando de enterarme de algo. Y os dejo, que tengo que seguir con mi ronda. Me he alegrado mucho de veros. Tendríamos que quedar más a menudo. Adiós.

Humberto y *Filo*, vieron salir a *Paulito* del establecimiento. Se les habían acabado las ganas de seguir de tertulia. Terminaron sus *mojitos*, y se despidieron, no sin antes quedar en comunicarse si alguno se enteraba de alguna noticia relacionada con *Renier* o *Yumiel*.

Capítulo XXIII

La Habana, Enero, 1981

El padre de Yumiel recibió a *Filo* mientras cocinaba un poco de arroz con unos frijoles negros. Tras la cortés invitación a comer y la correspondiente declinación, le informó sobre la situación de su amigo.

Tras ser informado por las autoridades del paradero de Yumiel, y los cargos que sobre el pesaban y que habían traído como consecuencia la pena de cinco años de cárcel a cumplir en el presidio del Combinado del Este a las afueras de La Habana, se dirigió al penal para realizar una visita a su hijo.

Lo encontró sumido en una profunda depresión. Según le contó, las autoridades le habían negado el visado de salida de Cuba, por carecer de familiares, recursos en el exterior de la isla, agravados por sus antecedentes y tener que cumplir una condena por Peligrosidad. Fulgencio, le preguntó las razones por las que había hecho lo que le había llevado a aquel siniestro lugar. Yumiel le dijo que se había enterado de que el *Bujarrón*, estaba preso allí por lo que le hizo a él y a otros como él, y que quería vengarse por lo que le hizo. Así es que por ello, decidió forzar una situación para que lo ingresaran en el Combinado.

-El caso, es que cuando lo ingresaron preso, se enteró que el Gobierno había metido al *come mierda* del teniente entre los emigrantes de Mariel, junto con otros presos calificados de dementes.

-Y entonces, ¿qué hizo?

-Entonces solicitó que se le permitiera salir también a él. Y se lo denegaron. Eso le ha sumido en una depresión que no sé cómo terminará. Lo cual es una bendición, porque podría haber ocurrido una desgracia, cualquiera que hubiera sido el resultado.

-¿Se le puede visitar? -preguntó Filo.

-Sí. Pero si quieres ir a visitarlo no podrás hacerlo porque tienen que poner en una lista las personas que quieren que los visiten, y si no estás en ella, no te permitirán visitarlo. Me dijo que solo me había puesto a mí en la lista. No quería recibir visitas.

-Es comprensible. Bueno, vendré de vez en cuando para que me cuente sobre cómo le va.

-Te lo agradezco mucho *Filo*. Realmente eres el único que se preocupa por mi hijo.

-Los demás también, se lo aseguro. Siempre que nos vemos lo primero que preguntan es por Yumiel.

-Bueno, pues dales las gracias de mi parte.

Cuando Filo se apeó del tren en la estación de Cienfuegos, Yanelis le estaba esperando en el andén. Los dos jóvenes fueron al encuentro uno del otro y se abrazaron. Luego *Filo*, posó sus labios en la mejilla de ella, lo que hizo que se ruborizara levemente.

-Caballero, *¡tremenda pastilla!*- dijo *Filo* mirando con admiración a Yanelis.

-Caballero, usted *es el caballo de Atila*- le contestó la muchacha -¿Cómo fue el viaje?

-Muy bien. Tenía ganas de verte.

-¿Ah sí? Pues ya me explicara caballero porqué -dijo Yanelis con una mirada pícaro.

-Naturalmente. ¿Ya tú tienes carro? -dijo Filo.

-Caballero, ¿carro? ¿Acaso crees que el *puro tiene lana*? No, mi amor, no tengo carro. Iremos paseando, porque vivo cerca de aquí.

-Muy bien, pues para mañana es tarde.

Ambos salieron de la estación camino del apartamento de Yanelis.

Por la noche, fueron a cenar a un restaurante que naturalmente recomendó Yanelis, y que se llamaba El Pollito, en la avenida El Prado, situado en una antigua casa colonial y que estaban especializados en comida criolla. Pidieron arroz, pasta y pollo, acompañado de unos taquitos de queso. El lugar era amplio y tranquilo. Normalmente era necesario hacer cola para entrar, pero Yanelis ya había reservado con tiempo pues conocía a los dueños del restaurante y por ello, no hubo problemas.

Los dos amigos charlaron animadamente. *Filo* puso en antecedentes a Yanelis sobre las historias de Renier y Yumiel, que arrancaron de los verdes ojos de ella unas sentidas lágrimas, que hizo que *Filo*, pasara su mano por su cara tratando de secar sus lágrimas y que ella, cogiera con cariño su mano. Y en ese momento, ambos sintieron cómo una cálida corriente de amor y confianza recorría sus cuerpos, intercambiando sus sentimientos sin necesidad de articular una sola palabra. Tan solo el contacto de sus manos y sus miradas brillantes, prendidas en sus respectivos ojos. Finalmente

se besaron, y desde aquel momento, decidieron que sus vidas deberían transcurrir juntas, uno al lado de la otra y viceversa.

Para terminar se pidieron sendas copas de helado de banana, frutas y sirope. Luego, pasearon largo y tendido por el bulevar, cogidos de la mano.

Cuando *Filo* regresó a La Habana, solicitó de la Compañía Telefónica que le instalaran el teléfono. Lo necesitaba para estar en contacto permanente con Yanelis.

Capítulo XXIV

La Habana, Mayo, 1980

Nelly recibió una enorme alegría cuando su hijo se le presentó en casa. Hacía casi dos semanas que no lo veía ni tenía noticias de él. Empezaba a estar preocupada. Por eso cuando oyó que estaba subiendo por la escalera, por las conversaciones que mantenía con los vecinos que se cruzaba mientras se dirigía al apartamento de su madre.

Dejó lo que estaba haciendo y se dirigió prestamente a recibirlo. Venía acompañada de Milagros que le venía reprochando la falta de noticias y de visitas.

-¡Pero *mijito*, como tú estás! ¡Me tenía muy preocupada! -dijo

-Preocupadas -dijo Milagros -Muy preocupadas.

-¿Qué es eso de no visitar a su madre? -le recriminó.

Filo sonreía feliz ante tal demostración de cariño por parte de su madre y de Milagros.

-Bueno, no se me *arrimen tan alto* -dijo a la vez que abrazaba a su madre.

Una vez dentro, se sentaron alrededor de la mesa, donde Nelly les puso unas tazas de café auténtico, un tesoro, que le había proporcionado su hijo. Lo saborearon con delectación.

-Bueno, *candelita*, empiece a *desembuchar*. ¿Qué es de su vida? -dijo Milagros.

-¿Ustedes supieron de lo de Renier y Yumiel? -dijo, con cara seria.

-No. ¿Qué pasó? -dijo su madre.

-*Caballero*, pues que *Renier* está en *Mariel* a punto de emigrar para los EEUU. Y lo de *Yumiel*, tengo la sensación que es todavía peor.

-¿Pero que fue?, ¿le pusieron la tapa al pomo? -dijo Milagros.

-No. *Renier* como ya saben, no comulga con la Revolución, y pidió voluntariamente salir de Cuba. Hace cerca de dos semanas que ya lo trasladaron a *Mariel* y anda o andaba a la espera de embarque. Desconozco si ya habrá podido partir y como la habrá ido. Y *Yumiel*, ya saben lo que le pasó cuando hizo el SMO. Pues bien, al teniente lo encerraron en el Combinado del Este y le echaron cuatro años. Cuando *Yumiel* se enteró, forzó la situación para que lo encerraran en el Combinado.

-¿Y qué fue que hizo? -pregunto Nelly.

-Ya ustedes saben que *Yumiel cojea de una patita*. Le tiró los tejos a un policía y claro lo detuvieron. Lo malo es que lo hizo para vengarse de ese sinvergüenza. Pero justo cuando entra en la cárcel, se entera de que el *bujarrón* hacía una semana que estaba concentrado en el *Mosquito*, en *Mariel*. Así que solicitó que lo incluyeran entre los que quieren salir de Cuba, pero le denegaron el permiso. Y la verdad, pienso que es lo mejor que podía ocurrir.

-¿Y que podría hacer el *pobrecico*? -dijo Milagros.

-¡Si es un *pan de piquito*!

-Cualquier cosa, y ninguna buena.

-Pues *tanto meter tãngana* traen estos problemas -dijo Nelly.

-¡Mamá! ¡Qué dices! Renier y Yumiel no buscan problemas ni van por ahí provocando. Solo que piensan y son diferentes. Y *Yumiel* y su forma de sentir, ¿en que lo convierte en un peligro para la Revolución? -dijo airado *Filo*.

-Ya yo no sé nada -dijo Nelly, encogiéndose de hombros, notando que algo estaba cambiando en su hijo- Y a ti, *mijo*, ¿cómo te va?

Filo movía la cabeza asombrado por la reacción de su madre. Realmente no esperaba que le importara tan poco la suerte de sus dos amigos. Mientras, Milagros callaba y observaba.

-A mí me va bien, mamá. Cada día me llaman de más sitios para actuar. No tengo problemas de ninguna índole, y tampoco quiero que usted los tenga. Si necesita *moni*, por favor, dígame.

-¡Qué suerte, *mija*! -dijo Milagros -yo que siempre estoy *arrancá*.

-¿Te quedaras a comer verdad? -dijo Nelly -y tú también si quieres Milagros.

-*Tengo el caballo ensillado*. Así que no te diré que no *mi amor* -dijo Milagros.

Durante la comida, *Filo*, les informó de que le había pedido a Yanelis que fuera su esposa y que esta hubiera accedido, lo que produjo una enorme alegría en su madre y en Milagros.

Luego pasaron a comentar la situación que estaba en boca de todos los cubanos: Mariel y el éxodo de cubanos. Las dos mujeres escuchaban las informaciones que *Filo* iba desgranando sin hacer comentario alguno.

Ellas oían los informes y partes que por la radio y la televisión se emitían y que tan lejos parecían de lo que les estaba contando el muchacho. En su fondo también eran conscientes de que la televisión y la radio arrimaban el ascua al fuego revolucionario y presuponían que algo exagerarían, pero ni por un momento podían adivinar que la situación real distase tanto de la oficial.

Cuando *Filo* se fue, las dos quedaron mirándose sin decir nada. Tomaron un último café, y luego Milagros se bajó a su casa, dejando a Nelly con la preocupación arañándole el alma. Algo estaba cambiando en su hijo y temía que todo eso llegara a ser un problema. Esperaba que Yanelis, pusiera las ideas de su hijo en orden, y todo fuera un mal sueño de verano.

Capítulo XXV

La Habana, Mayo, 1982

Filo tenía en sus manos una carta con membrete de una empresa de representación de artistas, recién traía por el Servicio de Correos. Venía a nombre de *Filo*, al que habían añadido el alias *Tocororo*, sin dirección alguna. En el servicio de Correos, no tuvieron mayor problema para comprender a quien iba dirigida y la dirección a la que debía ser llevada. La carta procedía de Suecia y pasó los trámites sin mayores problemas. La abrió con interés dado que podría tratarse de alguna propuesta para actuar en algún país fuera de Cuba, coso que hasta el momento no le había pasado por la cabeza.

Cuando por fin extrajo del interior del sobre los tres folios que contenía, lo primero que le extrañó es que fueran manuscritos y no realizados por impresora de ordenador o máquina de escribir. Cuando leyó el encabezado, el corazón le dio un vuelco.

Querido asere, Filo:

Seguro que ahorita estás alucinando con estas cuatro letras que tienes en tus manos. Seguramente, usted se pensó que lo contactaban para ver si quería actuar fuera de Cuba, nuestra Cuba. Pues no, si no lo adivinó ya yo se lo digo: soy su amigo Renier.

Como imaginarás, todo son precauciones porque me imagino que el gobierno, abrirá toda la correspondencia que le parezca sospechosa. Espero que todos mis esfuerzos hayan servido para que esta carta llegue a sus manos.

Primero te diré que vivo actualmente en Suecia, después de un periplo que me ha llevado por medio mundo. Primero en los USA, en Miami, Texas, Pensilvania, Nueva York, y alguna población más de menor importancia. Filo, ser emigrante es lo más duro que te puede pasar. Todos los que salimos de Cuba, fue por puro deseo de vivir como personas y al menos tener oportunidades de serlo. Pero cuando llegas a un país que no es tu tierra, te das cuenta de que les molestas. Y no les culpo, pues salvo excepciones, en todos los sitios el trabajo esta difícil de conseguir. Y yo también tengo capacidad para verlo desde sus propios ojos: los inmigrantes vienen a competir por los escasos puestos de trabajo. Debo decir que a nuestra llegada a Miami, más adelante te contare mis últimas horas en suelo de nuestra patria y todo cuanto ocurrió, se nos recibió muy correctamente por las autoridades norteamericanas. Nos alojaron en un primer momento en campamentos y en diversos lugares, en tanto y cuanto, se organizaban cómo distribuirnos, pues al fin y al cabo, no llegan todos los días a las costas de un país cien mil personas. No te aburriré con todo el deambular que he sufrido. Tan solo, quédate con que aquí hay tantas dificultades como allí, pero, eres libre y si te empeñas, al final encuentras trabajo que te permite vivir. No será el que tú soñaste, pero encuentras trabajo. En Cuba, ya tú sabes, ni soñando, sueñas con encontrar un trabajo que te

permita vivir. El idioma, la forma de ser, las costumbres, nuestro natural desenfado por todas las cosas, chocan con las que nos encontramos en nuestros destinos. Pero asere, así está la cosa. Bueno termino esta parte de mi relato. Desde hace ocho meses vivo en Suecia, manejándome en inglés. Como ya tu sabes, soy muy habilidoso con las manos, y tras recibir cursos de formación, y una vez aprendido el inglés, he encontrado trabajo en la compañía Saab que fabrica carros, que aquí llaman coches, en una factoría que tienen en esta población de nombre impronunciable, asere. Chico, que complicados que son. Gano un magnífico sueldo y soy feliz. Sigo soltero y estoy saliendo con una chica. Pero asere, no se pueden imaginar lo diferente que es esto a mi Cuba del alma a la que jamás olvido. Cada día siento más añoranza. Y cuando sea viejo o tenga plata suficiente, me ira a calentar al sol de mi tierra, y a cantar al manisero al lugar que me vio nacer, crecer y sufrir. Espero que para entonces, las cosas sean bien diferentes en nuestra Cuba, compay.

Otra cosa que me pesa en el alma, asere, es el no saber nada de mi papá. Yo confío en que ustedes lo estarán visitando cada poquico tiempo. Filo, la próxima vez que lo veas, llévale esta carta. Y contéstame a continuación. Te lo ruego, compay.

Y ahora paso a contarte los momentos más terribles que haya pasado en mi vida.

El día 25 de Abril de 1980, la policía se presentó por fin en mi casa. Traían la orden de trasladarme hacia Mariel. No me permitieron llevar nada más que la ropa que portaba en aquellos momentos. De mi padre ya me había despedido en cuanto sentimos el murmullo

en la calle por la llegada de la policía, porque no quería que nadie lo viera llorar. Así es que nos abrazamos, de forma que solo le pido a Dios, si es que existe, que nos conserve a ambos vivos hasta que nos veamos de nuevo. No le pido ya más nada.

Entre el vocerío de aquellos entregados a la causa de la Revolución, abandoné los entrañables contornos y aromas de las calles de mi Habana del alma, sin mirar atrás, solo adelante, hacia mi destino, fuera el que fuese. Me llevaron a un lugar que se llama el Círculo Social Obrero Abreu Fontán, adaptado para recibir tan ingente cantidad de personas. Una vez revisados los documentos, me llevaron a ese lugar denominado Mosquito, que tú y yo y los otros hemos pateado en infinidad de veces, junto al puerto de Mariel. Ahora lo habían adaptado para concentrar a los “gusanos” antes de ser dirigidos a los barcos que atracaban en Mariel.

Por cierto, en los días que estuve en el Mosquito, no te puedes imaginar a quien vi, esperando a ser embarcado: al bujarrón. Estaba en un grupo al que vigilaban uniformados con perros. Supongo que también esperaba su turno para salir.

Tras días de desesperación total por la ausencia de noticias, sin comida y ni apenas agua, oí mi nombre para embarcar. Eso fue el día 29 de abril. Ni que decir tiene, que durante los cortos metros que recorrimos hasta la embarcación, debimos pasar por un pasillo con gente a ambos lados del mismo que nos insultaban, escupían y nos maldecían. Pero todo lo aguantábamos con tal de subir a bordo de la embarcación adjudicada. Cuando por fin pude verme sobre el Old Sea, que así se llamaba el barco, me vine abajo sin poderlo remediar.

Estuvimos dos días embarcados en las condiciones que puedes imaginar, cuando una sirena dio la salida al centenar de embarcaciones que estaban esperando la señal de partida. En aquel momento, las ciento ochenta personas que ocupábamos el barco, aspiramos en profundidad el aire salino del puerto de Mariel, de nuestra Cuba en definitiva, en un último intento de captar la esencia de nuestra Cuba. Por delante 90 millas hasta la libertad.

La travesía fue perfecta debida a la maestría del patrón que sin forzar la máquina, fue recortando la distancia, despacio pero sin pausa. Tras varias horas de travesía pasó a nuestro lado un buque mercante de la Compañía Mambisa de Navegación, cuyos tripulantes nos insultaron asomados por la borda, tratando que el oleaje que levantaba bamboleara a nuestra embarcación cargada en exceso con todos nosotros. Finalmente, logramos tocar tierra tras nueve horas de travesía. El resto y a grandes rasgos, ya te lo he contado al principio de estas líneas.

Del teniente bujarrón desconozco cuál fue su destino. Sí te diré que durante mi estancia en Miami, anduve indagando acerca de él, pero nadie supo darme noticia de su presencia. Tal vez, se haya ahogado en el mar, cosa que de ser cierta y llegar a mi conocimiento, me acercaría a creer en la existencia de un Dios justiciero.

Y hasta aquí mi odisea.

Otra cosa, desconozco qué fue de Yumiel. Te agradecería muchísimo que me pusieses al corriente. Me acuerdo de él muchas veces, así como de todos

vosotros. Por favor, escribanme contándome cosas de todos ustedes. Pueden hacerlo a mi dirección,

*Renier Bustamante Izquierdo
Polhemsgatan, 20
SE-461 88 TROLLHÄTTAN
SWEDEN*

Filo dejó la carta sobre la mesa. Notaba la emoción en el dolor de su garganta embargada por la alegría y la pena en partes iguales. Sus pensamientos se fueron directamente hacia Yumiel.

Hacía ya varios meses desde la última visita que había realizado a su padre para interesarse por él. Él le comunicó que Yumiel seguía preso en el Combinado del Este, porque le habían negado el permiso de salida y le habían caído cinco años de prisión por agresión verbal y obscena a una autoridad, motivo por el cual le fue aplicada la Ley de Peligrosidad. Decidió que al día siguiente iría a hacerle una visita a la cárcel. Y seguidamente, con las noticias que tuviera, le escribiría a su amigo Renier.

Capítulo XXVI

La Habana, Enero, 1981

La prisión del Combinado del Este, estaba situada en el kilómetro 13,5 de la Vía Monumental, a unos diez kilómetros del centro de La Habana. *Filo* iba en el autobús que conducía a familiares y amigos de los presos a los que iban a visitar.

En la entrada, un enorme cartel advertía de la prohibición de hacer fotos. No todos los días se podían realizar visitas. Mediante unos conocidos, que a su vez conocían a otros, había logrado informarse sobre el día y la hora de la visita, y también que pudiera visitar a Yumiel, aunque no figurara entre los autorizados por el preso a visitarlo. Todos llevaban bolsa con artículos que se necesitaban en el interior de la cárcel: cigarrillos, azúcar, galletas y otros alimentos que debían estar contenidos en recipientes de plástico.

Filo llevaba una bolsa en la que había puesto tabaco y unas galletas. Desconocía que necesitaría Yumiel y esperaba que él se lo dijera. Llevaba tabaco aunque no sabía si él fumaba, porque le habían aconsejado que el tabaco era un artículo muy apreciado por los internos para realizar intercambios por otros productos con el resto de presos.

Tras pasar las dos barreras de seguridad, rellenó una tarjeta donde puso el nombre completo de Yumiel y dejó su Tarjeta de Identidad al funcionario, tras lo cual pasó por un mostrador donde escanearon el paquete que iba a introducir. Luego pasó por un arco donde se detectaba si portaba algo de metal. A todos los visitantes les recordaron la prohibición de pasar cámaras o equipos de grabación, bajo la correspondiente sanción. Luego entraron en una habitación donde había una serie de mesas rodeadas de sillas. Le indicaron una, y le pidieron que esperara.

Pasados unos momentos de tensa espera, por fin pudo ver a Yumiel que se acercaba acompañado de un guardia. Vio reflejados en su rostro dos encontrados sentimientos: la alegría por ver a su amigo y la vergüenza de que el encuentro se produjera allí y en aquellas circunstancias. *Filo* se levantó y lo abrazó durante unos segundos, sintiendo las contracciones involuntarias de su amigo mientras lloraba desconsolado, abrazado a él. Luego se sentaron uno al lado del otro.

Yumiel explicó con detalle a su amigo todas las acciones que le habían llevado allí, así como sus intenciones de venganza que se habían ido al traste debido a que al teniente *bujarrón*, lo había pasaportado con los Mariel hacia los EEUU. Ahora solo le quedaba cumplir su condena de cinco años.

Filo, le rogó que se mantuviera firme y que no se dejara llevar por el desánimo. Le aseguró que a la salida, él mismo le buscaría un trabajo para que pudiera vivir de forma desahogada y que todo el grupo de las *jicoteas* estaban muy pendientes de él y esperaban verlo fuera cuando saliera. También le contó la odisea de Renier y su

actual destino en Suecia, haciendo *carros*, lo que arrancó una sonrisa a Yumiel.

Las dos horas y media permitidas se les pasaron en un abrir y cerrar de ojos y cuando el funcionario informó de que el tiempo de visitas se había acabado, se volvieron a abrazar, después de hacerle entrega de la bolsa con el tabaco y las galletas. Agradeció mucho el tabaco, pues si bien el no fumaba, el tabaco era un producto muy solicitado en la cárcel. Prácticamente lo utilizaban como si fuera moneda.

Mientras esperaba a que el recuento de presos, una vez devueltos a sus respectivos lugares, fuera el correcto, observó con atención al resto de familiares y amigos que al igual que él, esperaban a que el recuento finalizase para que les fueran devueltas las tarjetas de identidad y poder finalmente abandonar aquella cárcel donde cerca de once mil presos cumplían sus condenas. Por mucho que tratase de alterar su prisma óptico, no acababa de ver en ellos gente diferente a él y cuando escuchaba sus conversaciones hechas en voz baja, en todas ellas veía retratados los mismos motivos por los que él estaba allí. Evidentemente, en Cuba coexistían dos mundos, el real y el ficticio y había dos realidades: la de los que pertenecían a la clase dominante, y la de los abandonados a su suerte por no entrar entre los estrechos márgenes dictados por la Revolución y que en su opinión, dejaba a mucha gente, demasiada, fuera de la protección del estado, según la propia definición de los objetivos revolucionarios establecidos por Fidel Castro y compañeros de guerrilla.

Ocupando su asiento en el autobús de regreso a La Habana, *Filo* se sentía bien consigo mismo. Notaba que

en su interior se había aplacado la ansiedad que lo consumía. Aparentemente, y dadas las circunstancias, a Yumiel lo había encontrado aparentemente bien. Tenía la impresión de que su venganza había cedido entre sus prioridades pasando a un segundo término y se prometió a sí mismo que él se encargaría en las subsiguientes visitas, ir aumentando su interés por el día siguiente de su puesta en libertad.

A su mente volvieron las historias que sin querer había oído narrar a los que le acompañaban en el autobús. En todos los casos, los presos estaban allí por haber protestado, denunciado o rebelado contra algún abuso de la autoridad. Tal vez los que iban a visitar a un asesino confeso de crímenes incalificables, guardaban silencio, porque no tenían nada que oponer a que una sociedad se protegiera y metiera en la cárcel a quienes mataban y robaban. Pero el resto...

Capítulo XXVII

La Habana, Agosto, 1982

La vida profesional de *Filo*, estaba comenzando a proporcionarle un medio de vida muy confortable. A mediados de mes, un amigo, le propuso trabajar para el hotel Habana Libre, recién renovado con varios restaurantes y salas de fiestas dedicadas en exclusiva para los turistas. Esta actividad comenzaba a ser un importante pilar de la economía nacional y que iba en creciente aumento, puesto que cada día, más y más turistas visitaban la isla. Como consecuencia de ello, el turismo aportaba unos ingresos en divisas que el Gobierno consideraba fundamentales. Por tanto se trataba de favorecer por todos los medios que esta nueva y lucrativa actividad creciera de forma importante. El Estado comenzó por remozar algunos hoteles antiguos y prepararlos construyendo suntuosas instalaciones y complejos hoteleros de alto standing, y cuyo acceso solo estaba permitido única y exclusivamente a los turistas que aportaban divisas, quedando fuera del alcance de los propios cubanos.

Los trabajadores nativos que lograban encontrar un trabajo en estos centros, podían considerarse privilegiados, pues sus salarios aunque iguales a los que cobraban los cubanos, donde un médico venía a cobrar

300 pesos al mes, equivalentes a 4 dólares, lo que realmente hacía radicalmente diferentes estos puestos de trabajo eran las propinas que daban los turistas, que en ocasiones alcanzaban los 400 dólares al mes.

La popularidad que había alcanzado *Filo* en Cuba, hacía que su presencia en los espectáculos ofrecidos a los turistas fuera considerada como muy conveniente para consolidar y acrecentar la clientela de estas cadenas de hoteles, de titularidad estatal. Tal era la disposición del Ministerio de Turismo cubano, que pusieron a su disposición cuanto fuera necesario para desarrollar sus espectáculos. Su salario, dada la trascendencia de su aportación, fue de 500 dólares al mes, lo que le permitió cambiar de apartamento y poner fecha a su boda con Yanelis.

El éxito de *Tocororo* fue total. Todas las sesiones presentaban un lleno de espectadores, turistas de las más variadas procedencias de todos los continentes. Su fama y prestigio llegó también a conocimiento de sus compatriotas, por lo que los días que trabajaba en el Teatro Mella, se llenaba a rebosar. Perfeccionista en grado sumo, revisaba constantemente sus *sketches*, actualizándolos según los acontecimientos que iban sucediendo en el mundo, particularmente en los países de procedencia del público asistente, información que obtenía de la recepción de los hoteles. Por ello, el éxito le sonreía todas las noches y su fama fue extendiéndose como la espuma. Su fama había traspasado el ámbito de la capital, y comenzó a recibir peticiones de actuaciones en otras ciudades, como Cienfuegos, Camagüey, Santiago de Cuba, Bayamo, Santa Clara y otras más pequeñas. Ante la necesidad de viajar con cierta frecuencia, se hizo

necesario la adquisición de un coche para poder desplazarse con comodidad sin tener que ajustarse a los horarios de trenes, buses y guaguas. Como era preceptivamente obligatorio, debería solicitar la correspondiente autorización del gobierno que se conocía como “*La Carta*”. Para obtener esta autorización debió de rellenar un impreso donde además de sus datos personales, debía indicar los motivos por los que necesitaba el vehículo. A la carta debía acompañar un certificado del Banco en el que se indicase que tenía los suficientes ingresos para adquirirlo.

La boda de Yanelis y *Filo*, se celebró en el hotel donde trabajaba. A tal efecto, la dirección les reservó un amplio espacio para los invitados en una de las salas de baile. A la boda asistieron todos los familiares de ambos contrayentes, acompañados de todos sus amigos, especialmente *Humberto y Paulito*. Yumiel permanecía preso en el Combinado del Este. Humberto seguía con sus estudios de medicina, mientras que Paulito se había convertido en un Policía Nacional Revolucionario, alcanzando el grado de cabo. Recordaron al pobre Yumiel y determinaron quedar un día para ir a hacerle una visita.

Nelly, Milagros y Odalys vivieron una jornada de felicidad, en especial Nelly, quien sentada en la mesa, observaba las evoluciones de su hijo al bailar con su mujer. Lo veía feliz y muy enamorado de Yanelis, y esta le correspondía con igual amor. Atendía a todos con cariño y se prestaba a lo que los demás le pedían, como bailar, o hacerse una foro.

De un tiempo a esta parte, había observado que en su hijo se estaba produciendo un cambio profundo en su

actitud hacia la Revolución y sus dirigentes. De no prestar apenas atención, a convertirse en una persona reflexiva con todas las actuaciones que realizaba el Gobierno con respecto a los derechos y libertades de las personas. Su contacto directo con la realidad vivida por sus amigos y las amargas consecuencias que para ellos tuvieron su forma de ser o pensar, le hacía preguntarse dónde estaban las razones del gobierno para infringirles un castigo tan duro por manifestar una idea o ser de una determinada manera. No mataban, no robaban, no alteraban el orden, ¿dónde estaban pues las razones para castigar? Nelly tenía miedo, y lo tenía porque sabía que las consecuencias de no ir por la senda marcada, en Cuba se pagaban con ir preso a cualquiera de las cárceles existentes en el país. Era consciente de las dificultades que pasaban los cubanos para simplemente vivir y que solo lo lograban a base de imaginación, de inventar, de anteponer las ganas de sobrevivir a la desidia y al desánimo.

Todo eso notaba que bullía en su hijo. Ahora, cuando salían ciertos temas, se enfadaba y se tornaba agresivo si alguien se manifestaba en contra de los *marielitos* o de los desocupados. Milagros, a su lado, la sacó de sus devaneos.

-¿Sabes qué, *mijita*? -dijo -Aun estoy maravillada de que nuestra *candelita* no se haya casado vestido de *clown*.

-*iCaballero* que susto! -dijo Nelly.

-Ya yo les digo. Tenía por cierto que mi *chamaquito* se nos casaba con el *traje de luces*.

-Pues a Dios gracias, se le entró la cordura.

-Tal vez llegó el comandante y mandó parar -dijo Milagros.

-¡Oh, *vieja!* ¿Lo dices por Yanelis? Para nada. Al revés, ella lo anima a llevarlo.

-Pa' gusto los colores, Nelly.

-¿Y qué se sabe del muchachito ese que está en el Combinado del Este?-preguntó Milagros.

-Pues que sigue allí. Aún le quedan tres años de encierro.

-*Salir por el techo* no sale a cuenta en este país nuestro -dijo Milagros, moviendo la cabeza.

-La verdad es que Yumiel, *tiene un chino atrás*. Y esperemos que todo acabe bien.

-El *pobrecico* tiene un porvenir un *tantico* corto.

Filo, acompañado de Yanelis se acercó hasta la mesa donde las tres mujeres conversaban.

-*Caballero*, ¡qué tremendos cañones tenemos acá! ¿No quieren bailar o mover el esqueleto? -dijo *Filo*.

-¡Oh, mi amor! Ya yo soy más vieja que el *Morro* -dijo Milagros

-Venga anímense -dijo Yanelis -esto está lleno de *chamacos* que están locos por sacarlas a bailar.

-*Mija*, *nos cogieron fuera de la base*. Nosotras tenemos *suspendido el juego por lluvia*, mi amor.

La fiesta transcurrió hasta altas horas de la noche, cuando los invitados comenzaron a desfilan hacia sus casas.

En la calle, comenzaba a llegar una brisa procedente del mar, que hacía muy agradable pasear. *Filo* y Yanelis, se despidieron de todos y se encaminaron hacia el Malecón con el fin de sentir en su piel la frescura de la brisa marina y refrescar sus sudorosos cuerpos con

el viento de la madrugada. *Filo* llevaba su brazo izquierdo sobre los hombros de Yanelis a la vez que sus cabezas se apoyaban entre sí. Susurraban más bien que hablaban y sin darse cuenta fueron recorriendo el largo y concurrido paseo, ajenos a cuanto les rodeaba.

Capítulo XXVIII

La Habana, Marzo, 1983

La noticia se corrió como un reguero de pólvora entre los internos del Combinado del Este en La Habana. El ingreso de nuevo en la prisión del conocido por la población reclusa como el *teniente bujarrón*, un teniente odiado por todos y que debido a sus abusos de todo tipo entre los destinados forzosos en la Unidad 1005 en Camagüey, había sido detenido y posteriormente ingresado en la cárcel por actos impropios de un militar perteneciente a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba, donde se le había impuesto una pena de siete años de reclusión.

Durante los acontecimientos de 1980, el Gobierno había decidido librarse de unos cuantos presos de las cárceles cubanas y que previamente habían clasificado como indeseables, tratando de vincular gente indeseable con el movimiento apátrida generado por los cubanos que querían abandonar la República. Entre ellos se había incluido al Teniente Burguete, conocido entre los internos como el *uniformado bujarrón*. Trasladado a Mariel, fue embarcado en un barco de recreo con destino a Miami, pero a escasas millas de la costa, fue interceptado por una fragata norteamericana de la Base de Guantánamo, obligándoles a dirigir su rumbo hacia la

base norteamericana en tierra cubana. Tras casi tres años de retención en la base americana, los Servicios de Inmigración USA, averiguaron los antecedentes del Teniente Burguete, y decidieron no concederle el permiso de entrada en los Estados Unidos, por lo que junto con otros presos fueron devueltos a las autoridades cubanas, quienes dispusieron que fueran internados en sus cárceles de origen.

Yumiel se enteró de la noticia mientras paseaba por el patio. El corazón le dio un vuelco y al instante, volvieron a su mente imágenes y experiencias que creía haber superado tras constatar la imposibilidad de llevar adelante su venganza. Y es que las visitas que periódicamente le hacía *Filo* y su padre, le estaban ayudando en sumo grado a superar su trauma, cambiando su profunda desesperanza inicial por una cierta ilusión de futuro que día a día y visita a visita se iba acrecentando más y más en el alma de Yumiel. Y justo cuando creía haber superado aquel trauma, se daba cuenta de que la simple noticia de que aquel canalla iba a pasear y a convivir con él había arrojado de él toda esperanza de futuro para ser poseído de un ansia vengativa, tal y como la sentía cuando forzó su ingreso en el Combinado.

A partir de aquel momento, se encargaría de poner en práctica su venganza, sin prisa pero sin pausa. La vida y el destino habían puesto delante de él la posibilidad de recuperar su auto estima. Ya no le importaban las consecuencias que podrían acarrearle la ejecución de su venganza. Ahora lo veía claro. Por lo pronto, se pondría la máscara de forma que nadie, absolutamente nadie,

pudiera adivinar que el objetivo de su vida había cambiado.

Al conocer la noticia del ingreso del *bujarrón* en el Combinado del Este, Paulito decidió realizar una visita a su amigo *Filo*, para ponerle en antecedentes. Presumía que aquello podría traer consecuencias terribles para su amigo. Este fue de la misma opinión por lo que decidió hacerle una visita a su amigo acompañado de su padre, para tratar de reforzar el ánimo de Yumiel y asegurarse que sus deseos de venganza siguieran durmiendo en el fondo de los recuerdos.

La visita que hicieron a Yumiel, les convenció de que algo no funcionaba bien dentro de su hijo y amigo. Yumiel, en su interés por no demostrar emoción alguna, consiguió el efecto contrario. Ni para su padre ni para *Filo*, esa frialdad y ausencia de sentimiento hacia el hecho de que el *bujarrón* estuviera compartiendo espacio y tiempo con él, les alertó y les preocupó extraordinariamente. No quisieron darle a entender que la preocupación había hecho mella en sus ánimos y esperanzas.

Cuando *Filo* y el padre de Yumiel, regresaban a La Habana, se confesaron sus temores. *Filo* le dijo que trataría de ver que posibilidades había de cambiar de cárcel a uno cualquiera de los dos. Pero ambos intuían que las esperanzas de que fuera posible esa separación eran más bien pocas. Luego guardaron un largo silencio hasta llegar a la capital. Se despidieron con un apretón de manos y la preocupación en sus caras.

Yanelis esperaba ansiosa el regreso de su marido para tener noticias de Yumiel. También ella presa de la desazón y el temor a que al estar juntos los dos, víctima y

verdugo, se desencadenara la tragedia y Yumiel tuviera que pagar un precio mayor a su desgracia. Cuando se abrió la puerta del domicilio salió al encuentro de *Filo*.

-¿Cómo lo habéis visto? -preguntó directamente.

-Bien, demasiado bien. Lo cual quiere decir que tanto su padre como yo, estamos convencidos de que algo no va a ir bien.

-¿Y eso?

-Porque reaccionó como si a ti te digo, que acaba de pasar un pájaro por la calle. Nada, ni una sola de reacción. Ignorancia total.

-Eso es preocupante.

-Y mucho. Hasta nos habló de las cosas que tenía previsto hacer cuando saliera. Aquello fue la gota que colma el vaso.

-¿Y qué vas a hacer?

-No lo sé, *canelita*, no lo sé -dijo completamente abatido *Filo*. Yanelis se sentó a su lado y le pasó el brazo por los hombros besándolo.

Yumiel se dirigía hacia las cocinas donde debía lavar los platos, según le correspondía por el turno de *Labores de los Internos*.

-*Caballero* ¿Pero a quien tenemos aquí? -dijo alguien a su espalda.

Yumiel se volvió rápidamente, y un instante antes de ver quien había hablado, tenía la certeza de quien era.

-¡Teniente Burguete! -dijo casi sin voz.

Delante de él, estaba el *bujarrón* con una sonrisa sardónica ocupando su grasienta cara. Había engordado bastantes kilos desde la última vez que lo había visto.

-¿Te alegras de verme, *asere*?

-¿Alegrarme, *bofe*? -dijo poniendo cara de repugnancia- *Recoge tu serpentina que ya el carnaval pasó.*

-*Caballero* ¡vaya con el *pájaro*! ¿Qué les parece?

Yumiel se volvió y siguió su camino. El *bujarrón* seguía diciendo frases vejatorias.

-No sabes la que te espera -pensó Yumiel -ya verás cuando te *mande a cantar al manisero, maricón.*

Capítulo XXIX

La Habana, 1983

La vida de recién casado de *Filo* y Yanelis transcurría dentro de la felicidad que proporciona el amor entre ambos y las posibilidades económicas que le proporcionaba el trabajo de *Filo*, lo que les permitía vivir muy bien, dentro de las posibilidades y penurias que gran parte de los cubanos tenían que sobrellevar. Para colmo de dicha, Yanelis le comunico a *Filo* que estaba en estado de buena esperanza, y que si todo iba según lo previsto, serían padres para febrero del año siguiente. Nelly y sus amigas enloquecieron de felicidad ante tan esperada y deseada noticia.

Filo desarrollaba su vida artística como *clown* en dos escenarios. Por un lado trabajaba en el Hotel Habana Libre, perteneciente a una entidad gubernamental que a su vez dependía del Ministerio de Turismo. Trabajaba en el hotel cuatro días a la semana, lunes, martes, sábado y domingo y en el Teatro Mella, jueves y viernes en sesiones de noche. Los miércoles libraba. Además de esta actividad reglada, era muy solicitado para participar en fiestas particulares de personas vinculadas al Gobierno, pues nadie más en Cuba podía permitirse dar fiestas para cumpleaños o celebraciones familiares y que en ellas actuase una estrella nacional como comenzaba a ser *Filo*.

Recientemente había adquirido un *Lada*, una vez que recibió “La Carta” autorizándole la adquisición.

Durante el desarrollo de estas fiestas, es cuando *Filo* podía ver la auténtica cara de la Revolución y en lo que había llegado a ser con el devenir de los años. Al final, era lo de siempre, los que sustituían a los de arriba, ocupaban su lugar, y tras un tiempo de cambios, indefectiblemente se tornaba a las mismas prácticas de aquellos a los que sustituyeron. Y mientras el pueblo sufriendo los abusos de los anteriores y de los actuales. Es decir, los nuevos cambiaron todo para que nada cambiara.

El Coronel Antonio de la Guardia celebraba en su magnífica casa a las afueras de La Habana el cumpleaños de su hija pequeña, Alis. Para ello, no reparó en gastos y la merienda y posterior cena fue traída de las cocinas del hotel donde actuaba *Filo*. Y como regalo estrella del coronel a su hija, la actuación de *Tocororo*, payaso que su hija adoraba.

Filo fue recibido como si de una estrella de Hollywood se tratase. Todos los niños lo recibieron con gran algarabía bajo las atentas y sonriente miradas de sus padres, radiantes de felicidad. *Filo*, los observaba con disimulo. Desde hacía tiempo se había convertido en un observador exigente y cada día más, sentían una profunda aversión por aquella gente.

Los contemplaba bajo la máscara sonriente del payaso, pero con la frialdad de un verdugo. Allí estaban tan sonrientes, tan felices, tan inocentes y sin embargo eran tétricos, crueles y culpables. Evidentemente las penurias del pueblo no iban con ellos. Difícilmente, y desde aquella atalaya, podían comprender como nadie

deseaba abandonar su patria, jugándose la vida en una huida desesperada. Para ellos, se trataba de gente inconformista, vagos, insolidarios, perversos, facinerosos, gusanos en definitiva.

La mano tendida del coronel con cara sonriente, le sacó de sus cavilaciones. Por un momento, temió que su rostro fuera como una pantalla donde se reflejaran sus pensamientos, poniéndolos de manifiesto a los demás. Pero no fue así.

-*Caballero*, ¡Bien venido a mi hogar! Como puede ver, tiene a los niños *embobadicos* y porque no decirlo, a nosotros también -dijo el coronel.

-Ya me doy cuenta. Niños, ¿A quién representa el *Tocororo*? -gritó Filo.

-¡A la patria! -gritaron todos, niños y mayores.

Todos los presentes participaron en la respuesta. A *Filo* le molestaba iniciar su actuación con esta introducción patriótica, pero le había sido recomendado por las autoridades del gobierno, a quienes les parecía interesante el introito tan patriótico.

Estaba previsto que su actuación tuviera lugar más tarde, una vez que se hubiera terminado la merienda. Por ello, fue invitado a acercarse a las mesas perfectamente surtidas de manjares y de viandas que nunca llegaban a las *botigas* del país, para que se sirviera a su gusto. A la vista de aquella abundancia obscena, en contraste con la penuria del pueblo, en su interior se produjo una náusea repulsiva hacia aquellos apóstoles de la mentira y la hipocresía.

Apenas probó bocado de los numerosos manjares puestos sobre aquellas mesas. Le llamó la atención un bol de cristal que contenía algo brillante y negro intenso.

Observando con más atención, pudo ver que se trataba de una serie de bolitas unidas por una sustancia viscosa y brillante. Alguien se dio cuenta de su cara de sorpresa.

-Es caviar ruso. Son huevas de esturión -dijo

Filo se volvió y ante él, se encontraba el general Arnaldo Ochoa, un héroe de la Revolución, aclamado por todos.

-Tiene un fuerte sabor. Si te llegas a acostumbrar a él, realmente es excelente. Pruébalo. Extiéndelo sobre la tostada.

Filo hizo lo que el general le decía y probó el resultado. Por la cara que puso, el general soltó una carcajada.

-*Caballero*, ¡ya veo que no te gusta! Es normal. Si sigues probándolo, te aseguro que llegará a gustarte -dijo, dándole una palmada y dirigiéndose hacia otro grupo.

Filo estaba perplejo. De algo estaba seguro: el capitalismo, tan denostado por aquellas gentes, no se debía de diferenciar mucho de aquello que estaba viendo. Terminó de tragar aquella cosa que llamaban caviar, más que nada por educación, cuando de pronto se fijó en uno de los camareros que por su forma de andar o conducirse, le trajeron instantáneamente a la mente a Yumiel y lo ocurrido en Holguín. El muchacho, que estaba realizando labores de camarero, llevando bandejas con copas de champán francés o platillos de comidas a los diversos grupos y personas que se encontraban en el jardín. Cuando se acercó a *Filo* para ofrecerle una copa, se dirigió a él.

-*Asere*, ¿Cómo le va en el SMO? -dijo, a la vez que rechazaba el ofrecimiento.

-A la vista está, *asere*. Aquí mirando y dejando - dijo haciendo un mohín de satisfacción.

-Me alegro que te vaya bien, *asere*.

Luego decidió ir a reunirse con los niños, en la seguridad de que su compañía le aportaría un poco de sosiego ante tanta hipocresía. Cuando la sesión de Filo terminó, niños y mayores lo rodearon aplaudiendo su actuación.

Un carro oficial, puesto a su disposición le llevó hasta su domicilio. El viaje transcurrió en completo silencio mientras en su mente se procesaban todas las imágenes de las que había sido testigo. Evidentemente, los cubanos estaban abandonados a su suerte.

Capítulo XXX

La Habana, 1984

Yanelis dio a luz un lunes de febrero. El recién nacido, se trataba de un niño, vino al mundo para colmar de felicidad a Lidia, la madre de Yanelis, Nelly, Milagros y Odalys, y ni que decir tiene, a *Filo*. Le fue impuesto el nombre de Edgar Teodoro, en recuerdo del padre de Yanelis, y que había fallecido apenas hacia seis meses.

Al principio, la vida del matrimonio se trastocó por completo pues el bebé absorbía la atención de sus padres y de todas las mujeres

La vida de Yumiel en el Combinado del Este, era cuando menos, terrible. El *bujarrón* aprovechaba cualquier ocasión para torturarle con su presencia y sus soeces y libidinosas propuestas. Lo rechazaba constantemente y aquello incitaba y excitaba más al miserable quien cada vez aumentaba en su osadía. Yumiel aguantaba estoicamente el asedio y procuraba evitarlo en todo momento. Lo que no sabía el *bujarrón*, era que toda aquella resistencia y aparente sumisión, unida a una actitud temerosa y claudicante ante el exteniente, obedecía a un plan cuidadosamente estudiado y diseñado por Yumiel. Pretendía con ello que el *bujarrón*, quien evidentemente desconocía que él era la víctima y no el verdugo, se confiase y bajase la guardia totalmente.

Yumiel veía que iba logrando su objetivo viendo cómo se sucedían los acontecimientos. La conclusión de toda aquella afrenta y martirio estaba llegando a su fin. El fruto empezaba a estar maduro.

En consecuencia, comenzó por actuar de forma que diese a su acosador la sensación de que su negativa se estaba resquebrajando, dándole a creer que en pocos acosos más, su víctima se derrumbaría. Aquello haría que el bujarrón aumentara la presión y la frecuencia de sus embates, cosa que se produjo ante la satisfacción de Yumiel, que veía como su presa estaba cayendo en la trampa que le estaba preparando. La cercanía de la culminación de su venganza le animaba y producía alegría interior, que tanto su padre como *Filo*, notaron en sus periódicas visitas. En su interior, y a la par que la alegría por tener cerca el final que deseaba, convivía la pena de estar engañando a sus seres queridos, al hacerles creer y pensar en una recuperación anímica con la que afrontar el día de después de su salida de la cárcel.

Todos los días había servicio de peluquería a cargo de interno previa solicitud. El día que se le asignó a Yumiel, quien previamente había dejado crecer su pelo contra su costumbre de llevarlo más bien corto, ocurrieron ciertos accidentes ocasionados por la torpeza de Yumiel, quien en un involuntario movimiento de su brazo, tiró por el suelo todos los instrumentales de peluquería. Pido mil veces perdón y recibió un buen número de increpaciones por parte del peluquero. Yumiel colaboró a recoger todo el material y pidiendo mil perdones, abandono la habitación utilizadas para varias funciones, entre ellas la de peluquería. Con su mano derecha palpaba el relieve de las tijeras que, en medio de

toda la remolina provocada, habían pasado a su poder. Con ellas bien apretadas y escondidas se dirigió hacia su celda y las escondió en el hueco de un ladrillo roto. La primera parte de la fase final había concluido.

El padre de Yumiel y *Filo* estaban esperando en la sala de visitas a que su hijo y amigo hiciera su aparición por la entrada para realizar la visita que cada quince días realizaban al Combinado del Este. Sus miradas estaban centradas en la puerta por donde accedían a la sala los internos, pues en esa primera impresión extraían las conclusiones sobre su estado anímico. En las últimas visitas veían con esperanza como su actitud estaba cambiando positivamente. Empezaba a parecerse al Yumiel que recordaban, alegre, jovial y extrovertido. Poco a poco, pensaban, empezaba a recuperarse del tremendo trauma por el que había pasado.

Cuando hizo su entrada en la sala, lo hizo con una amplia sonrisa dirigiéndose rápidamente hacia la mesa donde estaban sus visitantes. La imagen embargo de felicidad de estos.

-¡Asere, que bola! -dijo Yumiel -*Caballero*, icómo están ustedes!

Filo y el padre de Yumiel, se quedaron impresionados por aquella jovial entrada. Una luz roja se encendió en la mente de *Filo*.

-Por lo visto, asere, usted está *bomba*! -dijo *Filo*.

-De felicidad por verlos a ustedes -Otra luz roja se encendió.

-Me alegre *mijo* de verlo tan radiante -dijo su padre, muy contento al ver el excelente ánimo de su hijo.

Filo miro directamente a los ojos de Yumiel.

-¿Asere, estas bien?

Por un instante, los ojos de Yumiel dejaron entrever lo que realmente se escondía en su alma. Fue una millonésima de segundo, pero *Filo* se dio perfecta cuenta de que algo rondaba por la cabeza de su amigo, y por lógica deducción no podía ser nada bueno.

-*Caballero, cría fama y acuéstate a dormir. De verdad mi hermano que estoy chévere.*

-Yo lo veo muy bien -dijo su padre -*asere no afloje que se cae.*

Luego la conversación derivó hacia otros terrenos, los normales en este tipo de visitas, y en la que nunca se tocan temas trascendentales, tratando de animarse mutuamente, internos y visitantes. Pero durante el transcurso de la visita, Yumiel y *Filo* intercambiaron fugaces miradas en las que se dijeron muchas cosas, bien diferentes de las palabras que salían por la boca.

Filo llegó a la conclusión de que fuera lo que fuese, su amigo estaba absoluta y totalmente determinado a llevarlo a cabo. Jamás había visto en Yumiel una seguridad tan grande que le producía una felicidad interna y que parte de ella se manifestaba en la que aparentaba ante ellos. Ante este presentimiento, cercano a la certeza, hizo que *Filo* apenas interviniera en la conversación, y cuando lo hacía, era con frases cortas y en ocasiones monosílabos. La felicidad que sentía el padre de Yumiel le impidió a éste darse cuenta de que allí, y en aquel momento, se estaba produciendo de alguna forma una despedida.

Cuando llegó la hora de acabar con la visita, Yumiel abrazó a su padre con mayor ternura y no pudo evitar unas lágrimas. Los dos amigos se abrazaron como nunca.

-*Asere*, amigo, lo que sucede conviene -susurró Yumiel al oído de su amigo, dejándolo completamente abrumado. Luego, se separaron asiendo sus hombros con sus manos y mirándose fijamente. En la mirada de Yumiel se expresaba un ruego y en la de *Filo* una aceptación cómplice. Luego salió de la Sala de Visitas dejando en ella a dos personas en un estado emocional diametralmente opuesto.

Ese día, Yumiel se iba a tomar la justicia por su mano, y con ello, recuperar su estima y la tranquilidad de espíritu. Lo que viniera después, le importaba muy poco.

Capítulo XXXI

La Habana, 1984

Tras abandonar la Sala de Visitas, Yumiel se dirigió hacia su celda. Se aseguró de que no había nadie en el pasillo ni por los alrededores y se dirigió directamente hacia el agujero que había en la pared. Metió su mano y cogió las tijeras y al hacerlo se pinchó levemente en un dedo. No cabía duda de que aquella herramienta le proporcionaría los medios para dar cumplido remate a su venganza.

Se las guardó en el bolsillo delantero de su pantalón con las puntas hacia abajo y protegidas por un cartón para no volverse a pinchar cuando fuera a cogerlas. Una vez que estuvieron perfectamente colocadas y quedó satisfecho, se detuvo un momento y se paró a pensar que sorprendentemente, estaba absolutamente tranquilo y completamente decidido a hacer lo que había que hacer. Respiró a fondo y abandonó la celda.

El día anterior, ante los requerimientos, cada vez más violentos del *bujarrón*, había simulado que por miedo cedía a sus deseos libidinosos y habían quedado en verse en el *cuarto de las cucarachas*, un lugar abandonado de la cárcel donde solo había suciedad y por ende ratas y cucarachas. En ese lugar muchos de los

internos hacían sus necesidades por lo que el lugar no era, sino un punto ignominioso de insalubridad y que las autoridades carcelarias permitían su existencia.

El *bujarrón* había elegido aquel lugar porque le proporcionaba una protección a las miradas indiscretas de cualquier interno. La hora elegida era la de salida al Patio, donde todos los presos tomaban el sol, charlaban a la sombra o practicaban algún tipo de actividad deportiva.

Yumiel, se dirigió hacia el patio con seguridad. En cualquier momento oiría a su espalda la desagradable voz de su torturador, pero aquella, sería la última vez. Tras dar dos vueltas al patio, la esperada presencia del *bujarrón* no se produjo y aquello le preocupó. “*A ver si ahora no se va a presentar*” pensó. Sin embargo, al pasar por delante de una de las puertas de acceso al patio, le pareció que alguien salía por ella, y a los pocos momentos oyó la voz de graznido, citándolo en el lugar convenido.

Miró a izquierda a derecha de forma instintiva para asegurarse de que nadie reparaba en él, y tranquilamente se introdujo en el edificio, en dirección al cuarto de las cucarachas. Nadie entraba ni salía ni circulaba por los pasillos. Al fondo y a la derecha, una puerta rota daba acceso a aquella cloaca, y allí estaba él, esperando, al fondo. “*Mierda con mierda*” pensó contemplando a aquel desecho humano. Se acercó hacia él simulando un temor que no tenía.

Antes de llegar a donde estaba, el *bujarrón* dio un paso hacia él abrazándolo a la vez que pretendía besarlo. Yumiel se dio la vuelta dándole la espalda, sintiendo la fetidez de su aliento sin entender los balbuceos que

emitía y conteniendo la náusea que lo invadía. Acto seguido, lo atrajo con sus brazos hacia él, juntando ambos cuerpos, momento en el que Yumiel metió la mano en su bolsillo sacando las tijeras que asió con fuerza. Tuvo la sangre fría de aguantar unos segundos soportando aquel acoso, pasados los cual relajo sus músculos, lo que produjo que el *bujarrón* entendiera que por fin cedía la resistencia de Yumiel, cediendo en la presión que ejercía el *bujarrón* con sus brazos. Aquel era el momento. Inspiro aire y a la vez que lentamente se daba la vuelta una enigmática sonrisa apareció en su cara, descolocando al teniente que por un instante, para en el siguiente comprender que algo no iba bien. No tuvo nada más que aquellos dos instantes, porque en el tercero Yumiel le clavó las tijeras en el cuello, con tal suerte que le secciono la yugular.

Con los ojos desafortadamente abiertos por la sorpresa y con la vida escapándose por los borbotones de sangre que manaban de su cuello, fue escurriéndose apoyada su espalda en la pared hasta llegar al suelo y quedar sentado en una postura de marioneta abandonada. Frente a él, Yumiel mirándolo fríamente. Lo miró por última vez antes de darle la espalda y abandonar aquella cloaca. Antes de hacer, vio como una de las manos del *bujarrón* se había apoyado sobre una defecación humana.

El director de la prisión un Teniente Coronel recibió la noticia de un subalterno de que un interno quería hablar con él en persona. Hizo que lo trajeran a su presencia, pero antes ordeno a un funcionario que le entregara la ficha del interno, Yumiel Heriberto Gardel

Hernán. Tras echarle un vistazo, ordeno que lo pasaran a su despacho.

Yumiel entro con paso decidido y tranquilo. El Teniente Coronel no podía sospechar el motivo por el cual, aquel interno quería hablar con él. Sin ninguna emoción en el rostro, le ordenó hablar.

-Señor Director, acabo de asesinar al interno Burguete. El Holguín, ese *gusano* se dedicaba a abusar de los internos y conmigo fue especialmente cruel. No ha habido testigos, pero no quiero que ningún interno pague por mi acción.

-¿Y cuándo y dónde ha ocurrido eso?

-Hace quince minutos y en el *cuarto de las cucarachas*.

El teniente coronel se quedó de una pieza. Con voz firme llamó al subalterno que estaba en la antesala. Cuando se presentó, le dio órdenes de que fuera a comprobar lo que aseveraba aquel interno. Pasados unos momentos volvió confirmando lo confesado por Yumiel. Tras eso, ordenó que Yumiel fuera trasladado a otro presidio hasta que un Tribunal determinara lo que debía hacerse.

La noticia de la muerte del *bujarrón* corrió de boca en boca a la velocidad de la luz. Comenzaron a oírse voces de vivas y ánimo dirigidos a Yumiel porque la muerte de aquel *bujarrón* no la lamentó ninguno de los internos. A los ojos de todos, aquel *pájaro*, había subido muchos enteros en estima.

Filo, recibió la noticia a los dos días de ocurridos los hechos. Se la comunicó el padre de Yumiel, quien a su vez fue informado por las autoridades policiales. Tras unos primeros instantes terribles, sin saber qué hacer, su

primer pensamiento fue para *Filo*, a cuyo domicilio se dirigió rápidamente.

Este no estaba en aquel momento, pero lo recibió Yanelis quien quedó impresionada por la noticia, y temió que a *Filo*, la noticia le causara un gran pesar que acentuara todavía más su malestar creciente antes las injusticias que cada día constataba que se estaban produciendo en la República, y que eran sistemáticamente negadas por las autoridades voceando en la prensa y en la televisión.

Filo intentó contactar con algún alto cargo con el fin de poder obtener información y acudir en favor de su amigo. Sin embargo, recibió señales claras de que aquel interés por aquella persona, estaba empezando a levantar ciertas molestias en los ámbitos superiores. “*No le convenía, -le dijeron- verse mezclado en un caso tan sórdido como aquel*”. Sus intentos por procurarle un abogado defensor competente fueron vanos, pues a los seis meses de haberse cometido el homicidio se celebró el juicio en secreto y sin comunicar a los familiares. En media hora, el tribunal evacuó su sentencia: pena de muerte a cumplirse en diez días a partir de aquel día. Al parecer en la elaboración de la misma, habían considerado como agravantes, su petición para abandonar Cuba en 1980, su agresión a las fuerzas públicas y de forma extraordinaria, su ataque con resultado de muerte, a un miembro de las Fuerzas Armadas

Esta se cumplió de mañana en una fortaleza militar, una vez transcurridos los diez días y tras cumplidos los trámites burocráticos, el cadáver de

Yumiel le fue entregado a su padre, encerrado en una caja metálica sellada.

A su entierro en el cementerio Colón, tan solo asistió su padre, *Filo* y su esposa, Yanelis. Humberto excusó su presencia en el mismo debido a su participación en una campaña de vacunación en provincias. Paulito, por tratarse de un miembro de la PNR consideró contraproducente su presencia en el entierro.

Cuando abandonaron la necrópolis ninguno de los tres lloraba por fuera, sino que lo hacían por dentro. Y fue entonces cuando *Filo* acabó entendiendo algo que alguna vez le había dicho Renier: *“hay que estar al otro lado de la línea, como estamos Yumiel y yo, para poder saber y entender lo que te estoy diciendo”*.

Ahora el comenzaba a sentirse al otro lado de la línea.

Capítulo XXXII

La Habana, 1989

Los rumores sobre la detención de algunos altos oficiales de las Fuerzas Armadas se fueron extendiendo por la isla como una plaga, para desagrado de las autoridades. Según se decía, los motivos de su apresamiento eran debidos a actuaciones ilegales de narcotráfico. Finalmente, el gobierno decidió atajar el problema y publicó la noticia de que altos oficiales de las Fuerzas Armadas y de la Seguridad cubanas habían sido detenidos acusados de realizar actividades de narcotráfico. Entre ellos, se encontraba el general Arnaldo Ochoa, Héroe de la República de Cuba de quien se decía que iba a ser el futuro Jefe del Ejército de Occidente y el coronel Antonio de la Guardia, conocido popularmente como el *James Bond* cubano.

Filo leyó la noticia acompañado de su mujer Yanelis y de su hijo. Aquella información confirmaba que la corrupción estaba instalada en la administración y que las posibilidades de cambio, eran prácticamente nulas. Fue entonces cuando comenzó a madurar la idea de abandonar Cuba y llevarse a su familia. Dudaba si poner en conocimiento de su mujer los planes de huida, por no preocuparla anticipadamente. Quería madurar y desarrollar el plan sin presiones y sobre todo, quería que

el inevitable riesgo que acompañaba al proyecto, fuera el mínimo. Tendría que contactar con algunas personas que le podrían ayudar en sus planes, pero el solo hecho de contactar o verse con ellos, suponía un riesgo considerable, pues era sabido que la policía secreta cubana tenía muy vigilados a los sospechosos de llevar a cabo o realizar actos en contra de la República. De decidirse, no tendría más remedio que arriesgarse.

Sin embargo contaba con una ventaja. Su creciente fama de *clown*, comenzaba a traspasar los límites nacionales para satisfacción de las autoridades que aprovechaban cualquier ocasión para hacer valer ante el mundo sus desvelos en pro del arte y la cultura en todas sus facetas. En Abril, fue citado por el Ministro de Cultura para hacerle una proposición sorprendente. El payaso ruso *Slava* estaba organizando una gira compuesta por 150 payasos de todo el mundo. Cuba había recibido una invitación dirigida a *Tocororo*, que rápidamente el gobierno se había apresurado a aceptar en nombre de *Filo*. La gira recorrería las principales capitales de Europa en una procesión llamada *Mir Caravan* (“*La Caravana de la Paz*”). La noticia cogió desprevenido a *Filo*, quien aceptó encantado. *Slava* estaba considerado como uno de los mejores payasos del mundo, y era todo un honor el participar en su proyecto. Pero además, aquello le podía proporcionar una ocasión única para lo que rondaba en su cabeza.

-¿Podrán acompañarme mi mujer y mi hijo? - preguntó

-Lamentablemente no es posible. Es un proyecto en el que no está previsto que a los artistas les

acompañen sus familiares. Dará inicio en Mayo y terminará en Septiembre. -dijo el funcionario.

En breves segundos, se había puesto fin a su esperanza. No podía dejar en Cuba a su familia.

La gira fue todo un éxito. Comenzó en Mayo en Moscú y luego recorrió Leningrado, Varsovia, Praga, Berlín, Copenhague, Basilea, Lausana y Blois y París. Los críticos de arte de la prensa de las ciudades por las que actuaba la Caravana, fueron unánimemente positivas para el cubano *Tocororo*, en el que intuían una emergente figura mundial del mundo de los clowns.

Al segundo día de estar en Copenhague en el *Hotel Admiral* donde estaban hospedados todos los artistas integrantes de la *Caravana*, Filo recibió en su habitación una llamada procedente de la recepción, en la que le informaban que un caballero deseaba verle y que le esperaba en el *hall* del hotel. Intrigado bajo las escaleras de dos en dos hasta llegar al amplio vestíbulo de entrada.

-¡*Jicoteas: Todos para uno y uno para todos!* -oyó que decía alguien a lo lejos, a la vez que se dirigía hacia él, reconociendo a su amigo Renier, quien enterado por la prensa sueca de la llegada de la *Mir Caravan* (La Caravana de la Suerte) la capital danesa, y al ver entre sus integrantes el nombre de su amigo, decidió, junto con su esposa Erika, hacer una visita a su amigo *Filo*. Se abrazaron efusivamente tras tantos años de separación, embargados los tres de profunda emoción. Renier hizo las presentaciones, explicándole que se había casado con Erika hacía ya dos años.

Los tres se sentaron en los cómodos sofás y sillones del *hall* donde se pusieron al día de sus respectivas vidas. Quedaron para cenar después de la

función en el propio restaurante del hotel, una vez solicitado el correspondiente permiso al responsable político de la expedición. Decidieron hacerlo en el propio hotel donde estaban alojados para facilitar la obtención de la autorización, puesto que dudaba que de haber sido en otro lugar, se lo hubieran permitido.

Filo, Renier y su esposa, ocupaban una mesa del comedor del hotel, situada en un rincón del mismo, al lado de una ventana. Una vez asentados, pidieron la comanda al *maitre* y pidieron vino italiano, siguiendo la recomendación de Renier, quien lo había probado y hablaba maravillas de él. Luego, y de forma discreta, recorrieron el comedor con la vista. La mayoría de las mesas estaban ocupadas por miembros de la Caravana de la Paz que con sus ruidosas conversaciones producían asombro en los clientes europeos que se encontraban cenando. La algarabía en la mesa, no formaba parte de sus costumbres, aunque lo insólito de la ocasión, les producía más satisfacción que enojo. Les alegraba contrastar las diferencias culturales de unos y otros. Apartados, en un lugar situado cerca de la puerta, había una mesa en la que había cinco comensales, en los que no hacía falta poner un cartel donde se indicaran que pertenecían al Servicio Secreto. Eran los vigilantes de que a nadie se le ocurriera una tontería. Renier y Filo se miraron para confirmar que los habían visto.

-*Asere*, ya yo vi que *hay pitirri en el alambre*. ¿Cómo van las cosas en nuestra Cuba? -preguntó Renier.

-Pues ya tu sabes, Renier. Desde que te convertiste en un *marielito* y me dejaste la cabeza hecha un lío, la cosa la veo de muy diferente manera.

-*Asere*, ya era hora de que te *pusieras arriba de la bola*. Y que ¿como lo ves *ahorita*?

-*Esto está de Madre*. Es lo de siempre, mi amigo. Los de arriba, a lo suyo y los de abajo, también a lo suyo.

-Oye mi hermano, no se *tome lucha conmigo* por lo que le voy a decir. ¿Ha pensado en salir de Cuba? Con su profesión y fama ganaría cien veces más en cualquier lugar del mundo.

-No, la verdad es que no. No sabría ni qué hacer ni por dónde empezar, además de que ahora estoy casado con un *chamaquito*.

Erika asistía sin decir nada. Entendía algunas de las cosas que hablaban y se perdía absolutamente cuando utilizaban la jerga cubana. Pero sabía que los dos amigos se estaban poniendo al día en asuntos vitales para sus vidas.

-*Caballero*. Si alguna vez cambiase de idea, mándeme unas *letricas* en la que haya una frase en la que utilices la palabra Malecón. Yo te pondré en contacto con una organización que realiza fugas muy seguras desde Cuba. Nada de balsas ni otros inventos en los que el éxito roza el milagro. Esta organización tiene gente introducida en Cuba que se presentarán ante ti utilizando la misma frase que me escribas.

-¿Piensas que leen las cartas que recibimos en Cuba?

-*Caballero*. ¡Con esta gente, cualquiera sabe! Pero por si un acaso, mi amigo, hay que utilizar toda clase de seguridades. ¡No lo olvide nunca! Y ahora, vamos a reírnos y a vocear un poco porque si no, aquellos de la mesa se van a mosquear si nos ven tan modosos hablando en voz baja.

La cena continuó con otros temas en los que participo con animada conversación Erika. Los tres rieron y elevaron el tono de su conversación, al igual que los demás. Los hombres de la mesa al lado de la puerta, relajaron el rostro borrando la preocupación de sus caras.

En Septiembre, regresó a Cuba, donde fue recibido por el mismísimo Fidel Castro, con el que recordó la anécdota del décimo aniversario de la República. En la recepción, se le ofreció la posibilidad de ocupar una villa en uno de los barrios residenciales de la capital, donde vivían las altas personalidades de la República. Con actitud cortés, declinó la invitación.

En Junio, la prensa comentaba los detalles sobre el juicio que se estaba celebrando por un Tribunal Militar contra los altos oficiales detenidos por narcotraficantes. Un mes más tarde, el 13 de julio, cuatro de esos oficiales: el coronel cubano Antonio de la Guardia, el general Arnaldo Ochoa y dos altos oficiales, fueron fusilados en La Habana.

Capítulo XXXIII

La Habana, 1992

Filo recibía regularmente cada tres o cuatro meses cartas de Renier desde Suecia. En una de ellas le comunicó que había sido padre de una niña a la que llamarían Erika Carmen y que era rubia como su madre. Siempre le solía preguntar por el Malecón, lo que *Filo* entendía como un recordatorio y una invitación a abandonar Cuba. En los últimos meses, e incluso años, la actitud de *Filo* y de Yanelis sobre la idea de abandonar Cuba había ido cambiando y ahora ambos consideraban seriamente la posibilidad de hacer realidad su marcha de Cuba. Ciertamente que el sueldo que ganaba *Filo* como *clown*, era considerable comparado con los sueldos que había en Cuba, pero llegó un momento en que aquello no llenaba sus vidas y mucho menos el futuro al que aspiraban para su hijo. Por su posición, tenía acceso a muchos establecimientos en los que se podía comprar absolutamente de toda clase de aparatos, vestidos o alimentos, establecimientos a los que no tenía acceso el resto de cubanos. Tanto él como Yanelis, se negaban a entrar en ese juego, porque se sentían realmente mal y les parecía absolutamente inmoral e hipócrita aprovecharse de una situación tan injusta. Así es que el hecho de tener dinero, no les resolvía sus problemas

vitales, salvo que entraran de lleno en la gran mentira revolucionaria. La desilusión era un proceso lento pero paulatino, que les iba oprimiendo y acumulando frustraciones hasta que un día sus almas se habían llenado y tomaron una decisión drástica, la gran decisión.

Después de muchas conversaciones y sopesar los pros y contras, se decidieron a dar el paso definitivo, y comenzar con el primer movimiento para iniciar el proyecto de su nuevo futuro allende tierras cubanas. *Filo* cogió papel y comenzó a escribir a su amigo Renier. Uno de los párrafos de la carta empezaba con una pregunta: ¿Te acuerdas cuando las *jicoteas* jugábamos en el Malecón ?...

Realmente ignoraba que iba a ocurrir a partir de aquel momento ni que acontecimientos se iban a producir. Renier le había dicho que se pondría en contacto con una organización que a su vez tenía gente introducida en la isla. ¿Cómo se pondrían en contacto con él? ¿En qué consistiría el plan de fuga? ¿Sería seguro?. Decenas de preguntas y de incógnitas de las que desconocían las respuestas y cómo afectaría aquella espera a sus vidas. Decidieron que harían su vida normal y esperarían con normalidad a que los acontecimientos se fueran produciendo.

A mediados de diciembre, recibió una carta de Renier, en la que le contestaba a su pregunta diciéndole que, en efecto, se acordaba muchas veces de los tiempos en los que las *jicoteas* jugaban por el Malecón. Le decía también que en dos o tres meses iniciaría un nuevo curso de capacitación sobre unos motores nuevos de aviación que su compañía iba a producir. Y que el curso se

demoraría por espacio de un año y que por tanto, él, Erika y la niña se desplazarían a Estocolmo donde vivirían alojados en unos apartamentos de la empresa.

Yanelis y *Filo*, se miraron a los ojos poniendo cara de circunstancias. El texto de la carta tenía una apariencia de total normalidad, pero estaban convencidos de que Renier les estaba dando pistas sobre el plan de huida. El problema era como interpretar aquello. Renier, en manifiesta desconfianza no hablaba claramente, pero *Filo* había aprendido del propio Renier y de su experiencia personal, que, aunque les pareciera altamente ilógico, muy bien podía ser que estuviera vigilado, debido a sus visitas al Combinado del Este para ver a su amigo Yumiel. Tal vez, y como ya le advirtieron, aquellas actuaciones habían encendido una luz de alarma en la Dirección de Seguridad. Ambos, decidieron seguir las pautas que Renier les marcaba: no fiarse de nada ni de nadie y actuar como extremo cuidado.

Decidieron a analizar lo que les parecían pistas. Yanelis tomo un block y comenzó a anotar en forma esquemática los valores y frases que parecían contener las pistas, junto con algunos comentarios.

1. “*Dos o tres meses*”. Parecía un plazo. ¿Desde cuando empezaba a contar? Evidentemente, a partir del momento de escribir la carta. ¿Que ocurriría dentro de dos o tres meses?
2. “*Curso*”. ¿Era una forma de referirse al Plan de huida?
3. “*Un año de duración*”. ¿Qué podía significar esto?
4. “*Renier, Erika y la niña*”. ¿Referencia a nosotros? También somos tres.

5. “*Estocolmo*”. Otra ciudad. La capital de Suecia como La Habana lo era de Cuba, pero ellos ya vivían en ella ¿Un viaje? ¿Hacia otro país?

Ambos leyeron y releieron aquellas notas en forma esquemática. Debían aceptar que en aquellas líneas se contenían, en efecto, las claves de una información. Si sus mentes no asumían aquella hipótesis, sería imposible dar con su significado.

Con la primera anotación, “*Dos o tres Meses*” llegaron a la conclusión de que dentro de dos o tres meses, es decir, Febrero o Marzo ocurriría algo, ¿qué?. Evidentemente un contacto. Alguien tendría que informarles del plan. La forma en que se produciría la desconocían, pero claramente Renier les advertía de que en ese plazo de tiempo algo iba a pasar, o se iniciaba algo.

La siguiente anotación era “*Curso*”. Se iniciaba un Curso. ¿Se refería a que se ponía en marcha un plan de huida? Sería lo lógico.

Siguieron con “*Un año de duración*”. Esta era la pista que más les confundía. No lograban encajarla en consonancia con las anteriores. ¿Qué podía durar un año? Tal vez se tratara de una frase que no contenía ninguna información y que únicamente la había incluido para dar sentido al párrafo.

La cuarta pista, les pareció clara. Representaba a la familia. Lo que fuera incluía a toda la familia. La feliz casualidad de que ambas familias constaran de tres personas, hacía más creíble todo el conjunto.

Y la quinta, “*Estocolmo*”, les pareció, al igual que la tercera, que sería el complemento obligado para dar sentido al párrafo. Pero así mismo, también podía ser

una pista, porque el Curso podría haberlo recibido en la misma planta donde trabajaba y vivía, sin tener que desplazar a una familia, lo cual sería lógico y hasta conveniente, para evitar el gasto que supondría desplazar a una familia durante un año a otra ciudad.

Finalmente, después de darle mil vueltas y pensar en mil posibilidades, lo único que tenían claro, es que en dos o tres meses tendrían noticias del asunto, según deducían de la primera anotación. El resto pensaron que seguramente no eran pistas sino las frases que daban un sentido inocuo al contenido de la carta.

Capítulo XXXIV

La Habana, 1993

A primeros de Marzo, *Filo*, vestido de *clown*, se dirigía al Teatro Mella para preparar la función que tendría lugar aquella noche. Cuando enfocó la Calle 11, en la que estaba situado el Teatro, alguien se le acercó con una fotografía suya en solicitud de un autógrafo. Parecía un turista, cargado de cámaras y gafas de sol. Cuando cogió la fotografía para firmarla, vio escrita encima de ella la frase: *¿Te acuerdas cuando las jicoteas jugábamos en el Malecón?* La impresión fue tal, que casi se le cayó la postal de la mano. Firmó nerviosamente y se la devolvió con una sonrisa a la vez que le daba la mano. Al ir a estrechársela, *Filo* notó que en su mano llevaba un papel doblado que se quedó en la suya cuando las retiraron. *Filo* siguió su camino hacia el teatro y el turista se fue en dirección opuesta. Cuando entró en Teatro, llevaba la nota en su sudorosa mano, y una vez dentro, la introdujo en el bolsillo dejándola allí.

Los nervios le habían secado la boca y en su mente se había instalado un barullo considerable. Aquella nota significaba que habían interpretado correctamente que la carta de Renier contenía información acerca de su plan. Pensó en el resto de notas y en el significado que podrían encerrar. Tal vez parte de su misterio se aclararía al leer

la nota que llevaba en su bolsillo y que no se atrevía a abrir. De repente le parecía que todos los objetos que lo rodeaban eran espías al servicio de la Dirección de Seguridad del Estado.

Se encerró en su pequeña oficina y saco la nota.

“Nos ponemos en contacto para indicar que estamos listos para ayudarle. A partir de ahora se establece el siguiente sistema de comunicación. Desde mañana deberá adquirir diariamente el Periódico Granma en el puesto de prensa internacional del Hotel La Habana Libre. ÚNICAMENTE deberá comprarlo cuando esté presente la persona que lo hace normalmente. Lléveselo a su casa y hojéelo con cuidado hoja por hoja. No lo abra en otro lugar. Tan solo lea las noticias de la Portada. En próximas ocasiones y por ese medio le iremos informando. Destruyan esta nota inmediatamente.”

Filo lo dobló de nuevo y lo guardó nuevamente en el bolsillo. Se había establecido el contacto. Su corazón comenzó a latir con fuerza y una sensación de nervios comenzó a cosquillearle en el estómago. Cuando llegó a su casa, le mostró la nota a Yanelis. Por toda respuesta se abrazó a él. Ella también sentía un temor en su corazón al comprender que ya no había marcha atrás.

-Esta gente debe de ser una organización grande con gente introducida en muchos sitios, como el *estanquillero* del hotel. Gente que desempeña todo tipo de actividad para poder desarrollar su actividad. -pensó *Filo* -No deja de ser una señal de buena organización.

El hecho de que se hubieran decidido a poner en marcha su deseo de huida y cuando la prensa, la radio o la televisión daba noticias sobre intentos fracasados de personas que querían abandonar la isla, en los que se producían la muerte de uno o varios de los que lo habían intentados, incluidos niños, a *Filo* y a Yanelis se les encogía el alma. Se miraban a los ojos sin atreverse a decir nada. Desconocían los planes que alguien en algún lado estaba diseñando y si serían lo suficientemente seguros como para salir con bien del empeño.

Ante la posibilidad de que la Seguridad del Estado lo estuviese vigilando, *Filo* decidió incorporar algunas situaciones más patrióticas en sus actuaciones, ya fueran en el Teatro Mella o en el Habana Libre o en las fiestas que las familias pudientes organizaban para sus saraos particulares y a las que era llamado con gran frecuencia. Quería con aquello, contribuir al refuerzo de su actitud pro revolución, por si estuviera en entredicho. No quería pasarse en su edulcorado patriotismo, pero los acontecimientos que en los últimos tiempos se estaban produciendo, podrían ser causa justificada para la inclusión de los nuevos y patrióticos *gags*.

Transcurrieron dos meses, sin que nada ocurriera ni nadie le abordara por la calle. Compraba *El Granma* en la librería que había en el hall de entrada del hotel, donde se vendían libros, revistas, prensa internacional y prensa nacional. Era lo primero que hacía. Se dirigía a la librería y el vendedor, de nombre Rogelio, le daba su correspondiente diario, el cual tenía guardado pues *Filo*, se presentaba por las tardes a trabajar. Cogía el periódico por el que le pagaba un peso y sin desdoblarlo, leía las

noticias de la portada. Terminada la sesión, cogía su periódico y se dirigía a su casa.

Cuando llegaba, todas las noches se producía la misma rutina. Yanelis le estaba esperando y tras el saludo de bienvenida, se sentaban en el sillón y ponían el periódico sobre la mesita. Luego con parsimonia, iban pasando hoja por hoja, mirando sin saber que mirar. Esperaban alguna nota escrita sobre alguna página, pero nunca se producía hallazgo alguno. Repetían nuevamente el ojeo de las páginas. Luego, sin saber por qué, los guardaban todos, ordenados por fecha.

En septiembre, *Filo* y Humberto hicieron una visita a Fulgencio, el padre de Yumiel. Lo encontraron muy desmejorado, meciéndose en la vieja mecedora con cara ausente, barba de varios días y al parecer, apenas dedicaba tiempo a comer. El hombre continuaba metido en una profunda depresión que apenas si le dejaba espacio para vivir. A todo eso se le unía el asqueo que le producían sus vecinos, quienes siguiendo órdenes del comité del CDR de la cuadra, le mostraban su repulsa al no dirigirle la palabra. No era esto lo que quería el presidente del Comité, pues insistía en que se le insultase verbalmente y se le hiciera la vida imposible. Los vecinos escuchaban en silencio las proclamas del comisario político pero no estaban dispuestos a llevarlas a cabo. Bastante desgracia tenía el vecino, como para encima, abroncarlo cada vez que se cruzaban con él. Y la única represalia que pusieron en práctica, fue la de retirarle la palabra cuando había alguien presente. Como todo el mundo en Cuba, no querían líos con el Comité, pero tampoco se querían volcar contra Fulgencio.

En la prensa eran constantes las noticias sobre intentos fallidos con resultado de muerte o detención de los gusanos insolidarios, como los denominaba el régimen. También aparecían con todo lujo de detalles, los intentos abortados de terroristas procedentes de Miami y que habían pretendido entrar en el suelo patrio para llevar a cabo feroces atentados contra la seguridad y bienes de la República.

A *Filo* y Yanelis se les encogía el alma cuando leían estas noticias y las escuchaban en la Televisión. Pero estaban firmemente determinados a seguir esperando a que llegara el momento en el que afrontar su propia salida hacia la libertad. Esperaban que la suya, no fuera noticia de prensa, radio o televisión.

Capítulo XXXV

La Habana, 1993

El primer día de noviembre, la noticia de portada que traía *El Granma*, extendido sobre la mesa baja, para su diaria y sistemática revisión, era la detención de un terrorista exiliado cubano que tenía planificado atentar contra el *Cabaret Tropicana*, en un intento de sabotear el creciente flujo de turistas a Cuba. *Filo* leyó la noticia con enorme preocupación, pues como solían ocurrir en estas ocasiones, siempre pagaban justos por pecadores. Una bomba que explotaba no reconocía ni a los unos ni a los otros. Se llevaba por delante al que tuviera la mala suerte de estar cerca. Sin contemplaciones ni vuelta atrás. Al que le había tocado la suerte, ya sabía, reclamaciones al *maestro armero*.

Luego siguió pasando hojas sin esperar encontrar nada como había ocurrido hasta el presente. De pronto al llegar a los Deportes, se encontró con una hoja de color lila.

-¡Yanelis! -gritó

A los dos segundos apareció su mujer limpiándose las manos con un paño de cocina, procedente de la cocina donde estaba preparando la cena.

-¡Una nota! -Yanelis se sentó a su lado, pero luego se lo pensó mejor.

-¡Espera un momento! -dijo levantándose rápidamente y saliendo del salón, para volver a los pocos segundos.

-He apagado los fuegos -dijo.

Filo se dispuso a leer la nota.

“Nuevamente nos ponemos en contacto con usted para comunicarle que ya está en marcha un plan para sacarle a usted y a su familia del país. Por seguridad no le vamos a informar de más. Esta nota tiene como cometido el confirmarles que todo sigue adelante tal y como se ha planeado. Siga atento a este procedimiento de comunicación y en un próximo comunicado le informaremos de lo que usted y su familia deberán realizar. Destruya esta nota inmediatamente.”

Nuevamente, la nota era escueta del todo. Apenas informaba de nada, salvo que al parecer, todo seguía su curso y lo hacía correctamente. Nada más. Eso les tranquilizó. Según la nota que acababan de leer, creyeron entender que el final de todo aquel plan debía de estar muy cerca, a tan solo un comunicado más. A quienes fueran, todas las precauciones les parecían pocas. Ambos, tenían la seguridad de que no les informarían de todos los detalles hasta que apenas faltasen unas pocas horas para su puesta en práctica para evitar filtraciones o situaciones de nervios que pudieran tirar por tierra lo que llevaba tanto tiempo planificar. Observaron que, al igual que el anterior venía sin firma, algo que consideraron lógico.

-*Caballero*. Nos toca seguir esperando -dijo Yanelis.

-Sí. Espero que todo termine pronto.

-¿Cuándo se lo diremos a nuestras familias?

-En el último momento. Es lo mejor.

Luego quemaron la nota y tiraron sus cenizas en la cisterna del baño.

Nelly llevaba observando a su hijo y a su nuera con cierta preocupación. Desde hacía unos meses las visitas se habían prodigado con mayor abundancia, una o dos veces por semana. Evidentemente la visita le producía una alegría infinita sobre todo la de su nieto con el pasaba horas jugando y riendo sus ocurrencias. Milagros también formaba parte del grupo como una más de la familia. Notaba que eran más afectuosos con ella y eso la ponía en alerta. Todos los domingos iban a comer a un restaurante donde pasaban un día feliz y dichoso.

Y aquel día de Diciembre, en plena contemplación de felicidad hecha familia, se le ocurrió que tal vez, aquello era el prólogo de algo y una idea se hizo luz en su cabeza: estaban preparando su marcha de la isla. Solo una cosa así podía explicar aquel chorro de cariño que estaba recibiendo por parte de su hijo y de su esposa. Cuando se quedó sola con Milagros, le comentó lo que se le había ocurrido.

-*Caballero. ¡Estás detrás del palo y pidiendo el último, Nelly!* -dijo -Hace días que ya yo me lo venía barruntando. No sé, no me han dicho nada, pero noto algo especial en el trato, en sus miradas, en...todo.

-¿Y cómo fue que no me dijiste nada?

-*Caballero. ¿Quién soy yo para entrometerme?* Esas son cosas tremendas, *mija*.

-*¡Se quieren ir de Cuba!*

-Baja la voz, mi amor, *que hay ropa en la tendedera*. Además, ya tú no sabes nada ¿no?

Nelly decidió no preguntar nada a su hijo para no crearle una situación violenta. Esperaría a que ellos le comunicaran su decisión, si es que había algo que comunicar, que era lo que en el fondo de su corazón anhelaba fervientemente.

Capítulo XXXVI

La Habana, Enero, 1994

En marzo, la preocupación sobre una escalada de atentados contra establecimientos hoteleros en Cuba, preocupaba a Filo y a Yanelis porque creían que ese tipo de sucesos podían generalizarse en no mucho tiempo. La Habana podía ser uno de los objetivos predilectos de estos grupos y en especial el Hotel Habana Libre, porque de alguna forma era un símbolo que representaba al Gobierno cubano. Y eso preocupaba a las autoridades y en especial a todos los trabajadores de estos centros turísticos, víctimas inocentes de estos desmanes.

Por su parte, la televisión y la prensa trataban de dar seguridad a la población y a los turistas, informando sobre el control que se tenían sobre los terroristas que eran detenidos en el mismo momento que ponían un pie en tierra cubana.

En junio, Fidel Castro asistía en Cartagena de Indias en Colombia a una reunión de Jefes de Estado y de Gobierno de los países no alineados. Allí se produjo un nuevo atentado fallido contra él, “el atentado de cada año” que comentaban los cubanos, pues no había año que no se produjera uno. Habían sido tantos ya, que los cubanos se lo tomaban a risa y se miraban unos a otros con una sonrisa en la cara.

A la semana de aquella noticia, Filo y Yanelis, recibieron una nueva noticia de los que estaban preparando su salida de la isla.

“Nuevamente nos ponemos en contacto con usted para indicarle que esta será la última vez que lo hagamos por este medio. La próxima vez, alguien contactará con ustedes en un plazo breve de tiempo y les dará las informaciones de última hora, puesto que el plan se ejecutará en un máximo de cuatro o cinco días a partir de ese último contacto. En consecuencia, absténganse de organizar visitas ni reuniones con amigos o familiares a partir de este momento. Destruya esta nota inmediatamente.”

El final de la espera se avecinaba y los nervios comenzaron a hacer presa en los dos. Sería necesario poner en conocimiento de sus familias la noticia de su próxima huida del país. Serían unos momentos duros, pero necesarios. Y deberían hacerlo sin pérdida de tiempo, pues en cualquier momento, podían recibir la orden de salida y no querían precipitarse.

Otra cosa que les preocupaba era que no podían llevarse nada. Las ropas y los muebles tendrían que quedarse en el apartamento, y ni siquiera podrían regalarlo a sus familiares por temor a levantar sospechas por el traslado de muebles. Únicamente, llevarían todo el dinero que les fuera posible. En previsión de esto, ya habían comenzado a no ingresar todo en la cuenta bancaria y guardarlo en el propio domicilio. Parte de ese dinero tendría que quedarse en la cuenta para no alarmar al Banco y que este diese parte a la Seguridad del Estado.

El último domingo de junio, siguiendo la costumbre, y tras invitar a la madre de Yanelis, se fueron a comer a un restaurante. Nelly y Milagros comprendieron que en aquella jornada se iban a enterar de lo que estaba ocurriendo en las vidas de Filo y Yanelis. La jornada discurrió con normalidad y luego, como siempre se reunieron en casa la madre de Filo. Nelly temblaba cuando se sentó a la mesa, una vez que puso en el centro unas jarras con zumo de piña y plátano. Se hizo un silencio inesperado. Parecía que todos intuían que algo iba a suceder a continuación. Tomó la palabra Filo, al que había cogido por el brazo Yanelis.

-Tenemos algo que contaros -dijo con la voz afectada.

-Dentro de unos días, Yanelis, el niño y yo, nos vamos de Cuba.

Todo el mundo se quedó en silencio. Nelly y Milagros comenzaron a llorar. Llevaban ya mucho tiempo que tenían ese presentimiento. Silvia se quedó anonadada.

-Pero, como -acertó a decir -¿Pasa siempre?

-Si mamá. Para siempre. Bueno, si las cosas cambian en este país, posiblemente regresaremos, ¿dónde si no, estaremos mejor? -dijo Yanelis.

Silvia se unió a las otras dos mujeres en los llantos.

-¿Y cuándo va a ser eso? -pregunto Nelly.

-No lo sabemos, pero creemos que muy pronto.

Luego explicaron las razones que motivaban esa decisión y aunque ellos lo desconocían, no dudaron en asegurar a las tres mujeres, que el plan de huida era absolutamente seguro. Ya era tarde cuando dieron por terminada la reunión. Se despidieron por si aquella vez

era la última, aunque prometieron que si era posible, volverían a reunirse antes de partir.

Capítulo XXXVII

La Habana, Julio, 1994

Fulgencio, el padre de Yumiel, había decidido que ya nada le ataba a Cuba. Se encontraba en una situación en la que la desesperación le arrancaba las ganas de vivir. La muerte de su hijo, asesinado, decía, le había sumido en un mundo de recuerdos y pesares en el que todo, fuera lo que fuese, le traía recuerdos de tiempos pasados donde aparecían su hijo y de su mujer, fallecida con apenas 32 años, por culpa de una infección adquirida durante el parto de Yumiel, según le dijeron los doctores, dos meses antes de la llegada de la Revolución. Eran los días felices en los que ejercía de maestro rural en un barrio de La Habana. Pero cuando llegó la Revolución pasó por su vida como un vendaval. Fue apartado de su profesión por una acusación anónima y que por más que lo intentó, no llegó a saber por qué ni quien la hizo. Sin trabajo, y abandonado del gobierno, se dedicaba a ganarse el sustento con pequeñas lecciones particulares dadas en su casa, o realizando trabajos de pintura y mil cosas más que los cubanos daban en llaman *vivir de inventar*.

Fulgencio tenía un buen amigo que lo puso en contacto con un amigo suyo que era un cargo importante dentro del Partido Comunista en La Habana. Tras vencer

sus recelos, se entrevistó con él y le comunicó su desesperado intento de huir de Cuba para poder rehacer su vida en algún otro lugar donde los recuerdos no lo acobardaran, como le sucedía todos los días y todas las horas del día.

-Mientras permanezca en Cuba -decía -no podré sentirme vivo ni a gusto conmigo mismo.

Fidencio, el amigo del amigo, era el Jefe de Operaciones del Puerto de La Habana, lo que le confería un *status* especial a la hora de moverse por el puerto sin levantar sospechas. Al igual que todos los demás, estaba desencantado por el discurrir de la Revolución que, en su opinión, había dado un giro peligroso a la izquierda inexplicable, pues él conocía que el compañero Fidel no era comunista, y en los momentos actuales se alineaba y propalaba las bondades de las teorías marxistas, poniéndose totalmente en manos de los rusos sin ningún tipo de pudor ni recato, tras cambiar de aire, como vulgar veleta, haciendo lo que tanto había criticado de Batista, al que llamaba títere de los USA, al igual que ahora él lo sería de Rusia.

En consecuencia, Fidencio también estaba buscando la ocasión de salir de la isla.

La operación, según le dijo, llevaba ya varios meses en marcha. Toda ella estaba dependiente de la consecución de un barco con el que llegar hasta Miami, en los EEUU, y esta ocasión se había concretado hacia unas semanas. Una embarcación, de hecho un remolcador con nombre “13 de Marzo”, fecha en la que se conmemoraba el asalto fallido que los estudiantes de Directorio Revolucionario al Palacio Presidencial con el objetivo de asesinar al presidente Batista, estaba

pendiente de unas reparaciones lo que la dejaba temporalmente fuera de uso. Era la ocasión perfecta. Tenían un barco a su disposición y en buenas condiciones tras las reparaciones.

Tras dos intentos abortados a última hora por situaciones inesperadas y que tenían que ver con la propia actividad del puerto, por fin se decidió que el día 13, Fidencio, tendría todo dispuesto para iniciar la fuga. Comunicó la fecha a los jefes de grupo y a Fulgencio, quien por ser el último en sumarse a la lista, iba por libre.

El día anterior hizo una visita a *Filo* para comunicarle la noticia.

-¿Pero es seguro? -preguntó Yanelis, mientras daba de comer a su hijo.

-¡Tremendo seguro! -dijo Fulgencio quien seguidamente les explicó los detalles del plan de huida. - El barco esta recién reparado con motor nuevo. Si todo sale bien, mañana a estas horas podría estar ya en Miami -dijo con emoción.

Filo estaba apenado. Había visto a aquel hombre como se venía abajo desde la muerte de su hijo, y lamentaba que la vida lo castigara tan duramente. Estuvo tentado de contarle que él también estaba planeando la huida del país, pero le habían recomendado que bajo ningún concepto hablara de ello con absolutamente nadie, para preservar la seguridad del plan y la de todos los que participaban en él.

Después de despedirse con lágrimas en los ojos, salió de la casa de *Filo*.

-Caballero, ya yo me voy echando...

Esa misma tarde, Fidencio guardó en un cajón las llaves del motor y del timón del remolcador y los jefes de grupo estaban alertados y con las instrucciones dadas. Todo estaba preparado para emprender la huida y todo se presentaba favorablemente.

El “13 de Marzo” estaba amarrado en el muelle Salvamento, a unos trescientos metros de la Capitanía del Puerto, la cual se encontraba ubicada en medio de la bahía. En total, 72 personas iban a tomar aquel barco camino de la libertad, en un viaje a la desesperada en la que todo estaba en contra. El tiempo se esperaba perfecto. La mar estaría en calma en todo el estrecho de la Florida. Con ausencia de viento, los 1500 caballos de fuerza del “13 de Marzo” los llevarían a los cayos de Florida en seis o siete horas.

A la una de la madrugada, Fulgencio salía de su casa envuelto en las sombras de la noche y de la falta de alumbrado y con ausencia total de vecinos ni peatones. Con tranquilidad se dedicó a recorrer las calles adyacentes y por las que había transcurrido la mayor parte de su vida. Quería almacenar en el arcón de sus recuerdos aquellas entrañables imágenes que tal vez sería la última vez que sus ojos las iban a contemplar.

Lentamente se dirigió hacia el malecón, lugar emblemático de La Habana, y que el adoraba extraordinariamente. No había mucha gente, pero la que había producía un animado bullicio, lo que trajo a su mente el recuerdo de su hijo Yumiel, al que imaginó junto con sus amigos las *jicoteas*, riendo, bailando, corriendo, jugando..... Un nudo en la garganta paró en seco sus pensamientos. Miró al mar, hacia el lejano horizonte, donde dentro de poco confiaría su vida a él y

aspiró profundamente. La ligera brisa le animó el espíritu y sin más concesiones a los recuerdos, se plantó en el presente, dirigiendo definitivamente sus pasos hacia el puerto.

A las dos de la mañana, hora fijada para partir, una serie de parpadeos de luz procedentes de una linterna, emitidos en series de tres rápidos destellos seguidos de unos segundos de pausa, indicaron a los diversos grupos distribuidos a lo largo de las inmediaciones del puerto, que era el momento de ir acercándose en silencio hacia el barco que en total oscuridad permanecía tranquilo e inmóvil en su lugar de atraque. La actividad en el puerto era inexistente.

Fulgencio inició su camino hacia el barco tomando toda clase de precauciones. Durante su marcha pudo ver como otras personas y pequeños grupos hacían exactamente lo mismo que él, convergiendo en el mismo punto. Por lo demás la tranquilidad era total. A lo lejos una cierta bulla proveniente del Malecón, donde la gente bailaba al son de las músicas que se emitían por sus aparatos de radio.

Poco a poco, toda aquella riada de gente fue subiendo a bordo, y con rapidez y silencio, bajaron hacia las bodegas del barco donde aguardarían el momento del partir, con el corazón a punto de estallar a la par que rebosaban de esperanza y miedo a partes iguales.

Serían poco más de las tres de la madrugada, cuando todo el mundo estaba ya ubicado en el interior del “13 de Marzo”. Raúl, quien en tiempos ejerció de capitán en este mismo barco, puso los motores en marcha y comenzó la singladura hacia la esperanza y la libertad. Lo hicieron muy lentamente, con los motores a

muy bajas revoluciones bordeando lo mas ajustados posibles el área de Regla, tratando de mantener la máxima distancia con la Capitanía para no ser descubiertos.

Cuando el “13 de Marzo” estaba cruzando el área de Capitanía, a la altura de la Fortaleza del Morro, Raúl se dio cuenta de que eran seguidos por una embarcación del tipo *Polargo*, utilizados para apagar fuegos y dotados con cañones de agua a presión. No sabía si eso era casual o era señal inequívoca de que la Seguridad del Estado estaba al tanto de sus intenciones. Consultó con Fidencio quien le confirmó que no había prevista ninguna actividad en el puerto para esa noche. Tras unos minutos, y cuando ya estaban a punto de rebasar El Morro, y abandonar la bahía de La Habana para salir a alta mar, la embarcación perseguidora, les lanzó un potente destello de luz. Raúl aceleró sus motores tratando de poner distancia entre el “13 de Marzo” y el barco perseguidor, aprovechando que su barco era más grande.

De repente, a unos 300 metros, hicieron su aparición dos nuevas embarcaciones del mismo tipo que la que les estaba acosando, apuntando sus proas directamente al remolcador. Indudablemente, la ráfaga luminosa era un aviso para aquellas dos embarcaciones. Raúl redujo velocidad lo que permitió a la nave perseguidora acercarse lo suficiente para utilizar sus cañones de agua de alta presión y barriendo toda la cubierta del “13 de Marzo”.

Abajo los pasajeros notaron que algo no iba bien en cubierta. Un ensordecedor ruido procedente de arriba, atronó el interior metiendo el miedo en sus

almas. Fulgencio, subió por la escalera que llevaba a cubierta para ver qué pasaba. Apenas puso sus pies sobre ella, cuando vio que un chorro de agua se dirigía directamente hacia él recorriendo la cubierta de popa a proa. Se agarró justo a tiempo a una de las barandillas, a la vez que trataba de protegerse de la fuerza del agua refugiándose en un recoveco entre la cabina y la escalera. Desde la embarcación situada a popa, podía oír los insultos y las risas de quienes les estaban bombardeando con los cañones de agua. Cuando el chorro de agua a presión pasó de largo, se incorporó para ver por encima de la barandilla. Pudo ver como las dos embarcaciones que venían por la proa se situaban a proa y estribor utilizando sus mangueras de agua a presión. Observó con desesperación, como la que estaba situada a popa, se acercaba a toda velocidad lo que producía que su proa se levantara sobre la superficie marina, con ánimo de montar la embarcación sobre la popa del “13 de Marzo”.

El impacto fue tremendo, y el peso de la embarcación sobre la popa, hizo que el remolcador se hundiera hasta la mitad. Fulgencio se agarró con todas sus fuerzas para evitar caer encima de la proa del *Polargo*. Abajo, los que se encontraban en los compartimentos interiores y sala de máquinas, cayeron unos encima de los otros debido al escoramiento del barco. Evidentemente, los tres barcos atacantes coordinaban sus esfuerzos por echar a pique al “13 de Marzo”.

Cuando Fulgencio pudo incorporarse, firmemente agarrado a la barandilla, volvió de nuevo su mirada hacia la popa. Y lo que vio llenó su alma de un veneno mortal, que lo horrorizó: A escasos 400 metros del “13 de

Marzo”, una patrullera del Servicio de Guarda Fronteras cubano, asistía de forma pasiva a la consumación del crimen. Lanzó un grito desgarrador al aire que sonó inhumano y que dejó helada la sangre a los que inmisericordemente lanzaban sus chorros de hiel sobre la cubierta, a la vez que alzaba su mano cerrada al cielo y desplomándose acto seguido sobre la cubierta.

Mientras, Raúl, el piloto, trataba de esquivar a sus atacantes, pero era imposible pues a cada momento le cerraban el paso y golpeaban con sus cascos en los cuatro puntos cardinales del remolcador. Aprovechó un momento de calma en los ataques, para enfilar la proa hacia alta mar, pero los tres barcos agresores golpearon de nuevo. Finalmente, con grandes averías estructurales, el “13 de Marzo” se detuvo a 7 millas de la entrada al puerto de La Habana.

Las tres *Polargo* navegaban en derredor del remolcador y continuaron con sus acometidas por todos los lados, produciendo una enorme grieta en la popa por donde comenzó a entrar el agua en grandes cantidades. Algunos niños y adultos, que se encontraban en la sala de máquinas perecen ahogados en aquel momento. Los que aún siguen indemnes de los golpes y del agua y tienen capacidad de reacción, suben a cubierta con sus hijos clamando misericordia y ayuda y pidiendo que dejen de embestirlos. Los tres barcos hacen caso omiso a los gritos y continúan con sus ataques al “13 de Marzo”. Finalmente este se hunde en las profundidades del mar a unas 10 millas del punto de partida. El caos es terrible, y la superficie del mar se puebla de trozos de madera, objetos y gritos de personas que nadan en el mar pidiendo ayuda. Las tres *Polargo* comienzan una danza

de muerte dando vueltas y levantando grandes olas en torno a los naufragos, hasta que la Patrullera del Servicio de Guarda Fronteras, decide intervenir a la vez que las *Polargo* se alejan en silencio del escenario para ocultarse de un barco griego que en aquellos momentos se dispone a hacer su entrada en la bahía de La Habana.

Fueron recogidas 31 personas entre niños y adultos. En el fondo del mar quedaron 41 personas, de ellos 13 niños, yacían junto con sus ilusiones y temores.

A las ocho y dieciséis minutos de la mañana del 13 de Julio, Radio Reloj daba el siguiente comunicado:

Zozobró embarcación robada por elementos antisociales. En la madrugada de hoy, elementos antisociales sustrajeron por la fuerza una embarcación del puerto de La Habana con el fin de abandonar ilegalmente el país. En su huida la embarcación zozobró aproximadamente a siete millas de la costa. El incidente continúa siendo investigado por las autoridades competentes.

En las listas oficiales y en las que circulaban de mano en mano por toda Cuba, en ninguna de ellas figuraba el nombre del Fulgencio Gardel, el padre de Yumiel. Ninguno de los supervivientes lo mencionó, por lo que pasados los meses, y ante su ausencia, fue declarado *desaparecido* constituyendo un absoluto misterio entre sus vecinos de *cuadra*. Con el tiempo, se propagó la idea de que habría huido en alguna balsa y se habría ahogado en el mar. Pero ninguno consideró el hecho de que nadie le había visto construir balsa alguna.

Capítulo XXXVIII

La Habana, 1994

Aquella noche el patio de butacas del Teatro Mella presentaba un aspecto impresionante. Todas las localidades estaban ocupadas. Cuando llegó el turno de actuación de *Filo*, el público esperaba expectante su actuación.

Normalmente, *Tocororo*, hacía una aparición desastrosa que se presagiaba porque en el fondo del escenario se oía un estruendo de pucheros, ollas y cazuelas cayendo al suelo con estrépito, como si algún torpón hubiera pasado al lado de ellas y las hubiera tirado al suelo. A los pocos instantes aparecía *Tocororo* con paso rápido y mirando hacia atrás, hacia el lugar donde se habían escuchado los pucheros cayendo y sacudiéndose las ropas. Aquello arrancaba las primeras carcajadas al público y continuaba así durante la media hora que aproximadamente duraba la actuación de *Filo*. Sin embargo, es esta ocasión, no hubo cacharros por el suelo ni entrada rápida. Ante la general expectación, el silencio precedió a la aparición de *Tocororo* con paso lento y tranquilo dirigiéndose hacia el micrófono en el centro del escenario. Evidentemente su actuación no comenzaba como en ocasiones anteriores. Como si los espectadores hubieran tenido una premonición,

guardaban un silencio expectante. *Filo* tomó el micrófono en sus manos.

-Señoras y señores. -Hizo un silencio -Hoy tengo embargada el alma y encogido el ánimo. Los payasos, a pesar de nuestro aspecto, también sufrimos y penamos como los demás. También tenemos alma, patria y sentimientos. A veces, el ser humano ríe por no llorar. Los payasos también. Y hoy, la tristeza ha sustituido a mi natural alegre, debido a los acontecimientos que hoy nos ocupan y preocupan. Una profunda tristeza. Porque, ¿cuál es el tesoro máximo de cualquier patria del mundo? Si, ustedes lo piensan bien, es justamente eso: los que habitan en esa patria. Sus trabajadores, sus maestros, sus médicos, sus niños y niñas, y también sus dirigentes. ¿Y que hace diferente una patria de otra? La idiosincrasia de sus pobladores, sus costumbres, su cultura, su apego a la vida de mil modos diferentes, sus virtudes y sus defectos. Tal vez sea por eso que los cubanos solo queramos una patria la nuestra y no la cambiamos por otra, aunque haya dificultades, algunas difícilmente superables. Pero Cuba es para el cubano el aire que respira. Podrá estar en un lugar alejado, pero se pasará la vida soñando que va a volver. Se moriría en el momento que alguien le asegurase que jamás podría volver a su Cuba del alma. ¿Creen ustedes que estoy en un error?... Veo que no. Y si eso es así, ¿porque está ocurriendo esta desgracia?

En la sala, el silencio se podía cortar. El director del Teatro empezó a tener una sensación nerviosa y el corazón le comenzó a latir. Comenzaba a intuir que se le venía encima una tormenta con categoría de huracán.

-Imagino que ustedes se imaginarán a lo que me estoy refiriendo. No sé cómo lo verán ustedes, pero yo veo y contemplo una tragedia nacional. La vi en los sucesos de Mariel, de 1980, donde ciento veinticinco mil cubanos abandonaron el país. La veo ahora, cuando cuarenta mil personas, los llamados *balseros* también lo están intentando con gran peligro para sus vidas. Y para mayor abundamiento, el pasado día 13 de julio, se ha producido el hundimiento inmisericorde del remolcador “13 de Marzo” en el que han perecido más de cuarenta personas entre ellos trece niños, al parecer, a manos de compatriotas cubanos, por sus propios hermanos de nacionalidad. Que tantos y tantos compatriotas nuestros nos abandonen llorando, en vez de alegres, se me antoja una catástrofe de magnitud descomunal. Ciertamente que en toda sociedad existirán miembros cuya conducta no sea en absoluto ejemplar, ni ética ni decente. ¿Pero tantos? ¿De verdad creen ustedes que todos ellos, sin excepción, son enemigos de nuestra patria? Conozco a varios de ellos que aman a su patria por encima de todas las cosas. Y ustedes, a buen seguro que conocerán también a algunos de ellos con los que habrán convivido y compartido como entrañables *compays* y a los que no les cuadrarán los insultos y los testimonios que se dicen de ellos. Y sin embargo, aceptan las vejaciones los insultos, los riesgos inmensos y las injurias por abandonar su patria, sin rechistar. Llorando en silencio. No puedo por menos que preguntarme ¿por qué? ¿qué ocurre para que prefieran abandonar su Cuba y buscarse la vida en lejanos lugares, allende los mares?

Entre el público empezaron a oírse las primeras protestas por las palabras de *Tocororo*.

-¡Traidor!

-¡Gusano!

Eran una minoría. Luego empezaron a oírse una serie de *shhhhh*, mandando callar a los escandalosos. Momentos después lo hacía el resto de asistentes. El silencio se volvió a adueñar de la sala.

-Hoy me van a hacer el favor de no celebrar con manifestaciones de alegría mi actuación, si es que la consideran merecedora de ello. Que sea este nuestro homenaje a nuestros compatriotas fallecidos cuando buscaban algo mejor de lo que aquí podían encontrar.

Un acusador silencio flotó por todo el teatro tras las palabras de *Tocororo*. Finalmente alguien comenzó a aplaudir y como cuando se prende una mecha, el teatro se llenó de atronadores vivas y aplausos que se mantuvieron durante varios minutos. Solo algunos de los espectadores, se levantaron de sus asientos y sin decir nada, abandonaron el teatro.

La sesión transcurrió dentro de un absoluto silencio. Si alguien hubiera estado escuchando desde fuera, hubiera llegado a la conclusión de que se trataba de un ensayo y no de una auténtica sesión de teatro.

La prensa no se hizo eco del suceso, pero en las altas instancias se echaron a temblar y decidieron hablar con *Tocororo*. Aquello necesitaba una explicación y el compromiso de que nunca volviera a ocurrir. De lo contrario...

Capítulo XXXIX

La Habana, 1994

Eras lunes y habían pasado cinco días desde su alegato desde el escenario del Teatro Mella. A las diez de la mañana debería presentarse ante el Jefe de la Dirección de Seguridad, dependiente del Ministro del Interior. Al día siguiente de aquella noche, en el Hotel Habana Libre, le entregaron en mano una citación traída por un oficial de la Dirección de Seguridad.

Estaba tranquilo en cuanto a lo que dijo, pero sumamente intranquilo por lo que aquello podría representar para el plan de huida establecido, y que en aquellos momentos desconocía todavía. Se había reprochado muchas veces su actuación, máxime cuando estaba advertido, pero fue algo que tenía que hacer o se moriría por dentro, porque en realidad no había un juez más implacable para con él, que él mismo. Yanelis, se horrorizó cuando *Filo* le contaba lo que había hecho en el Teatro, pero la mujer a cuya familia le había golpeado tan duramente el régimen, se sintió orgullosa de su marido, por manifestar sus sentimientos en un momento tan importante para él y su familia. Trató de animarle y le quitó toda la importancia al asunto. Si desgraciadamente el plan de huida se malograba, otra vez sería.

Mientras se dirigía hacia el MININT, situado en la Plaza de la Revolución, vestido de *clown*, iba pensando en las posibles consecuencias que aquello podría acarrearle. Pero por otro lado, le serviría tal vez para tantear su situación personal con el régimen.

Tras esperar cerca de una hora, fue introducido en el despacho del Director.

Este abandonó su sitio para ir a su encuentro con la mano extendida. Aquello le pareció a *Filo* un buen inicio. Tras el saludo le invitó a sentarse en uno de los sillones que rodeaba una mesa baja, situada en uno de los rincones del amplio despacho. El director ocupó otro, directamente enfrente de él.

-No tenía el gusto de conocerle personalmente señor Fidel Camilo Ernesto Vallespín Valcárcel, alias *Tocororo* -dijo

-Yo tampoco tenía ese gusto.

-Me imagino que usted sabe las razones por las que se encuentra usted aquí, ¿no es así?

-Me imagino que usted se referirá a mi última actuación en el Teatro Mella.

-Efectivamente -dijo el Director, moviendo la cabeza como si estuviera apesadumbrado -dijo usted cosas que han incomodado a ciertas personas y de alguna forma representa una crítica al régimen, que tal vez dicha por cualquiera en la calle o en un domicilio, no tendría la menor importancia, porque ya sabemos que eso ocurre y somos conscientes de ello, pero no intervenimos porque sabemos que nunca todo el mundo está de acuerdo en todo, o en parte sobre cualquier cosa o materia. No. Lo preocupante es que lo diga un personaje famoso y muy

querido por el pueblo, y además lo haga desde un escenario. Esto es algo que nos preocupa enormemente.

-Si me lo permite, quisiera decir que se trataba de una reflexión lógica, porque nadie puede negar que una sangría de tantas personas, es un precio que nuestra patria no puede permitirse. Una reflexión hecha en voz alta, que tal vez no debí de expresar, pero en el hundimiento del 13 de Marzo, viajaba el padre de un amigo mío, lo que me produjo un profundo dolor. Reconozco que no elegí bien el momento ni el lugar...

Filo se odiaba por su negativa de si mismo ante aquel hombre que tenía sobre todos los cubanos un terrorífico e infinito poder. Una orden suya y la vida de cualquier cubano se iba por el desagüe.

-Eso me parece a mí, pues en su historial puedo asegurarle que figuran excelente referencias e informes, emitidos por personas muy importantes del Gobierno. También es verdad, que hay una anotación un tanto curiosa, y que se refiere a algunos de sus amigos.

El director cogió una carpeta que había sobre la mesa y que *Filo* no había reparado en ella. "Hola, hola. ¿Así que tengo un historial y lo tengo delante de las narices?" pensó. Tras repasarla brevemente, la volvió a dejar encima de la mesa.

-Tiene usted dos amigos, Renier y Yumiel que han tenido problemas con la República y la Justicia. El primero se marchó por Mariel y el segundo fue fusilado por asesinar a un oficial de las FARC -*Filo* hizo un gesto para alegar, que cortó el Director con un gesto de la mano -Si, conozco el trasfondo de toda aquella sordidez. El uniformado era un degenerado, pero aun así, era una autoridad suspendida. Por el contrario, tiene usted dos

amigos que están rindiendo grandes servicios a la Revolución. El señor Humberto Ramírez, excelente doctor, siempre colaborando con el Servicio de la Salud, y el señor Paulo Ariel, suboficial de las PNR con una gran hoja de servicios. Hay además, otra relación indirecta, y es que el padre de su esposa, también estuvo preso por desórdenes.

Filo tragó saliva. Su odio creció en su interior. Aquella gente debía de tener una ficha de cada cubano.

-De cualquier forma, esto último, consideramos que es por puro azar y que usted nada tiene que ver en ello, salvo que usted muestra un gran preocupación por sus amigos, por los que intercede y visita en la cárcel, lo que hasta cierto punto, incluso, habla bien de usted. Esta entrevista tiene como objetivo, obtener de usted las máximas garantías de que no volverá a ocurrir una cosa así. Los desahogos hay que dejarlos para la tranquilidad del hogar, ¿no le parece?

Filo decidió darle las garantías pedidas, porque en aquel momento su decisión de abandonar Cuba se acrecentó hasta el punto de que todos los temores le desaparecieron de repente. Aquella reunión, y de lo que ella se desprendía lo vacunó contra el miedo y deseó que la partida fuera lo antes posible. Una vez libre, ya se encargaría él de darle toda la publicidad del mundo e ilustrar al mundo sobre aquel inframundo que gobernaba a los cubanos.

-Tenga usted por seguro de que no volverá a ocurrir -dijo ante la complaciente sonrisa del Director de Seguridad quien se levantó tendiendo la mano a *Filo*.

-¿Sabe usted que es el clown favorito de mis hijos? ¿Tendría usted un huequecito para hacer una fiesta en mi casa?

-Por supuesto. Puede ponerse en contacto conmigo en el Teatro Mella o en el Hotel Habana Libre.

-Así lo haré. ¿Sabe? Lo de ir vestido así de *clown*, me parece genial.

Momentos después, abandonaba el MININT en dirección a su casa, donde le esperaba con ansiedad Yanelis. A sus familias no les habían puesto en antecedentes de la citación. Mientras andaba por la calle, algunos transeúntes lo saludaban con respeto a los que les devolvía el saludo de forma mecánica. Su conclusión era de que las cosas seguían como siempre, y la constatación de que el Gobierno creía saberlo todo de los ciudadanos, y aunque sabían muchísimo, no lo sabían todo.

Una semana más tarde, *Filo* andaba ojeando el periódico, el cual seguía comprando para seguir con la rutina establecida desde hacía casi un año y no levantar sospechas si es que alguien les estaba vigilando. El timbre de la puerta sonó y Edgar fue a abrir la puerta, seguida de su madre.

Oyó que Yanelis saludaba a alguien con voz de hombre, se volvió para ver quien venía cuando vio a Paulito delante de él, sin uniforme de la PNR.

-*Asere ¡Que bola!* -dijo admirado de una visita tan inesperada

-*¡Asere, compay que vuelta!* -dijo Paulito

Lo invitaron a sentarse mientras Yanelis traía de la cocina unas frutas frescas y una jarra de zumo.

-Yo ya con esto estoy más que servido -dijo

Tomaron asiento todos con Edgar sentado sobre las piernas de su madre.

-Caballero ¿Que te trae por mi hogar? -dijo *Filo*.

-¿Te acuerdas cuando las *jicoteas* jugábamos en el Malecón? -dijo Paulito mirando fijamente al matrimonio.

Filo y Yanelis se quedaron mudos de la sorpresa. Jamás podían imaginar que Paulito estuviera involucrado en su huida de la isla. Esperaron a que Paulito continuara hablando.

-Yo ya veo que no se lo esperaban, ¿eh? -dijo

-No, ni por un momento.

-Bueno, mis hermanos, he venido a darles las últimas noticias de su plan de marcha y ponerles en antecedentes -hizo una breve pausa para tomar un sorbo de zumo de piña.

-Yo pertenezco a una organización que se denomina *Hermanos al Rescate*, con sede en Miami. Yo y otros muchos y que no nos conocemos. Al menos yo no conozco a ningún otro. Renier se puso en contacto con los *Hermanos* y les expuso tu caso. Cuando supieron de quien se trataba, decidieron que no iban a correr ningún tipo de riesgo, y en vez de organizar alguna operación de rescate específica para tu caso, pensaron que deberían esperar a que se produjese una situación adecuada para sacaros del país. Esta es la razón por la que se ha demorado tanto el tiempo que ha pasado y que seguramente os habrá hecho pensar que nos habíamos olvidado de vosotros. Pero por fin, la ocasión se ha producido y además con algún matiz favorable por lo que os voy a contar.

Nuevamente hizo un alto para tomar otro sorbo de zumo. Delante de él *Filo* y Yanelis, cogidos del brazo escuchaban casi sin respirar.

-Según creo recordar, Yanelis, ¿tú tienes familia en Camagüey?

-Sí. Unas tías por parte de mi padre. Deben ser ya muy mayores. También tengo primos.

-¿Pero viven aún no?

-Sí creo que sí. Mi madre me dijo no hace mucho tiempo, le habían mandado besos con alguien que había venido a La Habana -dijo Yanelis, pendiente de las palabras de Paulito.

-Perfecto. Porque saldréis de Cuba desde Camagüey, el 13 de agosto, en un avión de fumigación.

-¿El 13 de agosto? Nos informaron en el último contacto que desde que se produjera el siguiente, es decir, este, la ejecución se llevaría a cabo en cuatro o cinco días. -dijo *Filo*.

-Sí, es la norma, pero como debéis de desplazáros hasta Camagüey, es por lo que se os informa con más tiempo.

Luego, continuó explicando el resto de detalles. Yanelis le invitó a cenar durante la cual, terminarían de ponerse al corriente de los pasos que deberían realizar a partir de aquel momento. Era de madrugada cuando Paulito abandonaba la casa de sus amigos.

El domingo anterior al día marcado para la salida del país, volvió a reunirse *Filo* y Yanelis con su hijo, Nelly, Alicia y Milagros, para informarles de su próxima salida del país. En esta ocasión, la reunión fue en casa de *Filo* y Yanelis. Ambos, de mutuo acuerdo, decidieron no darles ninguna información sobre el viaje, y como única

explicación les dijeron que en cinco o seis días saldrían camino de Miami. Aquella reunión iba a ser la última. Y fue terrible.

Aquel momento lo afrontaban como si fuera el último en el que se vieran en su vida, propició que afloraran de forma dramática los sentimientos de todos, incluido el niño, confuso porque desconocía las razones que llevaba a los mayores a llorar tan desconsoladamente.

Finalmente *Filo* llevó con el coche a su familia a sus respectivas casas. Mientras, Yanelis se quedaba en casa respondiendo a las preguntas del niño por los lloros de los que momentos antes había sido testigo. Su madre le explicó que las despedidas siempre eran muy tristes y que como nunca habían viajado al extranjero, pues las personas se quedaban tristes porque iban a estar unos días sin verse. Cuando le pareció que el niño se quedaba más conforme, lo mandó a la cama, cosa que hizo sin más dilación.

Yanelis se quedó sola pensando en que fuera lo que fuese, ya tenía fecha. Su único temor era por su hijo. Le horrorizaba que algo saliera mal y que el niño se viera perjudicado en alguna medida. Pero precisamente era por él, por el que acometían aquella aventura. Al rato, regresó *Filo* de llevar a Alicia, Nelly y Milagros a sus casas.

Capítulo XXXX

La Habana, Camagüey, 1994

El plan que Paulito les había expuesto, consistía en que el día 11 de agosto, jueves, de madrugada, saldrían desde el aeropuerto de Camagüey con destino a Miami, ocultos en un avión, *Antonov AN-2*, de los utilizados para fumigar. El Comité de Operaciones de los *Hermanos al Rescate* consideraba que la operación tenía un alto porcentaje de éxito, cifrado en más del 75 por ciento. La fecha se había elegido teniendo en cuenta que *Filo* no tenía función los miércoles y podía utilizarlo para desplazarse desde La Habana a Camagüey, a unos 550 kilómetros. Una vez allí, deberían ponerse en contacto con el piloto quien les daría las últimas instrucciones, ya sobre el terreno. En un papel les había escrito la dirección del mismo ante quien se presentarían como *Tocororo*. Sería suficiente. Una vez efectuado el despegue se tomaría el rumbo a Cayo Romano, a unas 39 millas, para luego tomar rumbo directo a Miami a 140 millas, lo que hacían un total de 180. Harían el vuelo a baja altura, a unos 150 metros, para evitar ser detectados por los radares con una duración prevista de unas dos horas. A los mandos del avión, un ex-piloto de las Fuerzas Aéreas retirado, que tenía muchas horas de

vuelo y gran experiencia, quien llevaría también a su familia. En total volarían en el Antonov ocho personas.

El día anterior a la partida, *Filo* y Yanelis tenían los nervios a flor de piel. Decidieron, porque lo necesitaban, hacer una última visita a sus familiares. Camagüey quedaba a unos 550 kilómetros, lo que les llevaría de siete a ocho horas. Querían llegar lo antes posible para hacer una visita a los familiares de Yanelis y pasar con ellos las últimas, y peores, horas de estancia en Cuba. Suponían que las horas que debían transcurrir desde su llegada a Camagüey hasta subir al avión estarían cargadas de miedo y tensión que trataban de no transmitir a su hijo. Por tanto, ese día se levantaron temprano y sobre las nueve, y tras echar una última mirada a su casa, y meter algunos recuerdos y fotografías en una bolsa de mano, salieron de su casa cerrando con llave, montaron en el Lada y se dirigieron a casa de Nelly y luego a la de la madre de Yanelis.

Faltaban unos minutos para las 10 de la mañana cuando el *Lada* que conducía *Filo*, enfilaba la carretera que conducía a Camagüey. Pararon varias veces para descansar y a mitad de camino, en Cabaiguán, en un establecimiento de comidas a pie de carretera pararon para comer. Aproximadamente, sobre las 7 de la tarde hacían su entrada en Camagüey. Pensaron que lo primero que iban a hacer era pasar por el domicilio del piloto, para recibir las últimas instrucciones. Luego visitarían a sus familiares.

Camagüey era absolutamente distinto a La Habana. Sus calles y avenidas estaban impregnadas de un aire rural y campesino. También sus habitantes parecían diferentes, igual de amables que los habaneros,

pero más reservados y parcos. Encontraron rápidamente la calle. Aparcaron en una plaza, enfrente de una *bodeguita* de licores, donde Yanelis y el niño, entraron a tomar alguna cosa. *Filo* se dirigió hacia la vivienda donde vivía el piloto, una casa de dos plantas. La puerta estaba abierta. Golpeó la puerta con sus nudillos y se adentró un par de metros en el interior. Al poco rato, un hombre de unos cincuenta años salió del interior.

-Buenas tardes, *compay*. Soy *Tocororo* -dijo sin más explicación.

El hombre esbozó una sonrisa y sin decir nada más le indico que pasara. Quince minutos más tarde, *Filo* salía de la casa y se dirigía a la *bodeguita* donde le estaba esperando Yanelis y su hijo. Quedaron en verse en casa de Orlando, que así se llamaba el piloto, sobre la una o una y media de la madrugada. De allí se dirigirían todos juntos en el Lada hasta el aeropuerto que estaba a unos siete kilómetros de la ciudad. Todo estaba ya preparado.

-¿Y no habrá gente en el aeropuerto? -preguntó Yanelis.

-Me ha dicho que no. Que ahora solo lo utiliza la aviación agrícola. En tiempos sí que hubo una base militar importante, pero ahora está cerrada.

Minutos más tarde, y siguiendo las indicaciones de Yanelis se dirigieron a casa de sus tías. Sentían como sus nervios habían remitido, tal vez al comprobar que todo iba saliendo sin el más mínimo desajuste ni problema. Les emocionaba saber que esa noche dormirían en libertad.

Las tías de Yanelis, vivían juntas en la misma casa. Cuando vieron a su sobrina, en un principio no la reconocieron, pero luego se deshicieron en atenciones

con ella y con su familia. Una vez que se pusieron al día sobre las cuestiones familiares, les invitaron a comer. Yanelis les dijo que eran ellos los que querían invitarlas a comer a algún lugar de Camagüey. Las dos hermanas, se negaron en redondo y aunque al principio también se resistieron, finalmente aceptaron ir con Yanelis a comprar en el mercado negro los productos que no podían encontrarse en las botigas del gobierno. Esperaron para la hora de la comida para informarles realmente de las razones del viaje. Las vieron tan felices que no quisieron amargarles tan pronto el encuentro con la hija de su querido hermano, *el habanero*, como lo llamaban.

Cuando estaban tomando unos cafés, se presentaron dos primos con sus respectivas familias. Todos quedaron impresionados cuando se enteraron que el marido de su sobrina y prima, era el famoso *clown Tocatoro*. Para ellos aquello constituía un honor y un acontecimiento del que presumirían entre sus vecinos de cuadra.

Filo y Yanelis pronto se dieron cuenta del poco espíritu revolucionario de la familia. Ninguno de los presentes se recataba de poner a caer de un burro al gobierno y al mismísimo comandante Fidel. No pensaron en que los visitantes capitalinos, podías respirar otros vientos y crear una situación de crispación. Eso sí, lo hacía sin levantar la voz, y lo hacían como la cosa más normal del mundo. *Filo* y Yanelis les dijeron que iban de paso hacia Santiago de Cuba y que se irían al día siguiente muy temprano. Cuando se fueron y quedaron solos con las tías, se volvieron a sentar en la mesa.

-Tía Carmen y tía Amelia, os tenemos que contar una cosa -dijo Yanelis

-*Caballero. Se la dejaron en la mano* -dijo Amelia, a la vez que se santiguaba.

-Esta noche nos vamos a Miami.

Silencio. Luego las dos mujeres se levantaron y besaron a Yanelis, Filo y al niño.

-Pues que Dios os acompañe y os bendiga durante todos los días de vuestra vida -dijo Amelia, mientras asentía su hermana Carmen.

-¿Os lo habíais imaginado?-pregunto Yanelis.

-A mí me dio un vuelco el corazón, ¿verdad Amelia? -esta asintió en silencio.

-Lo hacemos por nuestro hijo, porque aquí... - Amelia no la dejó continuar.

-No hay vida, mientras esté el diablo barbudo al frente de todo...

-No hay nada más que explicar, *mija*. ¿Acaso crees que nosotras estaríamos aquí si no fuera porque estamos más cerca de *guardar el carro que de sacarlo a la calle*. - dijo Carmen.

-¿Y a qué hora os vais? -preguntó Amelia.

-A la una y media de la noche -dijo *Filo*.

-Pues la noche va a ser larga. Voy a *colar*. -dijo Carmen a la vez que se levantaba para ir a preparar una cafetera -¿Y este *angelico*, no sería mejor que se fuera a dormir? -dijo señalando al niño.

-Si tía, vamos a acostarlo.

Amelia acompañó a Yanelis y al niño a una habitación donde lo acostaron. Luego volvieron al comedor.

-¿Y es peligroso? -preguntó Carmen que regresaba con una humeante cafetera.

-Según nos dicen, no. Vamos en un avión -dijo Filo.

-¿En un avión? ¿Y de dónde ha salido? -pregunto Amelia.

-Es un fumigador.

-Caballero. ¡Acabáramos! ¡Orlando! -dijeron a coro, Carmen y Amelia.

-¿Cómo lo sabéis? -dijo Filo, con cierto temor.

-No temas. Orlando y nosotras somos uña y carne. Ya sabíamos que se iba a fugar en su avión y que estaba esperando a otras personas. ¡Y mira por donde erais vosotros!

-Es una gran persona. Antes había sido piloto, pero cuando se jubiló, lo dejaron a un lado como un perro y se olvidaron de él. Así funcionan las cosas en nuestra Cuba del alma.

Epílogo

Miami, 1994

El 11 de Agosto de 1994, la prensa y los telediarios de Miami, anunciaban la siguiente noticia:

“Hoy, a las cinco de la mañana, ha aterrizado en Miami, un avión fumigador Antonov AN-2 procedente de Camagüey, Cuba. Habían partido de esa ciudad un poco antes de las tres de la mañana y en él viajaban ocho personas, entre ellos el famoso clown, Fidel Camilo Ernesto Vallespín Valcárcel, más conocido como Tocororo, acompañado de su esposa y su hijo. Gran número de periodistas les estaban esperando en el aeropuerto, donde los viajeros, declinaron hacer cualquier tipo de declaración, por razones obvias.”

Entre los que le estaban esperando se encontraba su amigo Renier acompañado de su esposa, Erika y sus dos hijos.

Cuando se produjo el emotivo encuentro entre los dos amigos, los medios de comunicación presentes pudieron grabar su grito de guerra: *¡Jicoteas: Todos para uno y uno para todos!*

Unos días más tarde, Nelly y Alicia recibieron la visita de unos agentes del Gobierno. Tras pasar cuatro horas de interrogatorios, fueron puestas en libertad. Cuando se había cumplido un mes de la marcha de sus hijos y nieto, recibieron, sin saber quién las había traído, unas cartas en las que sus estos les relataban toda la odisea y en las que les comunicaban que *Filo*, había sido contactado por las Agencias de actores, pues tenía por delante un gran futuro en el mundo del *clown*.

Humberto terminó brillantemente su carrera, y hoy día se encuentra entre la legión de los desencantados del sistema cubano. Sigue viviendo en Cuba ejerciendo de médico en el Sistema de Salud cubano, padeciendo todas las calamidades que sufren los cubanos.

Paulito, siguió realizando su secreta colaboración con los *Hermanos al Rescate*. En el 2003, realizando labores de vigilancia de una expedición de médicos cubanos que asistía a una conferencia en Europa, solicitó asilo político que le fue aceptado. Hoy día vive en España.

José Manuel Surroca Laguardia

Nacido en Zaragoza en 1949. De profesión informático, además de aficionado a la Música y a la Literatura siempre sintió la pasión de escribir, iniciando el esbozo de varias novelas. Tras finalizar su vida laboral, ha podido ver cumplido su deseo de hacer lo que más le gusta: dedicar su tiempo a escribir.

Enamorado de la historia, especialmente de uno de los periodos más impresionantes a su juicio, la Edad Media, intenta recrear en sus novelas las formas de vida y las sensaciones que debían sentir aquellas personas cuyo día a día transcurría entre la ignorancia, la miseria, la enfermedad y su sometimiento absoluto a la voluntad de sus señores feudales, y especialmente, las relaciones entre las tres comunidades, cristiana, judía y musulmana que poblaban y convivían en nuestras villas y pueblos.

Sin embargo, también le gusta adentrarse en otro tipo de historias que siempre tienen como protagonistas a las personas y sus circunstancias que en ocasiones, suelen ser terribles. El humor, el drama y la sociedad, son temas que ha tratado en sus historias.

Hasta el momento ha escrito doce novelas: El Cristo del Granado, Espejismo, La extraordinaria vida de un perro que entendía a los hombres, La Estación, El Clown, El Diario del Ave Fénix, Barbastro 1320 “Los Pastorelli”, Barbastro 1064 “La Cruzada”, El Documento 303, El caso del Ecce Homo, Rex Bellator y El Maquisard.

Actualmente vive en Barbastro (Huesca).